

**JULIUS FUČÍK**



**REPORTAJE  
AL PIE DE  
LA HORCA**



ocean  
sur  


JULIUS FUCÍK (1905-1943) fue un destacado escritor, crítico cultural y militante comunista checo. Director del periódico central del Partido Comunista de su país, es apresado y torturado salvajemente por la Gestapo en las cárceles de Praga. Durante su cautiverio escribe el testimonio que pasara a conocerse mundialmente como *Reportaje al pie de la horca*.

El 8 de septiembre de 1943 el hacha asesina del nazismo acaba con su vida en un campo de concentración de Berlín. Ese día, y luego que el Ejército Rojo liberara al mundo del yugo fascista, se recuerda como el «Día internacional del Periodista».

# Reportaje al pie de la horca

Julius Fucík



una editorial latinoamericana

Derechos © 2024 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-925317-70-1

Primera edición 2024

**PUBLICADO POR OCEAN SUR**  
**OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS**

E-mail: [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)

**DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR**

**América Latina:** Ocean Sur • E-mail: [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)

**Cuba:** Prensa Latina • E-mail: [plcomercial@cl.prensa-latina.cu](mailto:plcomercial@cl.prensa-latina.cu)

**EE.UU., Canadá y Europa:** Seven Stories Press

- 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760
- E-mail: [sevenstories@sevenstories.com](mailto:sevenstories@sevenstories.com)

ocean  
sur



[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com)  
[www.facebook.com/OceanSur](https://www.facebook.com/OceanSur)

## Índice

A Julius Fucík	1
<i>Pablo Neruda</i>	
Introducción	3
Escrito en la cárcel de la Gestapo, en Pankrác, durante la primavera de 1943	5
Capítulo I. Veinticuatro horas	7
Capítulo II. La agonía	15
Capítulo III. Celda 267	24
Capítulo IV. La «400»	34
Capítulo V. Figuras y figurillas I	52
Capítulo VI. Estado de sitio de 1942	77
Capítulo VII. Figuras y figurillas II. Pankrác	84
Capítulo VIII. Un trozo de historia	108
Julius Fucík. Esbozo para una biografía	118
<i>Gusta Fucíková</i>	
Seis cartas de Julius Fucík desde la cárcel	148

# OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL  
LATINOAMERICANA

**[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com)**  
**[www.facebook.com/OceanSur](http://www.facebook.com/OceanSur)**

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



## A Julius Fucík

Por las calles de Praga en invierno, cada día,  
pasé junto a los muros de la casa de piedra  
en que fue torturado Julius Fucík.

La casa no dice nada: piedra color de invierno,  
barras de hierro, ventanas sordas.

Pero cada día que pasé por allí  
miré, toqué los muros, busqué el eco,  
la palabra, la voz, la huella pura  
del héroe.

Y así salió su frente  
una vez, y sus manos otra tarde,  
y luego todo el hombre  
fue acompañándome  
a través de la Plaza Venceslao,  
como un buen amigo;  
por el viejo mercado de Havelská,  
por el jardín de Strahov desde donde  
Praga se eleva como una rosa gris.

*Pablo Neruda*



# CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

[www.contextolatinoamericano.com](http://www.contextolatinoamericano.com)  
f ContextoLatinoamericano

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada uno de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

## PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

[www.cheguevaralibros.com](http://www.cheguevaralibros.com)  
f LibrosCheGuevara

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede íntegramente a sus múltiples facetas.



## Introducción

En el campo de concentración de Ravensbrück supe —me lo dijeron mis compañeros de prisión— que mi marido, Julius Fucík, redactor de *Rudé právo* y de *Tvorba*, había sido condenado a muerte el 25 de agosto de 1943 por un tribunal nazi en Berlín.

Mis intentos de averiguar algo más sobre su suerte posterior se estrellaron contra los altos muros del campo.

Después de la derrota de la Alemania hitleriana, en mayo de 1945, los prisioneros que los fascistas no habían tenido tiempo de asesinar fueron liberados de cárceles y campos de concentración. Yo tuve la fortuna de hallarme entre ellos.

Al volver a mi patria liberada, busqué y rebusqué las huellas de mi marido. Hice lo que hicieron millares y millares de personas que también buscaron —y muchas aún siguen buscando— a sus maridos, a sus mujeres, a sus hijos, a sus padres y madres deportados por los ocupantes alemanes y arrastrados a alguna de sus innumerables cámaras de tortura.

Me enteré de que Julius Fucík había sido ejecutado en Berlín el 8 de septiembre de 1943, quince días después de su condena.

También supe que Julius Fucík había escrito algo mientras estuvo en la cárcel de Pankrác. Fue el guardián A. Kolínský quien le procuró los medios para hacerlo, llevándole a la celda papel y lápiz y sacando clandestinamente de la cárcel las hojas manuscritas.

#### 4 Gusta Fucíková

He tenido una entrevista con el guardián. Y poco a poco he podido ir recogiendo el material escrito por Julius Fucík en la cárcel de Pankrác. Reuní las hojas numeradas, escondidas por varias personas en diferentes lugares, y se las presento hoy al lector. Es la última obra de Julius Fucík.

*Gusta Fucíková*  
*Praga, septiembre de 1945*

## Escrito en la cárcel de la Gestapo, en Pankrác, durante la primavera de 1943

Estar sentado en posición de firme, con el cuerpo rígido, las manos pegadas a las rodillas, los ojos clavados hasta enceguecer en la amarillenta pared de la «cárcel nacional» en el Palacio Petschek<sup>1</sup> no es en verdad, la postura más adecuada para reflexionar. Pero, ¿quién puede forzar al pensamiento a permanecer sentado en posición de firme?

Alguien, un día —quizá nunca sepamos quién ni cuándo— llamó a este cuarto del Palacio Petschek «sala de cine». ¡Qué idea tan genial! Una amplia sala, seis largos bancos, uno tras otro, ocupados por los cuerpos rígidos de los detenidos, y ante ellos un muro liso, como una pantalla cinematográfica. Todas las casas productoras del mundo no han llegado a hacer la cantidad de películas que sobre esta pared han proyectado los ojos de los prisioneros en espera de un nuevo interrogatorio, de la tortura, de la muerte. Películas de vidas enteras o de los más pequeños fragmentos de vida; películas de la madre, de la esposa, de los hijos, del hogar destruido, del porvenir destrozado; películas de camaradas valerosos y de la traición; películas del hombre a quien entregué aquella octavilla, de la sangre que correrá otra vez, del fuerte apretón de mano, del compromiso de honor; películas repletas de terror y de decisión, de

---

<sup>1</sup> Cuartel General de la Gestapo en Praga.

odio y de amor, de angustia y de esperanza. De espaldas a la vida, cada uno contempla aquí su propia muerte. Y no todos resucitan.

Cien veces he sido aquí espectador de mi propia película, mil veces he seguido sus detalles. Ahora trataré de explicarla. Y si el nudo corredizo de la horca aprieta mi cuello antes de terminar, quedarán todavía millones de hombres para completarla con un *happy end*.

## CAPÍTULO I

### Veinticuatro horas

Dentro de cinco minutos el reloj marcará las diez. Es una hermosa y cálida noche de primavera, la noche del 24 de abril de 1942.

Me doy prisa. Tanto como me lo permite mi papel de hombre viejo que cojea. Me doy prisa a fin de llegar al hogar de los Jelínek antes de que cierren la puerta de la casa. Allí me espera mi «colaborador» Mirek. Sé que esta vez no me comunicará nada importante. Tampoco yo tengo nada que decirle. Pero faltar a la cita convenida podría sembrar el pánico. Y, sobre todo, quisiera evitar preocupaciones infundadas a las dos buenas almas que nos acogen.

Me reciben con una taza de té. Mirek me está esperando. Y, con él, el matrimonio Fried. Una imprudencia más. Me alegra verlos camaradas, pero no así, de esta manera, todos juntos. Es el mejor camino para ir a la cárcel y a la muerte. O respetan las reglas de la conspiración o dejan de trabajar, porque así se exponen y ponen en peligro a los demás. ¿Comprendido?

— Comprendido.

— ¿Qué me han traído?

— El número de mayo de *Rudé Právo*.<sup>1</sup>

— Muy bien. Y tú Mirek, ¿cómo vas?

— Bien Nada nuevo. El trabajo marcha bien...

---

<sup>1</sup> *Derecho Rojo*, órgano del Partido Comunista de Checoslovaquia.

— Bueno. Nos veremos después del Primero de Mayo. Les avisaré. Hasta la vista.

— ¿Otra taza de té, jefe?

— No, no, señora Jelínek. Aquí somos demasiados.

— Por lo menos tome una tacita. Se lo ruego.

Del té recién servido, se alza una nubecilla de vapor.

Alguien llama a la puerta. ¿Ahora, de noche? ¿Quién podrá ser?

Los visitantes muestran su impaciencia. Golpes en la puerta.

— ¡Abran! ¡La policía!

Rápido, a las ventanas. ¡Huyan! Tengo pistolas, les cubriré la retirada.

¡Demasiado tarde! Debajo de las ventanas se hallan los hombres de la Gestapo, apuntándonos con sus pistolas. Después de forzar la puerta y de cruzar el corredor, los agentes de la policía secreta se abalanzan atropelladamente en la cocina y luego en la habitación. Uno, dos, tres, nueve hombres. No me ven porque estoy a sus espaldas, detrás de la puerta que han abierto. Podría tirar con relativa facilidad, pero sus nueve pistolas encañonan a dos mujeres y a tres hombres indefensos. Si disparo, mis compañeros caerán antes que yo. Y si yo me pegara un tiro se iniciaría un tiroteo del cual ellos serían las víctimas. Si no tiro, los encerrarán seis meses, quizás un año, y la revolución los liberará. Mirek y yo somos los únicos sin salvación posible. Nos torturarán. A mí no me sacaran nada, pero ¿qué hará Mirek? Él, que combatió en España; él, que permaneció dos años en un campo de concentración en Francia para volver desde allí ilegalmente a Praga en plena guerra; no, estoy seguro que no traicionaré. Tengo dos segundos para reflexionar. ¿O quizá tres?

Si tiro nada salvaré. Tan solo me libraré de las torturas, pero sacrificaré inútilmente la vida de cuatro camaradas. ¿Es así? Sí.

Decidido.

Salgo de mi escondite.

— ¡Ah! Uno más.

El primer golpe en el rostro. Bastante fuerte como para dejarme sin sentido.

— *¡Hände auf!*<sup>2</sup>

Segundo, tercer golpe.

Tal y como me lo había imaginado.

El piso, donde antes reinaba un orden ejemplar, se convierte en un montón de muebles destrozados y de vajilla rota.

Más puñetazos y patadas.

— *¡Marsch!*<sup>3</sup>

Me introducen en un auto, siempre encañonado por las pistolas. Durante el viaje comienza el interrogatorio.

— ¿Quién eres?

— El profesor Horák.

— ¡Mientes!

Me encojo de hombros.

— Estate quieto o disparo.

— Dispare.

En lugar de una bala, un puñetazo.

Pasamos junto a un tranvía. Me da la impresión de estar coronado de flores blancas. ¿Cómo? ¿Un tranvía de bodas a estas horas, en plena noche? Será la fiebre que comienza.

El Palacio Petschek. Nunca creí entrar vivo en él. Al galope hasta el cuarto piso. ¡Ah! La famosa sección II-AI, de investigación anticomunista. Me parece que hasta siento curiosidad.

---

<sup>2</sup> «Manos en alto». En alemán en el original.

<sup>3</sup> «En marcha». En alemán en el original.

El comisario alto y flaco que dirigía el pelotón de asalto coloca su pistola en el bolsillo y me lleva con él a su despacho. Me enciende un cigarrillo.

— ¿Quién eres?

— El profesor Horák.

— Mientes.

Su reloj de pulsera marca las once.

— Regístrenlo

Empieza el registro. Me quitan la ropa.

— Tiene identificación.

— ¿A nombre de quién?

— Del profesor Horák.

— Verifíqueno.

Telefonean.

— Como era de esperar. Su nombre no consta en los registros. La identificación es falsa.

— ¿Quién te los dio?

— La Jefatura de Policía.

Primer bastonazo. Segundo. Tercero. ¿Debo contarlos? No, muchacho, esta estadística ya no la revelarás nunca.

— ¿Tu nombre? ¡Habla! ¿Tu domicilio? ¡Habla! ¿Qué contactos tenías? ¡Habla! ¿Direcciones? ¡Habla! ¡Habla! ¡Habla! Si no, te mataremos a palos.

¿Cuántos golpes puede aguantar un hombre sano?

La radio anuncia la medianoche. Cierran los cafés y los últimos parroquianos retornan a sus casas. Ante las puertas, los enamorados golpean levemente el suelo con sus pies, incapaces de llegar a despedirse.

El comisario alto y flaco entra en la sala con una sonrisa de satisfacción.

— Todo en orden. ¿Qué tal, señor redactor?

¿Quién se lo habrá dicho? ¿Los Jelínek? ¿Los Fried? Pero si estos ni siquiera saben mi nombre.

— Ya lo ves, lo sabemos todo. ¡Habla! Sé razonable.

¡Qué forma de hablar más extraña! Ser razonable equivale a traicionar.

No soy razonable.

— ¡Átenlo! ¡Y péguenle fuerte!

Es la una. Los últimos tranvías se retiran. Las calles están desiertas y la radio se despide de sus más fieles oyentes deseándoles buenas noches.

— ¿Quiénes son los miembros del Comité Central? ¿Dónde están las radioemisoras? ¿Dónde están las imprentas? ¡Habla! ¡Habla! ¡Habla!

Ahora ya puedo contar con más tranquilidad los golpes. El único dolor que siento es el de mis mordidos labios.

— Quítenle los zapatos.

Es verdad. Las plantas de los pies no han perdido aún la sensibilidad. Lo siento. Cinco, seis, siete, y ahora parece como si los golpes me penetraran en el cerebro.

Son las dos. Praga duerme. Y quizás en alguno de sus lechos un niño solloza entre sueños y un hombre acaricia la cadera de su mujer.

— ¡Habla! ¡Habla!

Paso la lengua sobre mis encías e intento contar los dientes rotos. No puedo. ¿Doce, quince, diecisiete? No. Ése es el número de los comisarios que me «interrogan» ahora. Algunos están visiblemente fatigados. Y la muerte tarda en venir.

Son las tres. Desde los suburbios llega la madrugada; los verduleros afluyen al mercado; los barrenderos aparecen en las calles.

Quizá viva todavía lo suficiente para ver el amanecer.

Traen a mi mujer.

— ¿Lo conoce usted?

Me trago la sangre para que no la vea... Y es inútil, porque brota de todos los poros de mi rostro y de las yemas de mis dedos.

— No. No lo conozco.

Lo dijo sin que sus miradas dejaran traslucir un ápice de su horror. ¡Es de oro! Ha cumplido la promesa de no confesar nunca que me conoce, aun cuando ya es inútil. ¿Quién, entonces, les ha dado mi nombre?

Se la llevaron. Me despido de ella con la mirada más alegre de que soy capaz. Quizá no fue tan alegre. No lo sé.

Son las cuatro. ¿Amanece? ¿No amanece? Las ventanas cubiertas no me dan respuesta. Y la muerte todavía no llega. ¿Debo ir a su encuentro? Pero, ¿cómo?

He golpeado a alguien y caí al suelo

Me dan patadas. Me pisotean. Si, ahora el fin vendrá rápidamente. El comisario vestido de negro me levanta por la barba riéndose con satisfacción mientras me muestra sus manos llenas de los pelos arrancados de mi barba. Es realmente cómico. Ya no siento ningún dolor.

Las cinco, las seis, las siete, las diez. Mediodía. Los obreros van y vienen del trabajo; los niños van y vienen de la escuela, en los comercios se vende, en las casas se cocina. Acaso, en este momento, mi madre se acuerde de mí. Quizá ya los camaradas sepan de mi detención y tomen medidas de seguridad.

Y si yo hablara... No, no teman, no lo haré, confíen en mí. Después de todo, mi fin ya no puede estar lejano. Esto ahora es solo un sueño, una pesadilla febril: los golpes llueven, los esbirros me refrescan con agua. Y nuevos golpes. Y otra vez:

«¡habla! ¡habla! ¡habla!» y aún no consigo morir. Mamá, papá: ¿por qué me han hecho tan fuerte?

Las cinco de la tarde. Todo el mundo está ya fatigado. Los golpes ahora solo caen de tanto en tanto; esto ya es solo por inercia. Y de súbito oigo desde lejos, desde muy lejos, una voz suave, dulce, tierna como una caricia:

— *Er hat schon genug.*<sup>4</sup>

Más tarde me hallo sentado ante una mesa que aparece y desaparece de mi vista. Alguien me da de beber. Alguien me ofrece un cigarrillo que no puedo sostener y alguien intenta ponerme los zapatos y dice que es imposible. Después, medio que me cargan escaleras abajo, hasta un automóvil. Arrancamos. Durante el viaje me encañonan de nuevo con las pistolas: es como para reír. Pasamos junto a un tranvía adornado con flores blancas. Un tranvía de bodas. Pero quizá solo sea una pesadilla o acaso la fiebre o tal vez la agonía o la propia muerte. Siempre pensé que la agonía era una cosa difícil; pero esto no tiene nada de difícil: es algo vago y sin forma, ligero como la pluma. Basta un soplo para que todo termine.

¿Todo? No, todavía no. Porque de nuevo estoy de pie. Verdaderamente, estoy de pie; yo solo, sin el apoyo de nadie. Ante mí se alza una pared de un amarillo sucio, salpicada de... ¿de qué? Parece sangre... Sí, es sangre. Levanto un dedo e intento extenderla... Lo consigo... Sí, está fresca. Es mi sangre...

Por detrás, alguien me golpea en la cabeza y me ordena levantar las manos y hacer genuflexiones. A la tercera caigo...

Un alto SS se inclina sobre mí y me da de patadas para que me levante. Es inútil. Alguien me lava otra vez y de nuevo estoy sentado. Una mujer me da una medicina y me pregunta dónde

---

<sup>4</sup> «Ya tiene lo suyo». En alemán en el original

me duele. Y entonces parece como si todo el dolor se concentrase en mi corazón.

—Tú no tienes corazón —me dice el alto SS.

—Sí, lo tengo —le respondo. Y de golpe me siento orgulloso porque he sido lo suficientemente fuerte para salir en defensa de mi corazón.

Después, todo desaparece ante mis ojos: el muro, la mujer con el medicamento, el alto SS...

Ante mí se abre la puerta de una celda. Un SS gordo me arrastra a su interior, arranca los girones de mi camisa, me tiende sobre el jergón, palpa mi cuerpo hinchado y ordena que me apliquen compresas.

—Mira —le dice al otro moviendo la cabeza—, mira lo que saben hacer.

Y una vez más desde lejos, desde muy lejos, oigo una voz suave y dulce, tierna como una caricia:

—No aguantará hasta mañana.

Dentro de cinco minutos, el reloj marcará las diez. Es una hermosa y cálida noche de primavera, la del 25 de abril de 1942.

## CAPÍTULO II

### La agonía

*Cuando la luz del sol  
y la claridad de las estrellas  
se extinguen para nosotros,  
se extinguen para nosotros...*

Dos hombres con las manos juntas, en actitud de orar, caminan en círculo, con paso lento y pesado, en torno a una blanca cripta, cantando con voz monótona y discordante una triste salmodia.

*...es dulce para las almas subir al cielo,  
subir al cielo...*

Alguien ha muerto. ¿Quién? intento volverla cabeza. Quizá logre ver el féretro con el difunto y los dos cirios que como dos índices se levantan a su cabecera.

*...donde la noche ya no existe,  
donde eterna es la luz del día...*

He logrado levantar la vista. No veo a nadie. Aquí no hay nadie: solo ellos dos y yo. ¿Para quién cantan esos salmos?

*Esa estrella siempre fulgurante  
es Jesús, es Jesús...*

Es un entierro. Sí, seguramente es un entierro. ¿Y a quién entier-  
ran? ¿Quién está aquí? Solo ellos dos y yo. ¡Y yo! Quizás sea  
mi propio funeral. ¡Pero escuchen: esto es un mal entendido! Yo  
no estoy muerto. Yo vivo. Ya ven que los miro y que hablo con  
ustedes. ¡Deténganse! ¡No me entierren aún!

*Cuando alguien nos da el adiós  
por última vez, por última vez...*

No me oyen. ¿Están sordos? ¿O no hablo lo suficientemente  
alto...? ¿O estoy muerto de verdad y a ellos les es imposible  
oír mi voz sin cuerpo? ¿Será, acaso, mi cuerpo, tendido sobre la  
barriga, espectador de mi propio entierro? ¡Qué cómico!

*...dirige su mirada piadosa  
al cielo, al cielo...*

Lo recuerdo: alguien me recogió con dificultad, me vistió y me  
dejó en la camilla. Pasos metálicos resonaron en la galería y des-  
pués... Eso es todo. Ya no sé más. Ya no recuerdo más.

*...donde la claridad eterna  
se alberga...*

Pero todo esto es absurdo. Yo vivo. Siento un dolor lejano y  
tengo sed. Los muertos no tienen sed. Concentro todas mis  
fuerzas para mover la mano y una voz extraña y rara brota mi  
garganta:

— ¡Agua!

¡Por fin! Los dos hombres dejan de andar en círculo. A se  
acercan a mí, se inclinan y uno de ellos aproxima a mis labios  
un jarro de agua.

—También debes comer algo, muchacho. Desde hace dos días no haces más que beber y beber...

—¿Qué me dice? ¿Ya hace dos días? ¿Y qué día es hoy?

—Lunes. Lunes. Y el viernes me detuvieron ¡Qué pesada siento la cabeza! ¡Y cuanto refresca el agua! ¡Dormir! ¡Déjenme dormir! Una gota de agua agita la superficie transparente de la fuente. Es el manantial de un prado entre montañas, cerca de la casa del guardabosque, al pie del monte Roklan. Y una lluvia fina e ininterrumpida susurra sobre los pinos... ¡Qué dulce es dormir!...

...Y cuando de nuevo me despierto ya es martes por la noche y un perro se halla ante mí. Un perro lobo. Me mira con sus hermosos y perspicaces ojos y pregunta:

—¿Dónde vivías?

¡Oh, no! No es el perro. Esa voz pertenece a otro ser. Sí, aquí hay alguien más. Veo unas botas altas y otro par de botas altas, y un pantalón militar; pero más arriba ya no veo nada. Y cuando quiero mirar, siento vértigo. Qué importa. Déjenme dormir...

Miércoles...

Los dos hombres que cantaban los salmos se encuentran sentados a la mesa, comiendo en escudillas de barro. Ya los distinguo. Uno es más joven que el otro y no parecen monjes. Ni la cripta es ya una cripta; es una celda como cualquiera otra. Los tabloncillos del suelo se extienden ante mis ojos para desembocar en una puerta pesada y negra...

Rechina una llave en la cerradura. Saltan los dos hombres y se sitúan en posición de atención. Otros dos hombres, con uniformes de SS, entran, y ordenan que me vistan. Ignoraba cuánto dolor puede ocultarse en cada pernera de mi pantalón, en cada manga de mi camisa. Me colocan sobre una camilla y me lle-

van escaleras abajo. Pasos de botas erradas resuenan a lo largo del corredor... Este es el camino por el cual me llevaron y me trajeron sin conocimiento. ¿A dónde conduce? ¿En qué infierno desemboca?

En la sombría y desagradable oficina de registro de la *Polizei Gefangnis*<sup>1</sup> me depositan en el suelo y una voz checa con fingida bondad, me traduce una pregunta lanzada con furia por una voz alemana. — ¿La conoces?

Sostengo la barbilla con la mano. Ante las parihuelas se halla una joven de gruesas mejillas. De pie y con la cabeza erguida mira sin insolencia pero con dignidad, con los ojos algo bajos: lo suficiente para verme y saludarme.

— No la conozco.

Recuerdo haberla visto una vez y por un solo momento durante aquella terrible noche en el Palacio Petschek. Esta es la segunda vez y, desgraciadamente, ya no he vuelto a verla, como hubiera querido, para estrechar su mano por la dignidad con que se condujo. Era la mujer de Arnost Lorenz. Fue ejecutada el primer día del estado de sitio, en 1942.

— ¿Pero esta? seguramente sí la conoces.

¡Anicka Jiráscová! Por Dios, Anicka, ¿cómo ha venido usted a parar aquí? Yo nunca pronuncié su nombre. Nada tengo que ver con usted. No la conozco, comprende usted, no la conozco.

— No la conozco.

— Sé razonable, hombre.

— No la conozco.

— Es inútil, Julius — dice Anicka, mientras una ligera presión de sus dedos sobre el pañuelo descubre su emoción —. Es inútil. Me han delatado.

---

<sup>1</sup> «Cárcel de la policía alemana en Pankrác». En alemán en el original.

— ¿Quién?

— ¡Cállate!

Alguien interrumpe su respuesta y la empuja brutalmente cuando se inclina hacia mí para darme la mano.

¡Anicka!

Ya no oigo las demás preguntas. Y como de lejos, sin ningún dolor, como si lo estuviera observando, siento como dos SS me llevan de vuelta a la celda, balanceando brutalmente la camilla y preguntándome, con risas, si no preferiría mejor ser balanceado por el cuello.

Jueves.

Empiezo a distinguir. Uno de mis compañeros de celda, el más joven, se llama Karel, y este llama «padre» al otro, al más viejo. Me cuentan su vida, pero todo se confunde en mi cabeza. Hablan de una mina y de niños sentados en bancos. Oigo una campana. Será que habrá fuego. Y me dicen que cada día vienen a verme el médico y el enfermero de los SS, que mi estado de salud no es tan grave y que parece que pronto me habré repuesto. Esto último lo dice el «padre» con tanta insistencia y Karel lo aprueba con tal fervor que, hasta en el estado en que me encuentro, comprendo que me dicen una mentira piadosa. ¡Qué buenos chicos! ¡Y cuánto siento no poder creerles!

Atardece.

Se abre la puerta de la celda y, silenciosamente, sobre la punía de sus patas, entra corriendo un perro. Se detiene junto a mi cabeza y me mira de nuevo atentamente. Otra vez los dos pares de botas altas. Pero ahora ya sé: uno pertenece al propietario del perro, al director de la cárcel de Pankrác, y el otro al jefe de la sección anticomunista de la Gestapo, que presidió mi interrogatorio nocturno. Les siguen unos pantalones de civil.

Alzo la vista: sí, lo conozco. Es el comisario alto y flaco que dirigía el pelotón de asalto que me detuvo. Se sienta en una silla y comienza el interrogatorio.

—Has perdido la partida. Sálvate tú por lo menos. ¡Habla!

Me ofrece un cigarrillo. No lo quiero. No tendría fuerzas para fumarlo.

—¿Cuánto tiempo has vivido en casa de los Baxa?

¡Los Baxa! Hasta eso lo saben. ¿Quién se lo habrá dicho?

—Ya ves: lo sabemos todo.

¡Habla!

Si lo saben todo, ¿para qué hablar? No he vivido en vano. Mi vida no ha sido estéril y no tengo por qué echar a perder su fin.

El interrogatorio dura una hora. El comisario no grita. Repite con paciencia las preguntas y, al no recibir respuesta, hace una segunda, una tercera, una décima pregunta.

—¿Es que aún no comprendes? Todo ha terminado, ¿comprendes? Lo has perdido todo.

—Solo yo he perdido.

—¿Tú crees todavía en la victoria del comunismo?

—Claro.

—¿Él cree todavía? —pregunta el jefe alemán y el comisario alto traduce: —¿crees todavía en la victoria de Rusia?

—Claro. Esto no puede terminar de otra manera.

Estoy cansado ya. He concentrado todas mis fuerzas para protegerme de sus preguntas.

Pero ahora mi conciencia se aleja rápidamente, como la sangre que brota de una herida profunda.

Aún percibo cuando me dan la mano. Quizá lean en mi frente el signo de la muerte. Es cierto que en algunos países era costumbre que el verdugo besara al reo antes de su ejecución.

Anochece.

Dos hombres con las manos juntas caminan en círculo, cantando con voz monótona y discordante una triste salmodia:

*Cuando la luz del sol y la claridad de las estrellas  
se extinguen para nosotros, se extinguen.*

¡Oh, amigos, amigos, no sigan! Quizá sea hermosa vuestra canción, pero hoy es la víspera del Primero de Mayo, la más bella y alegre fiesta del hombre.

Trato de cantar algo más alegre, pero parece sonar tristemente. Karel vuelve la cabeza y el «padre» seca sus lágrimas. No importa. Sigo cantando y, poco a poco, ellos se unen a mi canto. Me duermo contento.

Madrugada del Primero de Mayo.

El reloj de la torre de la cárcel da tres campanadas. Es la primera vez que lo oigo con claridad. Por primera vez desde mi detención tengo mi conciencia despejada. Siento el aire fresco que penetra por la ventana abierta y baña mi jergón, extendido sobre el suelo. Las briznas de paja se clavan en mi pecho y en mi vientre. Cada partícula del cuerpo me duele con mil dolores y respiro con dificultad. De pronto, como si abriera una ventana, veo claramente: es el fin. Estoy agonizando.

Has tardado mucho en llegar, muerte. Pese a todo, esperaba conocerte más tarde, después de largos años. Esperaba vivir aún la vida de un hombre libre: poder trabajar mucho, amar mucho, cantar mucho y recorrer el mundo. Precisamente ahora, cuando llegaba a la madurez y disponía todavía de muchísimas fuerzas. Ya no las tengo. Se me van agotando.

Amaba la vida y por su belleza marché al campo de batalla. Hombres: os he amado y he sido feliz cuando han correspondido a mi amor, y he sufrido cuando no me habéis entendido.

A quien causé daño que me perdone, a quien di alegría que me olvide. Que la tristeza jamás se una a mi nombre. Ese es mi testamento para ustedes padre, madre y hermanas mías; para ti, mi Gustina, y para ustedes, camaradas; para todos aquellos a quienes he querido. Lloren un momento, si creen que las lágrimas borrarán el triste torbellino de la pena, pero no lo lamenten. He vivido para la alegría y por la alegría muero. Agravio e injusticia sería colocar sobre mi tumba un ángel de tristeza.

¡Primero de Mayo! a estas mismas horas ya estábamos en las afueras de la ciudad, preparando nuestras banderas. A estas horas, en las calles de Moscú, se ponen en marcha los primeros grupos para participar en el desfile. Y ahora, precisamente a esta misma hora, millones de hombres luchan en el combate final por la libertad humana y miles caen en ese combate. Yo soy uno de ellos. Y ser uno de ellos, ser uno de esos combatientes en la batalla final es algo hermoso.

Pero la agonía no es hermosa. Me ahogo. No puedo respirar. Oigo el ronco quejido de mi garganta y temo despertar a mis compañeros de celda. Quizá podría apagarlo con un poco de agua... Pero toda el agua del cántaro la hemos bebido ya Allí, a unos seis pasos de mí, en el retrete situado en el rincón de la celda, hay suficiente agua. ¿Tendré fuerzas para llegar hasta allí?

Me arrastro silenciosamente sobre el vientre, como si toda la gloria de la muerte consistiera en no despertar a nadie. He conseguido llegar y bebo con avidez el agua del fondo del retrete.

No sé cuánto tiempo estuve, ni cuánto tardé en volver. De nuevo empiezo a perder el conocimiento. Me busco el pulso. Nada siento. El corazón se me viene a la garganta y luego cae de golpe. Yo caigo con él. Caigo durante un largo rato. En el trayecto percibo todavía la voz de Karel:

—Padre, padre, escucha. El pobrecito se está muriendo.

Por la mañana llegó el médico.

Pero todo eso lo supe mucho más tarde. Vino, me auscultó y movió la cabeza. Luego volvió a la enfermería, rompió el certificado de defunción que había extendido con mi nombre el día antes y dijo, en un elogio de especialista:

—¡Qué naturaleza de caballo!

## CAPÍTULO III

### Celda 267

Siete pasos de la puerta a la ventana, siete pasos de la ventana a la puerta.

Ya lo conozco.

¡Cuántas veces he recorrido este trecho sobre el piso de pino en mi celda de Pankrác! Y quizá sea esta la misma donde antaño sufrí prisión por haber visto con claridad las consecuencias que tendría para el pueblo la funesta política de la burguesía checa. Ahora clavan a mi pueblo en la cruz, por todos lados se pasean los guardias alemanes, en algún lugar, las ciegas Parcas de la política tejen nuevamente el hilo de la traición. ¿Cuántos siglos necesita el hombre para, al fin, abrir los ojos? ¿Por cuántos millares de celdas ha pasado la humanidad en su camino hacia adelante? ¿Y cuántas le quedan aún por recorrer? ¡Oh, Niño Jesús de Neruda: el final del camino de la salvación humana está lejos todavía! Pero no duermas más, no duermas más.

Siete pasos hacia adelante, siete pasos hacia atrás. En una de las paredes, el camastro y, en la otra, una triste repisa con escudillas de barro. Sí, ya lo conozco. Ahora, aquí, todo está algo mecanizado: la calefacción es central, la cubeta ha sido sustituida por un retrete mecánico. Pero son los hombres, especialmente los hombres, quienes están mecanizados. Como autómatas. Aprieta un botón, es decir, haz un ruido con la llave en la cerradura de la puerta o abre la mirilla y los presos, hagan lo

que hagan, darán un salto y se colocarán en hilera, en posición de atención. Abre la puerta y el responsable de la celda gritará sin tomar aliento:

— *Achtung! Celecvozibnzechcikbelegtmittrajmanalesinordnung.*<sup>1</sup>

He aquí, pues, la 267. Es nuestra celda. Pero en esta celda no todo funciona con tanta precisión. Solo saltan dos presos. Mientras tanto yo sigo acostado en el jergón, al pie de la ventana, sobre el vientre. Y así una semana, catorce días, un mes seis semanas. Y vuelvo a nacer. Ya muevo la cabeza, levanto una mano, me incorporo sobre los codos y hasta he intentado volverme de espaldas... En realidad, esto se escribe con más rapidez de lo que se vive.

También la celda sufre cambios. En sustitución del tres han colgado el número dos. Ha desaparecido Karel, el más joven de los dos hombres que me habían enterrado cantando tristes salmos, quedando, tras él, tan solo el recuerdo de un buen corazón. En realidad, mi recuerdo es borroso y solo abarca los dos últimos días de su estancia entre nosotros, cuando paciente-mente relataba sus anécdotas de nuevo y yo volvía a dormirme durante la narración.

Se llama Karel Malic, es mecánico y trabajó en el ascensor de una mina de hierro de las cercanías de Hudlice, de donde sacó explosivo para los luchadores clandestinos de la resistencia. Fue detenido hace casi dos años. Ahora será juzgado, quizás, en Berlín, con un grupo grande de presos. ¡Cualquiera sabe cómo terminará el proceso! Tiene mujer y dos hijos. Los quiere, los quiere mucho, pero... «era mi deber, ¿sabes? No podía hacer otra cosa».

---

<sup>1</sup> «¡Atención! Celda 267. Tres hombres. Todo en orden». Mezcla de alemán y checo en el original.

Permanece sentado largos ratos junto a mí y trataba de hacerme comer. No puedo. El sábado —¿es que ya hace ocho días que estoy aquí?— recurre a un método violento: anuncia a *Polizeimeister*<sup>2</sup> que no he comido nada desde que estoy aquí.

El *Polizeimeister*, siempre solícito, con uniforme de SS y sin cuyo permiso el médico checo no tiene derecho ni a recetar una aspirina, me trae personalmente una sopa de régimen y observa mientras tomo hasta la última gota. Karel está muy contento del éxito logrado con su intervención y al día siguiente él mismo me obliga a tragar la taza de sopa del domingo.

Pero de aquí no pasa. Mis encías destrozadas no pueden masticar, ni las papas cocidas del guiso del domingo y mi garganta, cerrada, se niega a dar paso a cualquier otro bocado de comida algo más sólido.

—Ni guiso, ni guiso quiere —se lamenta Karel moviendo tristemente la cabeza. Y después, con glotonería, empieza a comerse mi ración, cediendo honradamente la mitad al «padre».

¡Ay! Ustedes, los que no han vivido en el año 1942 en la cárcel de Pankrác, no pueden llegar a saber lo que es, lo que supone un guiso. Regularmente, incluso en los peores tiempos, cuando el estómago rugía de hambre y en las duchas se veían esqueletos cubiertos de piel humana, cuando un camarada robaba a otro, por lo menos con la mirada, los bocados de su ración, cuando hasta un asqueroso puré de legumbres secas revueltas con extracto de tomate nos parecía un delicioso y deseado manjar, incluso en los peores tiempos, dos veces por semana —el jueves y el domingo— los presos de servicio vaciaban en las escudillas un cucharón de papas, regándolas con una cucharada de salsa y algunos filamentos de carne. Era maravillosamente

---

<sup>2</sup> «Enfermero de la cárcel». En alemán en el original.

apetitoso. Sí, era más que apetitoso: era un recuerdo material de la vida humana, algo de la vida misma, algo de normal en la cruel anormalidad de la cárcel de la Gestapo, algo de lo que se hablaba suave y voluptuosamente. ¡Ah! quien puede comprender el valor supremo que alcanza una cucharada de buena salsa, condimentada por el terror y el miedo, bajo el debilitamiento y la agonía continuos.

Han pasado dos meses, y esto me ha permitido comprender el gran asombro de Karel. Había rechazado hasta el guiso. Y ninguna otra cosa pudo persuadirle más eficazmente de mi próxima muerte.

La noche siguiente, a las dos, despertaron a Karel. En cinco minutos tenía que estar listo para el transporte, como si se fuera a ausentar solo por unos momentos, como si no tuviese quizá frente a sí el camino que conduce hasta el mismo fin de la vida, un camino que le llevaría a una nueva cárcel, a un nuevo campo de concentración, al patíbulo o a quién sabe dónde. Se arrodilló ante mi jergón y apretando entre sus manos mi cabeza, me besó. Del corredor nos llegó el ronco grito de un esbirro con uniforme, probándonos que los sentimientos no tienen albergue en la cárcel de Pankrác.

Karel cruzó la puerta corriendo. La cerradura sonó secamente...

Y quedamos solo dos en la celda.

¿Nos veremos de nuevo, muchacho? ¿Cuándo será la próxima despedida? ¿Cuál de los dos que quedamos saldrá primero? ¿Y hacia dónde? ¿Y quién lo llamará? ¿Un guardián con uniforme de SS o la muerte, que no tiene uniforme?

Lo que ahora escribo es solo el eco de los pensamientos que me acompañaron después de esta primera despedida. Un año ha pasado desde entonces y los pensamientos que acom-

pañaron al camarada en su partida se han venido repitiendo a menudo y con más o menos insistencia. El número dos, colgado en la puerta de la celda, se cambió por el número tres, y otra vez en un dos, y de nuevo en tres, dos, tres, dos. Nuevos compañeros de celda llegaron y se fueron. Únicamente dos de los que pasaron por la celda 267 permanecieron fielmente juntos.

El «padre» y yo.

\*\*\*\*\*

El «padre...» es el maestro Josef Pesek, de sesenta años de edad, dirigente del comité de maestros, detenido ochenta y cinco días antes que yo, ya que mientras elaboraba un proyecto tendiente a reformar las escuelas libres checas, tramaba un complot contra el Reich alemán. El «padre» es...

Pero ¿cómo expresarlo? ¡Es difícilísimo! Dos, una celda y un año. Durante ese tiempo han desaparecido ya las comillas que condicionaban el nombre de «padre»; durante ese tiempo, los dos detenidos de diferente edad, se han convertido verdaderamente en padre e hijo; durante ese tiempo hemos intercambiado costumbres, formas de expresión y hasta la entonación de la voz. Trata de reconocer ahora, lo que es mío y lo que pertenece al padre, lo que introdujo él en la celda y lo que introduje yo.

Noches enteras me estuvo velando y a base de compresas frías alejó la muerte cuando esta se aproximaba. Sin descanso limpiaba de pus mis heridas y jamás manifestó la menor repugnancia por el hedor que se extendía alrededor de mi jergón. Lavó y zurció los miserables andrajos en que se convirtió mi camisa durante el primer interrogatorio. Y cuando esta estuvo totalmente inservible me vistió con su propia ropa. Me trajo una margarita y un tallo de hierba que se arriesgó a coger en el patio de la cárcel de Pankrác, durante la media hora de gim-

nasia. Me seguía con sus ojos cariñosos cuando me conducían a los interrogatorios y me volvía a poner compresas sobre las nuevas heridas con que retomaba. Cuando me llevaban a los interrogatorios nocturnos jamás pegaba los ojos hasta que volvía y me colocaba sobre el jergón, tapándome cuidadosamente con las mantas.

Tales fueron los comienzos de nuestra vida en común, nunca traicionados durante los días que les siguieron, cuando pude sostenerme sobre mis propias piernas y pagar mis deudas de hijo.

Pero todo esto, muchacho, no puede describirse de un tirón. La celda 267 tuvo aquel año una vida intensa. Y todo lo que ella vivió lo vivió también el padre a su manera. Y esto tiene que ser dicho. La historia no ha terminado todavía (y eso aporta un tono de esperanza).

\*\*\*\*\*

La celda 267 tenía una vida intensa. No pasaba una hora sin que se abriera la puerta y recibiera una visita de inspección. Era un control especial que se ejercía sobre un gran criminal comunista, pero también podía ser simple curiosidad. Muy a menudo morían presos que no debían morir, pero muy rara vez se vio que no muriese aquel de cuya muerte todo el mundo estaba convencido. Hasta los guardianes de otros corredores venían a veces, trababan conversación, levantaban silenciosamente mis mantas y saboreaban, con pericia de gente entendida, mis heridas, para después, de acuerdo con su carácter, extenderse en bromas cínicas o tratarme más amistosamente. Uno de ellos, al que pusimos por mote «Polvillo», acude con más frecuencia que los demás y pregunta, con largas sonrisas, si «el diablo rojo» necesita algo. No, gracias. No necesita nada. Después de algu-

nos días «Polvillo» descubre que «el diablo rojo» necesita algo: ser afeitado. Y trae un barbero.

Es el primer prisionero, excluyendo a los de mi celda, a quien llego a conocer: el camarada Bocek. La amable atención que «Polvillo» me prodiga constituye un verdadero suplicio. El padre sostiene mi cabeza, mientras el camarada Bocek, arrodillado ante mi colchoneta, trata de abrirse paso, con una *gillete* sin filo, por entre el tupido bosque de mi barba. Sus manos tiemblan y las lágrimas asoman a sus ojos. Está persuadido de que afeita a un cadáver. Intento consolarle:

– Afeita, hombre. Hazlo sin miedo. Si he resistido el interrogatorio del Palacio Petschek resistiré seguramente tu hoja de afeitar.

Sin embargo, no nos sobran las fuerzas y tenemos que descansar los dos: él y yo.

Dos días más tarde conozco a otros dos presos. Los señores comisarios del Palacio Petschek están impacientes. Han venido a buscarme y como el *Polizeimeister* escribe todos los días en mi hoja de registro las palabras *transportfähig*<sup>3</sup> dan órdenes de llevarme de cualquier manera. Dos detenidos, con uniformes de la prisión, que hacen servicio en los corredores se detienen con una camilla ante nuestra celda. El padre me mete con dificultad en la ropa, los camaradas me ponen sobre la camilla y me llevan.

Uno de ellos es el camarada Skorepa, que más tarde será el «padre mayor» de nuestros compañeros de corredor. El segundo es [...]<sup>4</sup> Se inclina sobre mí, cuando resbalo sobre la superficie inclinada de la camilla mientras bajamos por la escalera, y me dice:

---

<sup>3</sup> «No puede ser transportado». En alemán en el original.

<sup>4</sup> Ilegible en el original

— Agárrate...

Y añade en voz baja:

— ... ¡así, así!

Esta vez no nos detenemos en la oficina de entrada. Me llevan más lejos, por un corredor muy largo, hacia la salida. El corredor está lleno de gente pues hoy es jueves y los familiares vienen a buscar la ropa de los detenidos. Todos miran pasar nuestro triste cortejo. Veo la compasión en sus ojos y eso no me gusta. Llevo la mano hacia la cabeza y cierro el puño. Quizá se den cuenta de que les estoy saludando; quizá sea un gesto infructuoso. Pero no puedo hacer otra cosa. Me siento aún demasiado débil.

En el patio de la cárcel de Pankrác metieron la camilla en un camión. Dos SS se sentaron al lado del chofer, en la cabina. Otros dos, de pie, se situaron a mi lado, con las manos apoyadas en las fundas abiertas de sus revólveres. Y partimos. No, desde luego, el camino no es precisamente maravilloso: un bache, dos baches, y antes de haber recorrido doscientos metros pierdo el conocimiento. Era una cómica excursión a través de las calles de Praga: un camión de carga de cinco toneladas, habilitado para treinta presos, gastando la gasolina en el traslado de un solo detenido. Y dos SS delante y dos SS detrás, con las manos en los revólveres, vigilaban con mirada de fiera un cadáver para que no se les escapara.

La comedia se repitió al día siguiente. Esta vez aguanté hasta el Palacio Petschek. El interrogatorio no fue largo. El comisario Friedrich tocó no muy delicadamente mi cuerpo y yo regresé otra vez sin conocimiento.

Empezaron entonces a transcurrir los días en los que ya no dudé de estar vivo. El dolor, hermano íntimo de la vida, me lo recordaba con harta frecuencia. La propia prisión de Pankrác

sabía que, por un descuido cualquiera, estaba vivo. Y llegaron los primeros saludos: a través de los espesos muros, que repetían los golpes de los mensajes, y a través de los ojos de los ordenanzas, encargados de distribuir la sopa.

Mi mujer era la única que nada sabía de mí. Sola, en una celda situada tres o cuatro más allá de la mía, en el piso inferior, vivía entre la angustia y la esperanza hasta que su vecina, durante la media hora de gimnasia, le susurró al oído que todo había acabado para mí, que había muerto en la celda a consecuencia de las heridas recibidas durante el interrogatorio. Después vagó por el patio, mientras el mundo daba vueltas a su alrededor. Ni siquiera sintió el consuelo de los puñetazos que la guardiana le propinó en el rostro para obligarla a incorporarse a la fila de presas, a la vida regular de la prisión. ¿Qué habrán visto sus buenos y grandes ojos al mirar, sin lágrimas, las blancas paredes de la celda? Al día siguiente corrió otro rumor: que aquello no era cierto, que no había muerto bajo los golpes, sino que, no pudiendo soportar más el dolor y los sufrimientos, me había ahorcado en la celda.

Entretanto yo seguía tendido sobre el mísero jergón. Cada noche y cada mañana me volvía de costado para poder cantar a mi Gustina sus canciones preferidas. ¿Cómo no iba a oírlas cuando yo ponía en ellas tanto fervor?

Hoy ya sabe, hoy ya puede oír, aunque se halle a más distancia que entonces. Y hoy día, hasta los guardianes saben — y se han acostumbrado a ello — que la celda 267 canta. Y ya no gritan detrás de la puerta para imponer silencio.

La celda 267 canta. Si canté toda mi vida, no sé por qué habría de dejar de cantar ahora, precisamente al final, cuando la vida es más intensa. ¿Y el padrecito Pesek? ¡Oh, es un caso excepcional! Canta con el corazón. No tiene ni oído ni memoria

musical, ni voz, pero adora el canto con tan bello y abnegado amor y encuentra en él tanta alegría que casi no percibo cuando se desliza de una tonalidad a otra e insiste testarudamente en un do aunque el oído reclame un la. Y así, cantamos cuando la nostalgia trata de invadirnos; cantamos cuando el día es alegre; y con nuestro canto acompañamos al camarada que se marcha y a quien quizá no volveremos a ver nunca más; cantando recibimos las buenas noticias del frente oriental; cantamos en busca de consuelo y cantamos de alegría, tal y como los hombres han cantado siempre y como seguirán cantando mientras existan.

No hay vida sin canto, como no hay vida sin sol. Por consiguiente, nosotros necesitamos doblemente el canto, ya que el sol no llega hasta aquí. La 267 es una celda orientada hacia el norte. Solo en los meses de verano, y durante algunos instantes, el sol dibuja, antes de ocultarse, la sombra de los barrotes en la pared. Durante esos instantes, el padre, puesto de pie y apoyado en el camastro, sigue con sus ojos esa fugaz visita del sol... Y esa es la mirada más triste que se pueda encontrar aquí.

¡El sol! ¡Con qué generosidad resplandece ese mago redondo y cuántos milagros realiza ante los ojos de los hombres! Sin embargo cuan poca gente vive bajo el sol. ¡Resplandecerá, sí! Resplandecerá y los hombres vivirán bajo los haces de sus rayos. Bello es saberlo. Pero tú, no obstante, quisieras saber algo infinitamente menos importante: ¿Resplandecerá aún para nosotros?

Nuestra celda está orientada hacia el norte. Solo algunas veces, cuando el día es verdaderamente bello, podemos ver la puesta del sol. Ay, padre, cómo quisiera yo ver la salida del sol aunque fuera por una sola vez.

## CAPÍTULO IV

### La «400»

La resurrección es un acontecimiento un poco especial, tan especial que es imposible describirla. El mundo resulta encantador después de una bella jornada, después de haber dormido bien. Pero esto es como si la jornada fuese todavía más bella, como si hubieses dormido mejor que nunca. A ti te parecía conocer bien el escenario de la vida. Pero esto es como si el director de la iluminación encendiese a la vez todos los reflectores provistos de claros cristales, y, de repente, pusiera ante ti una escena llena de luz. A ti te parecía ver bien. Pero es como si pusieras prismáticos ante tus ojos y miraras, al mismo tiempo, a través de un microscopio. Una resurrección es algo eminentemente primaveral y, al igual que la primavera, descubre ante ti encantos inesperados hasta en los paisajes más conocidos.

Y eso incluso cuando sabes que no es más que para un momento. Incluso cuando lo que te rodea es tan agradable y rico como una celda de la cárcel de Pankrác.

Pero un día, por fin, te llevarán al mundo. Un día te llamarán al interrogatorio. Irás sin camilla y, aunque te parezca mentira, casi andarás con tus propios pies. Hay una barandilla en el corredor y otra barandilla en la escalera. Y tú, en realidad, más que caminar sobre dos piernas, te arrastrarás sobre cuatro patas. Abajo ya habrá otros detenidos que se encargarán de ti y te llevarán hasta el coche celular. Y después estarás allí sentado con

diez, doce personas, en una sombría mazmorra rodante, nuevas caras te sonreirán y tú le sonreirás. Uno te susurrará alguna cosa y tú no sabrás quién es. Estrecharás la mano de otro y no sabrás de quién es. Y, por último, el coche entrará, con una sacudida, en el gran zaguán del Palacio Petschek. Los camaradas te bajarán. Entrarás en una espaciosa sala, de desnudos muros. Cinco bancos, uno tras otro. Y sentados en ellos, los presos, en posición de atención, con las manos sobre las rodillas, la mirada fija en el desnudo muro de enfrente... Y este es, muchacho, una parte de tu nuevo mundo, llamado «sala de cine».

### Interludio de mayo de 1943

Hoy es el Primero de Mayo de 1943. Y de servicio se encuentra un guardián que me permite escribir. ¡Qué suerte! Sentirse una vez más, aunque solo sea por breves momentos, un periodista comunista y escribir la reseña sobre el desfile del Primero de Mayo de las fuerzas de combate del mundo nuevo. No esperes oírme hablar de banderas flameando al viento. No hay tal cosa. Tampoco puedo contarte de esos actos de heroísmo que son tan agradables de escuchar. Hoy todo es mucho más sencillo. Ni la impetuosa y vibrante ola de decenas de millares de camaradas que yo veía otros años irrumpir en las calles de Praga, ni el majestuoso mar de millones de otros camaradas que he visto inundando la Plaza Roja de Moscú. Aquí no puedes ver ni a millones ni a centenares. Aquí solo distingues a algunos compañeros y compañeras. Pero sientes que esto no tiene la menor importancia, porque es una revista de la fuerza sometida en ese momento a la dura prueba del fuego, y que no se transforma en ceniza sino en acero. Es una revista en las trincheras, durante la batalla. Y en las trincheras se lleva el uniforme gris de campaña.

Pero todo esto consta de tan pequeños detalles que tú que no lo has visto quizá no logres comprenderlo cuando lo leas.

Trata de comprenderlo, sin embargo. Créeme: hay en ello una gran fuerza.

El saludo matinal de la celda vecina, consistente en dos compases de Beethoven, suena hoy más solemne, más elocuente, y el muro lo transmite con tonos superiores.

Nos vestimos con lo mejor que tenemos. E igual cosa sucede en todas las celdas.

Recibimos el desayuno ceremoniosamente. Por delante de la puerta abierta de la celda pasan los ordenanzas con el pan, el café y el agua. El camarada Skorepa nos da tres trozos de pan en lugar de dos. Es su saludo del Primero de Mayo, el saludo activo de un alma llena de atenciones. Bajo los trozos de pan un dedo presiona a otro. Está prohibido hablar. Ellos vigilan incluso tus miradas. Pero, ¿acaso los mudos no se expresan claramente con los dedos?

En el patio, bajo la ventana de nuestra celda, entran corriendo las mujeres para el matutino de media hora. Subo a la mesa y, a través de los barrotes, miro hacia abajo. Puede ser que me vean. Sí. Me han visto. Y levantan el puño para saludar. Repito el gesto. Abajo, en el patio, hay hoy una animación singular, completamente nueva; una animación mucho más alegre que la de los demás días. La vigilante no percibe nada, o quizá no quiere ver. Y también esto forma parte de nuestra manifestación del Primero de Mayo de este año.

Y ahora, nuestra media hora de gimnasia. Yo soy el instructor. Es el Primero de Mayo, muchachos, y no vamos a comenzar como los otros días: qué importa si eso llama la atención de los vigilantes. El primer ejercicio: uno, dos; uno, dos: los golpes del martillo. El segundo: segar. El martillo y la hoz. Con un poco

de imaginación los camaradas quizá comprendan. El martillo y la hoz. Miro en torno mío. Ellos sonríen y repiten los ejercicios con fervor. Me han comprendido. He aquí, muchachos, nuestra manifestación del Primero de Mayo. Y esta pantomima es nuestra promesa del Primero de Mayo, a la cual permaneceremos fieles, aun cuando marchemos hacia la muerte.

De vuelta en la celda. Son las nueve. En ese momento el reloj del Kremlin da diez campanadas y en la Plaza Roja comienza el desfile. Padre: ¡unámonos a ellos! Allá, en este momento, cantan La Internacional; en este momento La Internacional resuena en el mundo entero. ¡Que resuene también en nuestra celda! Cantamos. Y una tras otra se suceden las canciones revolucionarias. Pero nosotros no queremos estar solos, no estamos solos. Estamos junto a los que ahora, en libertad y luchando igual que nosotros, cantan...

*Camaradas en las cárceles, en los fríos calabozos,  
ustedes están con nosotros, ustedes están con nosotros  
aunque no en nuestras filas.*

*Da,<sup>1</sup> nosotros estamos con ustedes.*

Y es así como nosotros, en la celda 267, imaginamos el solemne final del desfile del Primero de Mayo de 1943. Pero, ¿es realmente el final? ¿Y esa ordenanza del sector femenino que esta tarde se pasea por el patio silbando la marcha del Ejército Rojo, silbando la canción del guerrillero, silbando otras canciones soviéticas para infundir ánimo a los hombres de las celdas? ¿Y ese hombre con el uniforme de la policía checa que me ha traído papel y lápiz y que en este momento vigila el corredor para que ningún indeseable me sorprenda? ¿Y ese otro que, en defini-

---

<sup>1</sup> «Si». En ruso en el original.

tiva, ha sido el impulsor de estos escritos y que, ocultándolos cuidadosamente, los saca afuera para que aparezcan a la luz en el momento oportuno? Por este trozo de papel se juegan la cabeza. Ellos la arriesgan para establecer un puente de unión entre el hoy aherrojado y el mañana libre. Ellos luchan. Luchan con devoción y sin miedo, cada uno en su puesto, cada uno en su campo de batalla y por todos los medios a su alcance. Y son tan sencillos, tan anónimos y tan desprovistos de patetismo que ni siquiera podrías adivinar la lucha a vida o muerte que sostienen junto a nuestros amigos, y en la cual lo mismo pueden caer que vencer.

Diez veces, veinte veces habrás visto marchar a los ejércitos de la revolución en las manifestaciones del Primero de Mayo. Y siempre era algo solemne. Pero solo en la lucha puedes apreciar la verdadera fuerza de este ejército y su carácter invencible. La muerte es más sencilla de lo que habían creído y el heroísmo tiene faz sin aureola. Pero el combate es todavía más cruel de lo que habías supuesto. Y para perseverar en él y conducirlo hasta la victoria es necesaria una fuerza inconmensurable. Diariamente la ves en movimiento, pero no siempre te das clara cuenta de ella. ¡Si todo parece tan natural, tan evidente!

Hoy la has percibido nuevamente.

Hoy, en el desfile del Primero de Mayo de 1943.

\*\*\*\*\*

El Primero de Mayo de 1943 interrumpió por un momento la continuidad de este relato. Eso está bien. En los días de fiesta se recuerda de otra manera, y quizá el júbilo que hoy te domina te lleve a deformar el recuerdo.

La «sala de cine» del Palacio Petschek no tiene, en verdad, nada de alegre. Es la antecámara de una sala de torturas, desde

la cual oyes las quejas y los gritos de terror de otros, sin saber lo que te espera. Ves partir de entre nosotros gente sana, robusta, y llena de vida que después de tres horas de interrogatorio vuelve mutilada y deshecha. Oyes una voz sonora anunciar su partida hacia el interrogatorio y a la hora una voz rota, ahogada por el dolor y la fiebre, te anuncia su regreso. Y algo peor aún: ves también a gentes que salen con la mirada limpia y franca que, al volver, no pueden ya mirarte a los ojos. Quizá se ha tratado tan solo de un pequeño momento de debilidad allá arriba, en el despacho del comisario. Un único momento de vacilación, nada más que un relámpago de miedo o de deseo de salvar el propio yo, y hoy o mañana llegarán nuevas víctimas que volverán a vivir aquí todos esos horrores; nuevas víctimas entregadas al enemigo por quien ha sido compañero de combate.

El espectáculo de las gentes cuya conciencia se halla comprometida es aún más terrible que el espectáculo de los hombres físicamente torturados. Y si tus ojos han sido lavados por la muerte que pasó a tu lado, si tus sentidos se encuentran afinados por la resurrección, se percibe, sin necesidad de palabras, quién ha vacilado, quién ha traicionado y quién piensa, precisamente en ese momento, en un pequeño rinconcito de su alma, que, después de todo, no sería tan malo aliviar un poco la situación entregando solamente al más insignificante de sus compañeros de lucha. ¡Oh, pobres débiles! ¡Como si la vida comprada con la de un camarada pudiese considerarse vida!

Es posible que no se me ocurriera pensar en eso durante mi primera estancia en la «sala de cine». Pero luego he pensado en ello con frecuencia. Y esa idea reapareció seguramente esta mañana, en ambiente un poco distinto, en un medio que era la mejor fuente de conocimiento: en la sala número «400».

No permanecí sentado mucho tiempo en la «sala de cine». Una hora u hora y media. Después, a mi espalda, sonó mi nombre y dos hombres vestidos de civil, que hablaban checo, se encargaron de mí. Me metieron en el ascensor, que me depositó en el cuarto piso, y me condujeron a una amplia sala, en cuya puerta estaba escrito el número

## 400

Allí, bajo su vigilancia, estuve en un principio sentado completamente solo en una silla aislada y muy atrás, junto a la pared. Miraba a mí alrededor con la extraña impresión de quien ya ha vivido una vez la misma escena. ¿He estado aquí alguna vez? No, no he estado. Y sin embargo la conozco, conozco esta habitación, he soñado con ella, la he visto en una febril y cruel pesadilla que aunque la desfiguró, presentándomela con horribles muecas, no pudo cambiarla tanto como para impedir que la reconociese. Ahora es acogedora, llena de la luz del día y de claros colores. A través de sus grandes ventanas de finas rejillas se puede ver la iglesia de Tyn, las verdes colinas de Letná y el castillo de Hradcany. En el sueño, la pieza era sombría sin ventanas, iluminada por el polvo de una sucia luz amarillenta, bajo la cual los hombres parecían sombras. Entonces había aquí más gente. Ahora, la pieza está vacía y sus seis bancos alineados forman una alegre pradera de amargones y ranúnculos. En mi sueño la veía llena de hombres, sentados en estos bancos, uno al lado del otro y sus caras estaban pálidas y ensangrentadas. Allí, muy cerca de la puerta, un hombre con expresión de dolor en los ojos, de pie, vestido con overol azul, ansiaba beber, beber, y, al fin, se desplomó lentamente sobre el suelo, como cuando cae el telón...

Sí, así era; pero yo sé ya que no fue un sueño. Aquella cosa de delirio febril y cruel, era la realidad.

Fue durante mi primer interrogatorio, la noche de mi detención. Me trajeron aquí tres, diez veces quizá. ¡Qué sé yo! Cada vez que querían descansar y emprenderla con otros. Yo estaba descalzo y, lo recuerdo, las baldosas del suelo refrescaban agradablemente las plantas destrozadas de mis pies.

En aquella ocasión los bancos estaban ocupados por los obreros de la *Funkers*, producto de la cacería nocturna de la Gestapo. Y aquel hombre de overol azul, cercano a la puerta, el camarada Barton, de la célula de la fábrica *Funkers*, era la causa indirecta de mi detención. Digo esto para que nadie sea culpado de mi suerte. Mi detención no obedeció a la traición ni a la cobardía de ningún camarada. Fue solo consecuencia de la imprudencia y la mala suerte. El camarada Barton buscaba para su célula un contacto con la dirección del Partido. Su amigo, el camarada Jelínek, sin respetar por completo las reglas de la conspiración, en vez de consultar ese asunto conmigo, en primer lugar, a fin de que fuera arreglado sin su intervención personal, se comprometió a buscar él mismo ese contacto. Tal había sido la primera falta. La segunda, más desastrosa, consistió en que la confianza del camarada Barton fue ganada por un provocador llamado Dvorak. El camarada Barton le confió hasta el nombre de Jelínek. Y fue así cómo la Gestapo comenzó a interesarse por la familia Jelínek. No la buscaban a causa de su tarea principal, que realizó perfectamente durante dos años, sino a consecuencia de un pequeño servicio que la apartó, en solo un paso, de sus deberes conspirativos. Y que los del Palacio Pets-check se decidieran a detener a Jelínek, precisamente la noche en que habíamos quedado citados, así como el que llegaran en tan gran número, se debió únicamente a la casualidad. Aquello no entraba en sus planes. Los Jelínek deberían ser arrestados al día siguiente. En realidad, la Gestapo llegó casi en

plan de diversión, como «para tomar un poco de aire» y celebrar el éxito que representaba la detención de la célula de la fábrica *Funkers*. Nuestra sorpresa a la llegada de la policía no fue mayor que la de ellos al encontrarme allí. Ni siquiera sabían a quien arrestaban. Y es posible que nunca lo hubieran sabido si junto conmigo...

Pero yo no pude hacer estas reflexiones en la «400», sino después de un rato bastante largo. Para entonces ya no me encontraba solo; los bancos y las paredes se hallaban ocupados y transcurrían horas llenas de sorpresas. Sorpresas extrañas, de las que nada comprendía, y sorpresas malvadas, que comprendí demasiado bien.

La primera sorpresa no perteneció a ninguna de estas dos categorías. Fue algo agradable, pequeño, sin importancia para nadie.

Segunda sorpresa: en la pieza entran, a paso de ganso, cuatro personas, saludan en checo a los agentes vestidos de civil y a mí, se sientan tras de las mesas, ponen sus papeles ante sí y encienden sus cigarrillos libremente, con la libertad de los empleados. Pero, ¡si yo los conozco! Conozco, por lo menos, a tres de ellos y no es posible que estén al servicio de la Gestapo. ¿O quizás lo están? ¿También ellos? Pero si es R., antiguo secretario del Partido y de los sindicatos, de carácter un tanto salvaje, pero fiel. No, no es posible. Y esta es Anka Viková, siempre tan sincera y tan hermosa, a pesar de sus cabellos ya completamente blancos: militante firme y tenaz. No, no es posible. Y este es Vasek, albañil de una mina del norte y más tarde secretario regional de Partido. ¡Cómo no voy a conocerlo! ¡Cuántos combates hemos vivido juntos allá, en el norte! ¿Es posible que lo hayan doblegado bajo su puño? No, no es posible. Pero entonces, ¿qué es lo que buscan ellos aquí? ¿Qué es lo que hacen aquí?

Sin dar respuesta a estas preguntas, ya se me acumulan otras nuevas. Traen a Mirek, a los esposos Jelínek y al matrimonio Fried. Sí, lo sé: estos, desgraciadamente, fueron arrestados conmigo. Pero, ¿por qué está aquí también Pavel Kropáček, historiador de arte, quien ayudaba a Mirek en su trabajo entre los intelectuales y al que no conocía nadie más que Mirek y yo?

¿Y por qué está aquí ese hombre joven y alto, con la cara tumefacta por los golpes, dándome a entender que nos conocemos? Si yo no lo conozco realmente. ¿Quién será? ¿Stych? ¿El doctor Stych? ¿Zdenek? Pero, Dios mío, eso significa el grupo de médicos. Y ¿quién podría conocerlo, fuera de Mirek y de mí? ¿Y por qué durante el interrogatorio me preguntaban tanto sobre los intelectuales checos? ¿Cómo han llegado ellos a suponer un contacto entre mi trabajo y el que se realiza con los intelectuales? ¿Quién podría estar al corriente, fuera de Mirek y de mí?

La respuesta no era difícil, pero era grave y cruel: Mirek ha traicionado. Mirek habló.

En el primer momento podía esperar todavía que, por lo menos, no lo hubiera confesado todo. Pero después llevaron a otro grupo de detenidos y he reconocido a Vladislav Vancura, al profesor Felber y a su hijo, a Bedrich Vaclavek, desconocido bajo su disfraz, a Bozena Pulpánová, a Jindrich Elbl, al escultor Dvorak, a todos los que formaban o estaban llamados a formar parte del Comité Nacional Revolucionario de intelectuales checos: todos están aquí. Mirek ha revelado cuanto sabía sobre el trabajo entre los intelectuales.

Mis primeros días en el Palacio Petschek no fueron ciertamente fáciles. Pero este ha sido el golpe más duro que recibí. Esperaba la muerte pero no la traición. Incluso juzgando con indulgencia, incluso tomando en consideración todas las circunstancias y recordando todo lo que Mirek no ha dicho, no

he podido encontrar otra palabra: traición. No ha sido solo la vacilación, la debilidad ni el hundimiento de un hombre torturado hasta la muerte que busca un alivio en medio de la fiebre. Nada hay que pueda disculparlo. En ese momento comprendí por qué supieron mi nombre desde la primera noche, en ese instante comprendí por qué se encontraba allí Anicka Jirásková, en cuya casa tuve muchas entrevistas con Mirek. Comprendí por qué estaban allí Kropáček y el doctor Stych.

Casi diariamente iba al número «400» y cada día conocía nuevos detalles. Era algo triste y desesperante. Así es. Antes fue un hombre recto, que no trató de huir de las balas cuando combatía en el frente de España y que no se doblegó tampoco bajo la cruel experiencia del campo de concentración en Francia. Ahora padece bajo la vara de un agente de la Gestapo y comete una traición para salvar su pellejo. ¡Cuan superficial sería su valor para ceder ante unos golpes! Tan superficial como sus convicciones. Era fuerte en un grupo, rodeado de camaradas que pensaban como él. Era fuerte porque pensaba en ellos. Pero ahora, aislado, solo, rodeado por el hostigamiento del enemigo, ha perdido completamente su fuerza. Lo ha perdido todo porque empezó a pensar en sí mismo. Para salvar su pellejo sacrificó a sus camaradas. Lo dominó la cobardía y por la cobardía es un traidor.

No pensó que valía más morir que descifrar los materiales encontrados en su casa. Y los descifró. Dio nombres. Dio la dirección de un escondite. Llevó consigo a los agentes de la Gestapo a la cita con Stych. Los envió al piso de Dvorak y a la cita con Váslaveky Kropáček. Entregó a Anicka. Entregó incluso a Lída, muchacha valerosa y resuelta que le amaba. Bastaron algunos golpes para que dijese la mitad de todo eso.

Y cuando se convenció de mi muerte y pensó que no tendría que justificarse ante nadie, dijo todo lo demás.

Con su conducta no me ha hecho, personalmente, ningún daño. Yo ya estaba entre las garras de la Gestapo. ¿Qué más se podría agregar a mis males? Al contrario: era una cosa concreta, sobre la cual podían basar todas sus búsquedas. Algo así como el comienzo de una cadena, cuyos eslabones siguientes estaban en mis manos y cuyo final ellos querían alcanzar. Gracias a eso solamente he sobrevivido hasta después del estado de sitio y, conmigo, una gran parte de nuestro grupo. Pero en este caso no habría habido ningún grupo si él hubiese cumplido con su deber. Nosotros dos estaríamos muertos hace tiempo, pero los demás vivirían y trabajarían.

Un cobarde pierde algo más que su vida. Él ha perdido. Es un desertor del ejército glorioso y merece el desprecio del más ruín de sus enemigos. Y aunque viviese, no viviría ya, porque se ha excluido de la colectividad. Más tarde intentó corregir algunas cosas, pero jamás pudo ganar la confianza de los compañeros. Esto es más terrible en la prisión que en cualquier otra parte.

\*\*\*\*\*

El preso y la soledad: esas dos palabras son, al parecer, inseparables. Pero es un gran error. El preso no está solo. La cárcel es una gran colectividad en la que ni el más riguroso aislamiento puede separar a nadie, si es que uno no se excluye a sí mismo. La hermandad de los oprimidos está sometida a una presión que la concentra, la fortalece y la hace más sensible. Atraviesa los muros, que viven, hablan y transmiten mensajes. Abarca las celdas de un mismo corredor, unidas por sufrimientos comunes, servicios comunes, ordenanzas comunes y medias horas comunes al aire libre, cuando hasta una palabra o un gesto bastan para dar una noticia o salvar una vida humana. Liga a toda la prisión por medio de las salidas y vueltas comunes del

interrogatorio y la asistencia común a la «sala de cine». Es una hermandad de pocas palabras y de muchos servicios, porque un solo apretón de manos o un cigarrillo pasado a hurtadillas rompe la jaula a la que te han arrojado y te libra de la soledad que debiera quebrantarte. Las celdas tienen manos: percibes cómo te sostienen para que no caigas tras las torturas del interrogatorio y de ellas recibes alimento cuando otros te empujan a la muerte por hambre. Las celdas tienen ojos: te miran cuando marchas hacia la ejecución y tú sabes que tienes que ir con la cabeza alta, porque eres su hermano y no debes mostrar debilidad ni siquiera con un paso vacilante. Es una hermandad que sangra, pero que es indestructible. Si no fuera por su ayuda, no podrías soportar ni la décima parte de lo que soportas. Ni tú, ni nadie.

En este relato, si logro continuarlo — porque uno no sabe ni el día ni la hora del fin — verán a menudo el número «400» que da título a este capítulo. Yo lo he conocido. Era una sala, y las primeras horas que pasé en ella, las primeras reflexiones que en ella me hice, no fueron nada alegres. Pero no era solo una habitación: era una comunidad, una comunidad alegre y combativa.

Nació en el año 1940, al aumentar la actividad de la sección anticomunista de la policía. La «sala de cine» era una dependencia de la cárcel nacional: la sala de espera de quienes serían sometidos al interrogatorio, especialmente seleccionada para los comunistas, con el fin de evitar llevarlos y traerlos desde el sótano al cuarto piso y viceversa a cada interrogatorio, y con el fin de tenerlos en todo momento a disposición de los empleados de la Gestapo encargados de los interrogatorios. Era para facilitar su trabajo. O al menos ellos pensaban así.

Pero une a dos presos, y sobre todo a dos comunistas, y en cinco minutos se habrá formado un colectivo que estropeará

todos sus planes. En el año de 1942 era conocida como la «Central Comunista». Ha conocido muchos cambios y por sus bancos han pasado millares y millares de cantaradas, hombres y mujeres. Pero hay algo que no ha cambiado nunca: el alma de ese colectivo, fiel a la lucha y seguro de la victoria.

La «400» era una trinchera avanzada, totalmente cercada por el enemigo y sometida a un fuego concentrado, pero que jamás pensó en rendirse. Sobre ella flotaba la bandera roja y en su seno se manifestaba la solidaridad de todo el pueblo, en lucha por su liberación.

Abajo, en la «sala de cine», los SS pasaban arrastrando sus pesadas botas y acompañando con gritos el menor movimiento de tus ojos. Aquí, en la «400», la vigilancia es ejercida por inspectores checos y agentes de la Jefatura de Policía, al servicio de la Gestapo como intérpretes, bien voluntariamente, bien por orden de sus superiores, y que cumplían con su deber como mercenarios de la Gestapo o como checos. O como cualquier cosa entre estas. Aquí no estabas obligado a permanecer sentado en posición de atención, con las manos en las rodillas y los ojos fijos. Aquí ya podías sentarte más libremente; podías mirar alrededor tuyo; podías hacer un signo con la mano y podías hacer incluso algo más, según el caso. Todo dependía de la clase de vigilante que estaba de servicio en el momento dado.

La «400» era el lugar donde se alcanzaba el más profundo conocimiento de esa criatura que se llama hombre. Allí, la proximidad de la muerte ponía al desnudo a todo el mundo: a los que un brazal rojo señalaba como detenidos comunistas o como sospechosos de colaborar con los comunistas y a los que debían vigilarlos y que en una habitación vecina participaban en su interrogatorio. En esta, durante el interrogatorio, cada palabra podía servir de escudo o como arma. Pero en la «400»

es imposible ocultarse tras las palabras. Allí ya no cuenta lo que dices, sino lo que es más hondo en ti. En tu interior más profundo no ha quedado más que lo esencial. Todo lo que estaba en segundo plano y que ennoblecía, debilitaba o embellecía el fondo de tu carácter, todo eso ha caído, ha sido arrancado de cuajo por el vendaval que precede a la muerte. No queda más que el sujeto y el predicado: el fiel resiste, el traidor traiciona, el burgués se desespera, el héroe combate. En cada hombre hay una fuerza y debilidad, audacia y miedo, firmeza y vacilación, limpieza y suciedad. Pero aquí no puede quedar más que una cosa u otra. O esto o aquello. Y si alguno ha intentado navegar entre dos aguas, ha sido descubierto con mayor prontitud que un bailarín con los címbalos en la mano y una pluma amarilla en el sombrero exhibiéndose durante una ceremonia fúnebre.

Había personas de ese género entre los detenidos, y también entre los inspectores y agentes checos. Durante el interrogatorio encendían una vela al buen Dios del Reich y en la «400» prendían otra al diablo bolchevique. Delante del comisario alemán le rompen los dientes para arrancarte, a fuerza de golpes, el nombre de tu enlace y en la «400» te ofrecen amigablemente pan para mitigar el hambre. Durante los registros saquean totalmente tu piso, para ofrecerte, de manera oculta, en la «400», la mitad de un cigarrillo de su botín, a fin de mostrar sus buenos sentimientos. Y había otros — que no eran más que una variante de la misma especie — que jamás, por su propia iniciativa, hicieron mal a nadie, pero que tampoco ayudaren nunca a nadie. Estos no pensaban más que en su propio pellejito. Su sensibilidad los convertía en excelente barómetro político. ¿Se muestran reservados, muy oficiales? Es seguro: los alemanes avanzan sobre Stalingrado. ¿Son amables y entablan conversación con los detenidos? La situación es favorable: los alemanes han sido rechaza-

dos en Stalingrado. ¿Hablan de su viejo origen checo y de cómo han sido obligados a entrar al servicio de la Gestapo? Excelente: el Ejército Rojo avanza ya seguramente sobre Rostov. Hay todavía otros —de la misma especie— que se meten las manos en los bolsillos cuando estás a punto de perecer ahogado y te las tienden complacientemente cuando has llegado ya a la orilla.

Esa especie de gente ha sentido el colectivo de la «400» y ha intentado aproximarse a ella, porque apreciaba su fuerza. Ferc jamás formó parte de la misma. Y existía todavía otra especie que no tenía la menor idea de esta comunidad: yo los llamaría asesinos, aunque los asesinos, a pesar de todo, pertenecen al género humano. La bestia de lengua checa, con el vergajo y el hierro en la mano, torturaba a los detenidos checos en forma tal que muchos comisarios alemanes terminaban por volver la vista ante el espectáculo. Ellos no podían cubrirse ni con la hipócrita excusa de la lucha por su pueblo o por el Reich: torturaban y asesinaban por placer; rompían los dientes, perforaban los tímpanos, vaciaban los ojos, despedazaban a patadas los órganos genitales, dejaban al desnudo el cerebro de los torturados y les pegaban hasta la muerte impulsados por la crueldad, sin otro móvil que la crueldad misma. Tú los has visto diariamente; cada día le veías obligado a soportar su presencia, que llenaba la atmósfera de sangre y de estertores de agonía. Solo te sostenía tu profunda fe, la firme confianza de que nunca podrían escapar a la justicia, aunque asesinasen a todos los testigos de sus crímenes.

Y al lado de esos, en la misma mesa, iguales al parecer y con la misma jerarquía, se sentaban otros hombres. Hombres, con H mayúscula. Hombres que aplicaban el reglamento de la prisión en beneficio de los encarcelados; hombres que ayudaron a formar la colectividad de la «400», y que a ella pertenecían con todo

su corazón y con toda su audacia. Su grandeza destaca tanto más cuanto que no eran comunistas, sino que, por el contrario, habían trabajado antes, al servicio de la policía checa, en contra de los comunistas. Pero, al verlos luchar contra el ocupante, conocieron la fuerza y comprendieron la importancia que para todo el pueblo tienen los comunistas y, desde ese momento, sirvieron fielmente, y ayudaron, hasta en los bancos de la prisión, a todos aquellos que se mantuvieron firmes. Numerosos combatientes de fuera vacilarían si conociesen los horrores que les esperan, si caen en manos de la Gestapo. Pero los de aquí tienen constantemente, cada día y cada hora, esos horrores ante los ojos. Cada día y cada hora podían esperar ser colocados junto a los detenidos y sufrir martirios aún mayores. A pesar de todo, no vacilaron. Ayudaron a salvar la vida de millares y aliviaron la suerte de aquellos cuyas vidas fue imposible salvar.

Merecen el título de héroes. Sin su ayuda, la «400» jamás hubiera podido llegar a ser lo que fue y como la conocieron miles y miles de comunistas: un lugar claro en una casa sombría, una trinchera en la retaguardia del enemigo, el centro de la lucha por la libertad en el interior mismo de la fortaleza de los ocupantes.

# NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA

Prado N° 553, e/ Teniente Rey  
y Dragones, Habana Vieja.

f **LibreríaAbrilCuba**



**LIBRERÍA CUBA VA**

Calle 23 esq. a J,  
Vedado.

## CAPÍTULO V

### Figuras y figurillas I

Solo pido una cosa: los que sobrevivan a esta época no la olviden. No olviden ni a los buenos ni a los malos. Reúnan con paciencia los testimonios de los que han caído por sí y por ustedes. Un día, el hoy pertenecerá al pasado y se hablará de una gran época y de los héroes anónimos que han hecho historia. Quisiera que todo el mundo supiese que no ha habido héroes anónimos. Eran personas con su nombre, su rostro, sus deseos y sus esperanzas y el dolor del último de ellos no ha sido menor que el del primero, cuyo nombre perdura. Yo quisiera que todos ellos estuviesen cerca de nosotros, como miembros de nuestra familia, como nosotros mismos.

Han sido exterminadas generaciones enteras de héroes. Amen por lo menos a algunos de ellos, como si fuese un hijo o una hija, y siéntanse orgullosos de él como de un gran hombre que ha vivido para el futuro. Cada uno de los que han servido fielmente al futuro y han caído por hacerlo más bello, es una figura esculpida en piedra. Y cada uno de aquellos que, con el polvo del pasado, han querido construir un dique para detener la revolución, no son más que figurillas de madera, aunque tengan los brazos cargados de galones dorados. Pero es necesario ver también las figurillas vivientes en su infamia, en su imbecilidad, en su crueldad y en su ridículo, porque es un material que nos servirá para el futuro.

Yo puedo relatar solamente el material que corresponde a la declaración de un testigo. Es limitado y sin espacio en el tiempo tal y como he podido verlo desde mi pequeño frente. Pero contiene rasgos de una verdadera imagen de la vida: los rasgos de los grandes y de los pequeños, de las figuras y de las figurillas.

## Los Jelínek

Josef y Marie. Él, electricista; ella, criada. Tienes que conocer su casa: muebles modernos, simples y lisos, una pequeña biblioteca, una estatuilla, cuadros sobre las paredes y todo limpio, increíblemente limpio. Dirías que toda el alma de ella estaba encerrada allí dentro y que no conocía otra cosa más en el mundo. Sin embargo, militaba desde hacía largo tiempo en el Partido Comunista y concebía a su manera la justicia. Los dos trabajaron silenciosamente y en forma abnegada, sin apartarse de sus actividades en el período de ocupación, que planteaba ante ellos grandes exigencias y responsabilidades.

Después de tres años, la policía hizo irrupción en su domicilio. Estaban uno al lado del otro, con las manos levantadas sobre sus cabezas.

## 19 de mayo de 1943

Esta noche, los nazis llevan a mi Gustina a Polonia «a trabajar». A las galeras, a la muerte por el tifus. Me quedan algunas semanas, quizás dos o tres meses de vida. El acta de acusación ha pasado al tribunal.

Puede ser que queden cuatro semanas más de investigación complementaria en contra mía en la prisión de Pankrác y después todavía dos, tres meses, hasta el fin. Este reportaje ya no será terminado. Si en estos días tengo ocasión, intentaré conti-

nuarlo. Hoy no puedo. Tengo el corazón y la cabeza llenos de Gustina, de esa mujer noble, compañera tan querida, ferviente y abnegada en mi vida tan azarosa y nunca apacible.

Cada tarde le canto ¡su canción predilecta: sobre la hierba azulada de la estepa, llena de leyendas de combates guerrilleros; sobre la cosaca que, al lado de los hombres, luchaba valerosamente por conquistar la libertad hasta que en un combate *yey, podniatsia s zemli nieprislos*.<sup>1</sup>

*Voí, moi družhok boievoi*<sup>2</sup> ¡Cuánta fuerza encierra esta fina criatura de trazos firmemente esculpidos y con grandes ojos de niña, llenos de ternura! La lucha y las continuas separaciones han hecho de nosotros dos amantes eternos, que no solo una, sino cien veces en la vida han vivido los momentos ardorosos de las primeras caricias y de los primeros abrazos. Y sin embargo, nuestros corazones latían siempre al unísono y nuestro aliento era el mismo en las horas de felicidad y en las horas de angustia, excitación y tristeza.

Durante años hemos trabajado juntos y nos hemos ayudado como solo los camaradas saben hacerlo. Durante años ella fue mi primer lector y crítico, me era difícil escribir sin sentir sobre mí su cariñosa mirada; durante años hemos participado, uno al lado del otro, en frecuentes luchas y durante años hemos vagado, cogidos de la mano, por los lugares preferidos. Hemos conocido muchas dificultades y hemos vivido muchas y grandes alegrías, porque nosotros éramos ricos, ricos como son los pobres. Con esa riqueza que está en el interior.

¿Gustina? He aquí a Gustina:

Fue durante el estado de sitio, a mediados de junio del año pasado. Me vio por primera vez a las seis semanas de nuestra

---

<sup>1</sup> «No pudo levantarse más». En ruso en el original.

<sup>2</sup> «Ay, mi compañero de lucha». En ruso en el original.

detención, después de aquellos tristes días en que, sola en la celda, meditaba sobre las noticias que le anunciaban mi muerte. La llamaron para ablandarme:

—Hágalo entrar en razón— le decía a Gustina el jefe de la sección durante el careo—. Dígale que sea razonable. Si no piensa en sí mismo, que piense al menos en usted. Dispone usted de una hora para reflexionar. Si después de ese plazo su porfiada cabeza no cede, esta tarde serán fusilados. Los dos.

Ella me acarició con la mirada y respondió con sencillez:

—Señor comisario: eso no es ninguna amenaza para mí. Ese es mi último deseo. Si a él lo ejecutan, ejecútenme a mí también.

Hela aquí. Esta es Gustina: amor y firmeza.

Pueden quitarnos la vida, ¿verdad Gustina? Pero nunca nuestro honor y nuestro amor.

¡Ay, amigos míos! ¿Pueden imaginar cómo viviríamos si nos encontráramos después de todos estos sufrimientos? ¿Si nos encontramos de nuevo en una vida libre y bella, en la vida de la libertad y la creación? ¿Cuándo se realizará lo que ansiamos, aquello por lo que hemos hecho tantos esfuerzos y por lo que ahora vamos a morir? Sin embargo, aunque muertos viviremos en un pequeño rincón de vuestra felicidad, porque por esa felicidad hemos dado nuestra vida. Y eso nos da alegría, aunque la despedida sea triste.

No nos permitieron ni decirnos adiós, ni darnos un abrazo, ni estrecharnos la mano. Solo el colectivo de la prisión, que une la Plaza de Karel con Pankrác, nos da mutuas noticias de nuestra suerte.

Tú sabes, Gustina, y yo también lo sé, que no nos volveremos a ver más. Pero aún así, yo te oigo gritando desde lejos: «Hasta la vista, querido».

¡Hasta la vista, Gustina mía!

Mi testamento.

No tenía más que mi biblioteca. Y la Gestapo la destruyó.

He escrito muchos artículos culturales y políticos, reportajes, ensayos, y reseñas críticas de literatura y de teatro. Muchos de ellos correspondían a una jornada y con ella morían. Déjenlos en paz. Pero algunos pertenecen a la vida. Esperaba que Gustina pudiese organizarlos. Quedan pocas esperanzas. Por ello ruego al honesto camarada Ladislav Stoll que haga una selección de ellos para formar cinco libros:

- 1) Artículos políticos y de polémica.
- 2) Recopilación de reportajes sobre nuestro país.
- 3) Recopilación de reportajes sobre la URSS.
- 4 y 5) Artículos y ensayos sobre literatura y teatro.

La mayoría de estos trabajos los encontrará en *Tvorba* y en *Rudé Pravo*. Otros en *Kmen*, *Pramen*, *Proletkult*, *Doba*, *Socialista*, *Avant-garda*, etc.

En casa del editor Girgal (al que aprecio por la audacia con que, durante la ocupación, publicó mi estudio sobre Božena Němcová) están los manuscritos del estudio sobre Julius Zeyer; en la casa donde vivían los Jelínek, los Vysusil y los Suchánek — la mayoría de ellos muertos hoy — está oculta una parte de mi estudio sobre Sabina y las notas sobre Jan Neruda.

He comenzado a escribir una novela sobre nuestra generación. Dos capítulos están en casa de mis padres. El resto, probablemente ha sido destruido. He visto algunos cuentos en manuscrito en el expediente de la Gestapo.

Al historiador literario que va a nacer, le lego mi amor por Jan Neruda. Es nuestro mejor poeta. Vio muy por encima de nosotros pensando en el porvenir. Pero no hay todavía ninguna obra que lo comprenda y valore. Es necesario mostrar

al Neruda proletario. Le han pegado a los faldones la etiqueta de los «Idilios de Mala Strana»,<sup>3</sup> sin darse cuenta de que justamente ese barrio «idílico» de Mala Strana lo considero siempre como un «granuja», nacido en los límites de Smichov,<sup>4</sup> en un ambiente obrero, que para ir al cementerio de Mala Strana por sus «Flores de Cementerio» tenía que pasar junto a la fábrica de Ringhofer. Sin conocer eso no comprenderán nunca a Neruda, desde sus «Flores de Cementerio» hasta el folletín sobre el Primero de Mayo de 1890. Todo el mundo —incluso un hombre tan clarividente como Salda— veía en la actividad periodística de Neruda un cierto freno a su creación poética. Es una insensatez. Porque precisamente por ser periodista, Neruda ha podido escribir obras tan magníficas como sus «Baladas y Romances», «Cantos de Viernes Santo» y la mayoría de sus «Motivos Simples». El trabajo periodístico agota a menudo al nombre y es posible que hasta le impida concentrarse, pero lo acerca al lector y le enseña a crear también en poesía, sobre todo si se trata de un periodista tan honesto como Neruda. Neruda, sin periódicos donde reflejar la vida diaria, es posible que hubiese escrito muchos volúmenes de poemas pero ni uno solo hubiera podido sobrevivir a su siglo como sobrevivirán todas sus obras.

Puede ser que alguien termine mi estudio sobre Sabina: lo merece.

A mis padres, por su amor y su sencilla nobleza, hubiera querido asegurarles, con mi trabajo realizado también para ellos, un otoño lleno de sol. Que no se sientan turbados porque no sigo con ellos. «El obrero es mortal; el trabajo es eterno», y en el calor y la luz que les rodearan, yo estaré siempre a su lado.

---

<sup>3</sup> Barrio antiguo de Praga.

<sup>4</sup> Barrio de Praga, limítrofe al de Mala Strana.

Pido a mis hermanas Liba y Verka que, con sus cantos, hagan olvidar a mi padre y a mi madre que hay un vacío en nuestra familia. Han tragado muchas lágrimas cuando venían a vernos al Palacio de Petschek. Pero la alegría vive en ellas y por eso las amo, por eso nos amamos. Ellas son sembradoras de alegría: que no dejen de serlo nunca.

A los camaradas que no sobrevivan a esta batalla final y a los que vengan detrás de nosotros, les estrecho fuertemente la mano. En mi nombre y en el de Gustina. Cumplimos con nuestro deber.

Lo repito una vez más: hemos vivido para la alegría; por la alegría hemos ido al combate y por ella morimos. Que la tristeza jamás vaya unida a nuestro nombre.

19-V-1943

J.F.

## 22 de mayo de 1943

Concluido y firmado. Desde ayer, mi causa ante el juez de instrucción está terminada. Esto va mucho más rápido de lo que yo pensaba. Parece que tienen prisa. Lída Plachá y Mirek son mis compañeros de juicio. A Mirek no le sirvió de nada su debilidad.

Con el juez de instrucción todo ha sido correcto y frío como el hielo. En la Gestapo, por lo menos, había un poco de vida, algo terrible, pero vivo. Allí dentro había pasión: por un lado la pasión de los combatientes y, por el otro, la pasión de los cazadores, de las fieras o de los simples ladrones. Algunos de los del otro lado tenían hasta una especie de convicción. Pero aquí, el juez de instrucción no entiende más que de burocracia: grandes insignias con la cruz gamada proclaman convicciones que en el fondo faltan. Es el escudo detrás del cual se esconde el pobre

empleadillo, decidido a sobrevivir a esta época de cualquier manera. No es ni malo ni bueno para con los acusados. No sonríe ni frunce el entrecejo. Ejerce. Nada de sangre; solo una sopa aguada.

El acta de acusación está lista, firmada, y ahora agregan todos los párrafos que quieren. Se citan en ellas seis crímenes de alta traición, un complot contra el Reich, la preparación de una sublevación armada y no sé cuántas cosas más aún. Uno solo de estos cargos habría sido suficiente.

He luchado aquí durante trece meses por la vida de los otros y la mía. Con audacia y con astucia. Los nazis tienen incluido en su programa la «astucia nórdica». Creo que también supe usarla. Me han vencido por la sencilla razón de que ellos tienen también un hacha en sus manos.

Esta lucha, pues, ha terminado. Ahora comienza el período de espera. Dos, tres semanas para elaborar la acusación. Luego, el viaje al Reich, esperar la reunión del tribunal, la condena y, por último, cien días de espera hasta la ejecución. Esas son las perspectivas. Quizá todavía cuatro o cinco meses. Durante ese tiempo muchas cosas pueden cambiar. Durante ese tiempo todo puede cambiar. Quizá, es posible. Desde aquí no puedo juzgarlo. Un desarrollo más rápido de los acontecimientos en el exterior puede acelerar también nuestro fin. Y con eso todo se equilibra.

Es una carrera entre la esperanza y la guerra. Una carrera entre la muerte y otra muerte. ¿Qué vendrá primero? ¿La muerte del fascismo o la mía? ¿Solo yo me haré esta pregunta? No. Eso mismo se preguntan decenas de millares de presos, eso mismo se preguntan millones de soldados, eso mismo se preguntan decenas de millones de hombres y mujeres en toda Europa y en el mundo entero. Unos tienen más esperanza y

otros menos. Pero es solo aparentemente. Los horrores con que el capitalismo en descomposición ha inundado al mundo constituyen amenazas supremas para todos. Centenares de miles de hombres — ¡y qué hombres! — caerán todavía antes de que los sobrevivientes puedan responder: yo sobreviví al fascismo.

Ahora la cuenta es solo de meses y pronto será de días. Pero precisamente serán esos los más crueles. Siempre pensé cuán triste sería ser el último soldado que en el último segundo de la guerra lo alcanzara la última bala en el corazón. Pero alguien tiene que ser el último. Y si supiera que puedo serlo yo, ahora mismo iría.

\*\*\*\*\*

El breve tiempo que aún me queda en la cárcel de Pankrác no me permite dar a este reportaje la forma que debiera tener. Tengo que ser más breve. Mi reportaje constituirá el testimonio de los hombres y no de toda una época. Eso es creo lo más importante.

He comenzado estas figuras con el matrimonio Jelínek, gente sencilla que en tiempos normales no parecían héroes. En el momento de la detención estaban uno al lado de otro, con las manos en alto: él, pálido; ella, con las rosetas de la tuberculosis en sus mejillas. Tenía los ojos un poco asustados al ver cómo, en cinco minutos, la Gestapo transformó el orden ejemplar que reinaba en su casa en una desolación. Después volvió lentamente la cabeza hacia su marido y le preguntó:

—Pepe: y ahora, ¿qué va a pasar?

El fue siempre poco hablador. Encontraba con dificultad las palabras. Hablar le inquietaba. Pero en ese momento respondió tranquilamente y sin ningún esfuerzo:

—Vamos a la muerte, Marie.

Ella no lanzó ni un grito. Ni se conmovió. Con un bello gesto bajó las manos y se las tendió a Jelínek, ante los cañones amenazadores de las pistolas. Este gesto atrajo sobre ella y su esposo los primeros golpes en la cara, se pasó la mano por ella, miró con extrañeza a los intrusos y casi cómicamente dijo:

—Tan buenos mozos —dijo y alzó la voz—, ¡tan buenos mozos... y tan brutos!

Los ha apreciado en su justo valor. Unas horas más tarde la sacaron de la oficina del comisario encargado del «interrogatorio» casi sin conocimiento por los golpes recibidos. Pero ni aún pegándole pudieron sacar nada de ella. Ni entonces ni más adelante.

No sé lo que pasó con ellos durante el tiempo que estuve tendido en mi celda, en la imposibilidad de ser interrogado. Pero sé que en todo ese tiempo nada dijeron. Me esperaban. Y después, ¡cuántas veces Pepe fue golpeado, golpeado y golpeado! Pero nada dijo, antes de que yo pudiera decirle o por lo menos indicarle con la mirada lo que podía o debía decir, a fin de desorientar la investigación.

Antes, Marie era sensible hasta las lágrimas. Así la conocí hasta el momento de su detención. Pero durante toda su estancia en la Gestapo jamás vi una lágrima en sus ojos. Amaba su casa, pero cuando los camaradas de fuera le dijeron, por darle una satisfacción, que sabían quién había robado los muebles de su casa y que lo vigilaban, contestó:

—¡Al diablo con los muebles! No pierdan el tiempo con ellos. Ahora deben ocuparse de cosas más importantes: trabajar en lugar nuestro. Primero hay que hacer una limpieza general y después, si sobrevivo, yo misma pondré orden en mi casa.

Un día se los llevaron a los dos. A cada uno por su lado. En vano busqué el lugar de destino. En la Gestapo, la gente desa-

parece sin dejar huella, sembrada en millares de cementerios. ¡Ah, qué cosecha saldrá de esta terrible semilla! Su último mensaje fue:

—Jefe, diga a los de afuera que no me compadezca nadie y que nadie se aterrorice con mi suerte. He hecho lo que me ordenaba mi deber de obrera, y como tal moriré.

Era «solo una criada». No tenía ninguna cultura clásica y no sabía que en el pasado ya se había dicho:

*Peregrino: anuncia a los lacedemonios que nosotros yacemos aquí muertos, como las leyes nos lo han ordenado.*

## Los Vysusil

Los Vysusil vivían en la misma casa, en el apartamento vecino al de los Jelínek. También ellos eran Josef y Marie. Una familia de empleados subalternos, un poco más vieja que sus vecinos. Josef era un chico alto, del barrio de Nusle y a los diecisiete años fue movilizadado para la Primera Guerra Mundial. Semanas más tarde fue hospitalizado a consecuencia de la fractura de una rodilla, de la que nunca llegó a restablecerse. Se conocieron en el hospital de Brno, donde Marie trabajaba como enfermera. Tenía ocho años más que él y había abandonado su infeliz matrimonio.

Terminada la guerra, se casó con Pepe. Y algo de enfermera, algo de madre quedó entre ellos para siempre. No procedían de familias proletarias; tampoco formaban una familia proletaria. Tanto más complicado, más difícil fue su camino hacia el Partido: pero lo encontraron. Fue, como en muchos otros casos, por el ejemplo de la Unión Soviética. Aún mucho antes de la ocupación nazi, sabían qué es lo que querían, y ocultaban en su casa a camaradas alemanes.

En los tiempos más duros, después del ataque a la Unión Soviética y el primer estado de guerra, en 1941, se reunían en su casa los miembros del Comité Central. Allí dormía Honza Zika, Honza Cerny y, más a menudo, también yo. Allí, en su casa, se escribía el *Rudé právo*, allí se tomaban decisiones y allí conocí por primera vez a «Karel»: a Cerny.

Eran concienzudos, justos y atentos; encontraban la salida correcta siempre que surgió alguna situación imprevista de las que, en la clandestinidad, hay más de lo previsto. A nadie se le hubiera ocurrido que ese alto empleado subalterno de los «caminos de hierro» y esa «pequeña señora» de Vysusil se encontraran complicados en un asunto ilegal.

Lo detuvieron poco después que a mí. Quedé horrorizado al verlo aquí por primera vez. Si hablaba, las consecuencias serían graves. Pero calló. Fue detenido por unos manifiestos que había dado a leer a un amigo. Y se mantuvo en la cuestión de los manifiestos.

Unos meses después, cuando por la indisciplina de Pokorny y Pixová se supo que Honza Cerny había estado alojado en casa de la hermana de la señora de Vysusil, los nazis, durante dos días consecutivos y a su manera, «interrogaron» a Pepe para arrancarle la pista del último mohicano de nuestro Comité Central. Al tercer día llegó a la «400» y se sentó con precaución: sobre las carnes laceradas uno se sienta verdaderamente mal. Le lancé una mirada ansiosa, interrogándole y animándole. Él respondió graciosamente, en su léxico de barrio:

— Cuando la cabeza no quiere, no hablan ni la boca ni el culo.

Conocía bien a esta pequeña familia. Sabía hasta qué punto se amaban, cuan nostálgicos se sentían cuando se hallaban separados uno de otro, aun cuando no fuera más que por uno o dos días. Sin embargo, los meses pasan y cuan triste será la vida

en aquel cuarto acogedor de Nusle, cerca de Michle, para una mujer sola, a esa edad en que la soledad es tres veces más dura de soportar que la muerte. ¡Cuántos sueños habrá tejido para ayudar a su marido y restablecer aquel pequeño idilio durante el cual se llamaban —un poco ridículamente, bien es cierto— «mamita» y «papacho». Y encontró de nuevo el único camino: perseverar en el trabajo, trabajar por los dos.

La víspera de año nuevo de 1943, sentada sola a la mesa ante su fotografía y en el mismo lugar donde solía sentarse él, esperaba las campanadas de las doce. Y cuando sonaron, brindó a su salud, por su regreso, porque pudiese alcanzar el día de la libertad.

Un mes más tarde fue detenida. Mucha gente en la «400» tembló, porque ella era el enlace encargado de las relaciones con la cárcel.

Pero no dijo nada.

No la torturaron a golpes: estaba gravemente enferma y hubiera muerto en sus manos. La torturaron con algo más terrible: atacando su imaginación.

Unos días antes de su detención enviaron a su marido a trabajar a Polonia. Ahora le decían:

—Mire: la vida allí es dura, incluso para la gente sana. Y su marido está inválido. No resistirá eso. Perecerá en cualquier parte y no lo verá más. ¿Y a quién buscará usted después, a sus años? Sea razonable. Díganos todo lo que sepa y nosotros se lo devolveremos en seguida.

¡Mi Pepe! ¡Mi pobre Pepe! Va a perecer allí, en Polonia, quién sabe dónde. ¡Y quién sabe cuál será su muerte! Ya han matado a mi hermana; ahora están matando a mi marido. Voy a quedar sola, completamente sola. ¿A quién podría yo encontrar después, a mis años? Sola, abandonada hasta la muerte... y yo

podría salvarle. Me lo devolverían, sí, pero, ¿a qué precio? Pero entonces ya no sería yo, ni él mi «papacho»...

Y no soltó ni una palabra.

Desapareció en uno de aquellos transportes anónimos de la Gestapo. Poco tiempo después recibimos la noticia de que Pepe había muerto en Polonia.

## Lída

La primera vez que llegué a casa de los Baxa era por la tarde. Únicamente estaba Jozka con una muchachita menuda, de ojos vivos, que se llamaba Lída. Esta era todavía una niña y estuvo todo el tiempo mirando con curiosidad mi barba, contenta de que, conmigo, hubiese entrado en la casa una cosa nueva e interesante, con la cual ella podría divertirse un rato.

Rápidamente nos hicimos amigos. Con gran sorpresa supe que esta criatura tenía ya casi diecinueve años. Era hermanastra de Jozka y se apellidaba Plachá,<sup>5</sup> aunque muy poco de tal tenía ella. Actuaba como aficionada en el teatro, al que adoraba.

Me convertí en su confidente, me di cuenta con esto, de que ya era un hombre mayor. Al menos me confiaba sus disgustos y sus sueños de juventud y recurría a mí como juez en los casos de litigio que tenía con su hermana o con su compañero. Porque ella se dejaba arrebatar por su temperamento, como ocurre a menudo con las chicas jóvenes, y estaba muy mimada, como suelen estarlo los hijos esperados con ansia y llegados con retraso.

Me acompañó cuando salí de la casa a pasear por primera vez después de seis meses. Un señor maduro, cojeando, llama menos la atención acompañado de su hija que paseándose solo. Las miradas van detrás de ella más que detrás de él. Por la

---

<sup>5</sup> Tímida.

misma razón me acompañó también en mi segundo paseo y después en la primera cita clandestina. Y en la primera casa clandestina. Y así ha sido, como dice ahora el acta de acusación, así se sucedieron naturalmente las cosas: Lída se convirtió en mi enlace.

Lo hacía con placer. No se ocupaba demasiado de lo que eso significaba ni de para qué servía. Era algo nuevo, interesante, algo que no hace todo el mundo, y con cierto sabor de aventura. Eso le bastaba.

En tanto se trató de cosas pequeñas, yo mismo no quise decirle más. La ignorancia, en caso de detención, la hubiera protegido mejor que la conciencia de «culpabilidad».

Pero Lída se familiarizó con su trabajo. Pronto supo hacer algo más que darse una vuelta por la casa de los Jelínek para entregarles un mensaje cualquiera. Debía conocer también de lo que se trataba. Y comencé. Era una escuela, una escuela completamente regular. Y Lída aprendía con devoción y placer. A primera vista, era siempre la misma chica alegre, desenvuelta y un poco traviesa, pero en su interior había cambiado ya: pensaba. Y crecía.

En el cumplimiento de una tarea trabó conocimiento con Mirek. Él había realizado ya un importante trabajo, del cual sabía hablar muy bien. Consiguió impresionarla. Sin duda a ella no le fue posible conocer el fondo verdadero de su carácter, pero en este caso tampoco yo fui capaz de conocerlo. Lo importante fue que, con su trabajo, con su aparente convicción, Mirek estuvo más cerca de ella que los otros muchachos.

Todo esto germinó rápidamente en ella y las raíces arraigaron profundamente.

A principios del año 42 comenzó a hablar, en forma encubierta, de su adhesión al Partido. Nunca antes la vi tan preocu-

pada. Nunca antes la vi con tanta seriedad. Yo todavía vacilaba. Continuaba su instrucción. La ponía a prueba.

En febrero de 1942 fue aceptado su ingreso en el Partido por el Comité Central, directamente. Volvíamos a casa en una noche glacial. Ella, siempre tan conversadora, callaba entonces. Por fin, en los campos cercanos a la casa, se detuvo y en voz baja, tan baja que se podía sentir el crujido de los cristales de nieve, me dijo:

— Yo sé que es el día más importante de mi vida. Desde este momento ya no me pertenezco. Le prometo no faltar nunca a mi deber. Pase lo que pase.

Muchas cosas han pasado. Y no faltó a su deber.

Mantén los contactos más delicados con las «alturas». Realizaba las tareas más peligrosas: restablecer contactos interrumpidos y salvar a camaradas amenazados. Si algo «ardía», allá iba Lída, escurriéndose como una anguila. Lo hacía con sus maneras de antes, con su alegre despreocupación, bajo la cual su sentido de la responsabilidad se había afirmado sólidamente.

Fue detenida un mes después que yo. Mirek atrajo la atención sobre ella con sus confesiones y ya no fue difícil establecer después que había ayudado a su hermana y a su cuñado a huir y a pasar a la clandestinidad.

Moviendo la cabeza, desempeñó con gran temperamento el papel de una muchacha inconsciente que no tenía la menor idea de haber realizado algo prohibido, que pudiera acarrearle graves consecuencias.

Sabía mucho, pero no dijo nada. Y, sobre todo, no dejó de trabajar. El medio había cambiado. También los métodos de trabajo y, por consiguiente, las tareas. Pero no cambió para ella su deber de miembro del Partido: el deber de no permanecer con los brazos cruzados, cualquiera que fuese el sector de la lucha.

Seguía realizando todas las tareas con abnegación, rapidez y precisión. Si era necesario salir al paso de una situación embarazosa para salvar a alguien de fuera, Lída tomaba sobre sí la «culpabilidad» de otro, como si de nada extraordinario se tratase. La nombraron ordenanza en la prisión de Pankrác y gracias a su intervención decenas de personas desconocidas para ella pudieron evitar ser detenidas. Un mensaje interceptado casi un año después puso fin a su «carrera».

Ahora va con nosotros al tribunal del Reich. Es la única de nuestro gran grupo que tiene esperanzas justificadas de alcanzar la libertad. Es joven. Si nosotros faltamos, no permitan que se pierda. Debe aprender todavía mucho. Enséñenle. No permitan que se quede estancada. Y orientenle. Impidan que se torne orgullosa y se sienta autosatisfecha con lo realizado. Ha pasado por las pruebas más difíciles. Por pruebas de fuego. Y ha mostrado que tiene buen temple.

### Mi comisario

Este no pertenece a las figuras. Es una figurilla interesante, con un poco más de envergadura que las otras.

Cuando, diez años antes, en el café Flora de Praga hacías sonar las monedas sobre la mesa gritando: «¡Camarero, la cuenta!» aparecía inmediatamente a tu lado un tipo alto, delgado, vestido de negro, que nadaba como una anguila por entre las mesas, hasta presentarte la cuenta. Tenía movimientos felinos, rápidos y silenciosos, y ojos penetrantes, de fiera que todo lo ve. No necesitabas ni expresar tus deseos. Él mismo ordenaba a los camareros: «mesa tercera, una cerveza grande, sin ron»; «a la izquierda, junto a la ventana, pasteles y *Lidové noviny*<sup>6</sup>». Era

---

<sup>6</sup> Periódico Popular.

un buen camarero para los clientes y un buen colega para los demás empleados.

En aquella época, yo no le conocía. Le conocí mucho más tarde, en casa de los Jelínek, cuando, en vez de un lápiz, tenía una pistola en la mano y encañonándome con ella decía:

— ...ese es el que más me interesa.

A decir verdad, nos interesábamos mutuamente.

Tenía una inteligencia natural y una ventaja sobre los otros: olfato para «conocer» a la gente. Si hubiera pertenecido a la policía criminal, habría alcanzado seguramente grandes éxitos.

Los pequeños ladrones o asesinos, los desclasados y aislados de la sociedad no hubieran vacilado en abrirle su corazón, porque para esta gente no hay otra preocupación que la de salvar el pellejo. Pero en las garras de la policía política caen pocos de esos tipos de «sálvate como puedas». Aquí la astucia policíaca no se mide solamente con la astucia del preso. Se mide con una fuerza mucho más grande: con su convicción y con la prudencia de la comunidad de que forma parte. Y contra eso ni la astucia ni los golpes son suficientes.

En «mi comisario» no encuentras una convicción propia y firme. Ni en él ni en los otros. Y si por casualidad en algunos de ellos encuentras una convicción, esta marcha unida a la idiotez y no a la astucia ni al conocimiento de las ideas y de los hombres. Si a pesar de ello lograban algunos éxitos era debido a la larga duración de la lucha en un aspecto muy reducido, bajo condiciones incomparablemente más difíciles que en cualquier otra situación de ilegalidad. Los bolcheviques rusos decían que un buen militante era el que se mantenía dos años en la clandestinidad. Además, si el suelo ardía bajo sus pies en Moscú, podía desaparecer y marchar a Petrogrado y de Petrogrado a Odesa, perdiéndose así en las grandes ciudades con millones de

habitantes, donde nadie le conocía. Pero aquí no tienes más que Praga, Praga, Praga, donde te conoce la mitad de las gentes y donde puede concentrarse toda una jauría de provocadores. A pesar de ello, hemos resistido años enteros; a pesar de ello, hay camaradas que viven ya su quinto año de ilegalidad sin haber sido descubiertos por la Gestapo. Esto es posible porque hemos aprendido mucho, es cierto. Pero también es posible porque el enemigo, aunque poderoso y cruel, no sabe más que destruir.

En la sección I I-A 1 hay tres a quienes se conoce por su reputación de implacables enemigos del comunismo. Ostentan la cinta negra, blanca y roja por su valor en la guerra contra el enemigo interior. Son: Friedrich, Zander y «mi comisario», Josef Böhm. Del socialismo nacional de Hitler hablan poco. Todo lo que saben. No luchan por un ideal político. Luchan por sí mismos. Cada uno a su manera.

Zander –un ratón con la hiel siempre revuelta– es el que más sabe de métodos policíacos. Pero sabe todavía mucho más sobre operaciones financieras. Fue trasladado de Praga a Berlín por algunos meses, pero insistió en volver. El servicio en la capital del Reich constituía para él una degradación. Y una pérdida financiera. Cualquier empleado colonial en África o en Praga es un señor muy poderoso y tiene más posibilidades de colocar dinero en el banco. Es aplicado, y le gusta interrogar durante la hora de las comidas, con el fin de mostrar su celo. Y tiene necesidad de demostrarlo, para que no se vea que fuera de la oficina pone aún mayor celo. Desgraciado aquel que cae en sus manos y más desgraciado aún si tiene en su casa una libreta de la caja de ahorros u otros valores. Hay que matarlo en el plazo más rápido posible porque las libretas de ahorros y los valores son la pasión de Zander. (En este aspecto se le considera el empleado más capaz. En esto se diferencia de su

ayudante e intérprete checo, Smola, un *pirata-gentleman* que no exige la vida si recibe dinero).

Friedrich: un tipo alto, delgado y moreno, con ojos de grana y sonrisa de sinvergüenza, llegó a la República un día del año 1937 como espía de la Gestapo para ayudar en la liquidación de los camaradas emigrados alemanes. Porque su pasión son los muertos. No conoce inocentes. Quien pasa el umbral de su oficina es culpable. Le gusta comunicar a las esposas que sus maridos han muerto en el campo de concentración o han sido ejecutados. Goza al sacar del cajón de la mesa siete pequeñas urnas, mientras, mostrándoselas, dice a los detenidos:

— A estos siete los he golpeado con mis propias manos hasta la muerte. Tú serás el octavo. (Ahora ya son ocho, porque asesinó a Jan Ziska.).

Le gusta revolver antiguos expedientes y decir, con aire de satisfacción cuando encuentra alguno de un muerto: «Despachado. Despachado». Sobre todo goza torturando a las mujeres.

Su afición al lujo no es más que un pequeño motor auxiliar de su actividad policíaca: un piso bien amueblado o un comercio de telas aceleran tu muerte. Eso es todo.

Nergr, su ayudante checo, es media cabeza más bajo. Eso por lo que se refiere a la estatura. Pero en lo demás no hay diferencia alguna entre ellos.

Böhm, «mi comisario», no es un apasionado del dinero ni de los muertos, aunque su lista no sea menor que las de los precedentes. Es un aventurero dominado por el deseo de ser alguien. Trabajaba también para la Gestapo desde hacía largo tiempo. Era camarero en el «Salón Napoleónico» y asistía a las entrevistas confidenciales de Beran. Böhm completó lo que Beran no había dicho a Hitler. Pero, ¿qué era todo aquello al lado de

la caza del hombre, cuando se siente dueño de la vida y de la muerte, cuando se puede decidir la suerte de familias enteras!?

Para dejarlo satisfecho no siempre era necesario que las cosas terminaran tan tristemente. Pero si no conseguía destacarse de otra forma, podía esperarse lo peor. ¿Qué vale la belleza y la vida al lado de la gloria de Eróstrato?

Él, solo, organizó la más amplia red de provocadores. Un cazador con una gran jauría de perros de caza. Y cazaba. Muchas veces solo por el placer de cazar. Los interrogatorios, a menudo, eran para él una ocupación aburrida. El arresto: esa era su obra maestra. Y luego le gustaba ver a la gente esperando su decisión. Una vez detuvo a doscientos conductores y cobradores de tranvías y trolebuses. Los cazó durante el servicio, deteniendo el tráfico y sembrando el pánico en todo el transporte. ¡Qué feliz se sentía! Después soltó a ciento cincuenta, satisfecho de que ciento cincuenta familias pudiesen hablar de él como de un buen hombre.

En general tenía casos de esta magnitud, pero carentes de importancia. Yo, detenido por casualidad, constituía la excepción.

—Tú eres mi caso más importante — me decía a menudo con toda sinceridad. Estaba orgulloso de que yo hubiese sido clasificado como uno de los casos más importantes. Y posiblemente eso me haya prolongado la vida.

Nos mentíamos mutuamente, con todas nuestras fuerzas, sin interrupción y con fruición. Yo lo sabía siempre; él, solo algunas veces. Pero cuando la mentira era ya evidente pasábamos por sobre ella como en tácito acuerdo. Creo que no le importaba tanto averiguar la verdad como que alguna sombra fuera a oscurecer «su gran caso».

No consideraba el palo y el hierro como los únicos medios para interrogar. Le gustaba más la forma confidencial o las ame-

nazas, según los casos, según la apreciación de «su» hombre. A mí no me torturó jamás, salvo quizá la primera noche. Pero cuando le interesaba, me entregaba a los demás con ese objeto.

Decididamente, era más interesante y complicado que los otros. Tenía una imaginación más rica y sabía utilizarla. Fuimos juntos a una cita inventada en Braník.<sup>7</sup> Allí nos sentamos en una fonda al aire libre mirando cómo la gente pasaba a nuestro lado.

— Te hemos detenido — me decía — y mira: ¿ha cambiado algo por eso? La gente pasea como antes, ríe, tiene sus preocupaciones igual que antes. El mundo marcha como si tú jamás hubieras existido. Seguramente entre ellos hay más de uno de tus lectores. ¿Y crees que por ti tendrán una arruga más?

Otra vez, después de una jornada de interrogatorio, me metió en un auto y me condujo atravesando Praga a Hradcany, sobre la calle Neruda:

— Sé que amas a Praga. ¡Mírala bien! ¿Es que no quieres volver nunca más a ella? ¡Qué hermosa es! E igual lo será cuando tú ya no existas...

Desempeñaba bien el papel del Tentador. Aquella tarde de verano se respiraba ya en Praga la proximidad del otoño. Tonos azules envolvían la ciudad, empolvada como las uvas maduras y embriagadora como el vino. Hubiera querido mirarla hasta el fin del mundo... pero le interrumpí:

— ...y será más bella todavía cuando ustedes no estén aquí.

Böhn rió brevemente. No con malicia, sino más bien con tristeza y dijo:

— Eres un cínico.

Y volvía de nuevo con mayor frecuencia a la conversación de esa tarde.

---

<sup>7</sup> Afueras de Praga.

—Cuando nosotros no estemos ya... Pero, es que ¿todavía no crees en nuestra victoria?

Me preguntaba porque él mismo ya no creía. Y escuchó con atención cuando le hablé de la fuerza invencible de la Unión Soviética. Por cierto que este fue uno de mis últimos «interrogatorios».

—Cada vez que ustedes matan a un comunista checo, matan a su vez una parte de esperanza del pueblo alemán —le dije— porque solo el comunismo puede salvaguardar el futuro.

Hizo un gesto con la mano:

—En caso de ser derrotados, para nosotros no hay salvación —y extrajo la pistola del bolsillo— estas tres últimas balas las guardo para mí.

...Pero esto no solo caracteriza a las figuras, sino también a la época que va quedando atrás.

## Los tirantes - Interludio

Junto a la puerta de la celda situada frente a la mía cuelgan unos tirantes. Tirantes de hombre, completamente ordinarios. Una prenda que nunca me gustó. Pero ahora, cada vez que alguien abre la puerta de nuestra celda, la miro con placer: veo en ella un rayo de esperanza.

Cuando te detienen, te pegan —algunas veces hasta la muerte—, pero antes te quitan la corbata, el cinturón y los tirantes, para que no puedas ahorcarte, aunque con la sábana se puede uno colgar perfectamente. Esos peligrosos instrumentos de muerte quedan depositados en la oficina de la cárcel hasta el momento en que una Parca anónima de la Gestapo decida enviarte a otro lugar: al trabajo, al campo de concentración o al patíbulo. Entonces te llaman y con gran dignidad oficial te devuelven los tirantes, la corbata y el cinturón. Pero no tienes

derecho a llevarlos a tu celda: debes colgarlo fuera, al lado de la puerta o en la barandilla de enfrente, donde quedan expuestos hasta tu marcha, como signo visible del próximo viaje involuntario de uno de los moradores de la celda.

Los tirantes de enfrente aparecieron el mismo día que supe de la suerte reservada a Gustina. El camarada a quien pertenecen irá a trabajar en el mismo convoy que ella. El convoy no ha salido todavía. Ha sido retrasado porque parece que el lugar previsto para trabajar fue destruido por los bombardeos. (Otra bella perspectiva.) Nadie sabe cuándo saldrá. Quizás esta misma tarde, o mañana, o puede ser que dentro de una semana o quince días. Los tirantes de enfrente están siempre colgados. Y yo sé que mientras los vea, Gustina estará en Praga. Por eso los miro con alegría y con cariño, como a alguien que la estuviera ayudando. Gana un día, dos días, tres... ¡quién sabe si esto será para algo bueno, si estos días puedan salvarla!

Todos nosotros vivimos aquí en esa atmósfera. Hoy, hace un mes, hace un año, continuamente mirando hacia el mañana, en el que descansa nuestra esperanza. Tu suerte está echada. Pasado mañana serás fusilado. Ah, pero, ¿qué es lo que puede pasar mañana todavía? Llegar solo a mañana, porque mañana todo puede cambiar; es todo tan inestable, sí, ¡quien sabe lo que puede ocurrir mañana! Y los mañanas pasan. Millares caen. Para millares ya no hay nuevos días. Pero los que siguen con vida continúan viviendo con la esperanza fija: mañana. Quien sabe lo que puede ocurrir mañana.

De aquí surgen los cuentos más fantásticos. Cada semana una fecha color de rosa anuncia el fin de la guerra y cada uno la recibe con la boca abierta de oído a oído. Cada semana, la prisión de Pankrác murmura una novedad sensacional, tan agradable de creer. Luchas contra ello, luchas contra las falsas

esperanzas, porque no fortifican, sino por el contrario, debilitan los caracteres. El optimismo no debe ser alimentado con la mentira, sino con la verdad, con una visión clara de la indudable victoria. Pero, en tu fuero interno, lo fundamental te lleva a considerar ese día como el decisivo y que la jornada que ganas te permitirá pasar los límites que separan la vida que no quieres abandonar, de la muerte que te amenaza.

¡Tiene tan pocos días la vida humana! Y, sin embargo, aquí deseas que pasen rápidamente, lo más rápidamente posible. El tiempo que pasa, el tiempo imperceptible que te hace todo el tiempo sangrar, aquí es tu amigo. ¡Qué extraño!

El mañana se transforma en ayer. El pasado mañana en hoy  
Un día más ha pasado.

Los tirantes cuelgan todavía al lado de la puerta de enfrente.

## CAPÍTULO VI

### Estado de sitio de 1942

27 de mayo de 1943

Hace exactamente un año.

Del interrogatorio me llevaron abajo, a la «sala de cine». Era el viaje diario desde la «400»: a mediodía, abajo, a la comida llevada de Pankrác, y por la tarde, de vuelta al cuarto piso. Pero aquel día ya no volvimos arriba.

Estás sentado y comes. Los bancos están llenos de presos que manejan la cuchara y mastican. Parece casi humano. Si todos los que mañana estarán muertos se transformaran en esqueletos, el tintineo de las cucharas y de las escudillas desaparecería de golpe entre el rechinar de los huesos y el seco chasquido de las mandíbulas. Pero entonces nadie lo sospechaba todavía. Todos se entregaban a la comida para vivir aún semanas, meses, años.

Se hubiera podido decir: buen tiempo. Y luego un fuerte golpe de viento y de nuevo el silencio. Solo por las caras de los guardianes se podía adivinar que algo pasaba. Poco después nos llaman y nos ponen en fila, para trasladarnos a Pankrác al mediodía. Es extraordinario. Un mediodía sin interrogatorio cuando ya estás cansado de preguntas que no tienen respuestas. Es como un regalo de los dioses. Pero no lo es.

En el corredor encontramos al general Eliás. Tiene los ojos excitadísimos. Me ve y me susurra, entre el grupo de vigilantes:

—Estado de sitio.

Los presos no disponen más que de fracciones de segundo para las comunicaciones más importantes. A mi muda interrogación ya no alcanza a responder. Los vigilantes de Pankrác se muestran sorprendidos con nuestro prematuro regreso. El que me lleva a la celda inspira más confianza. No sé todavía quién es. Pero le digo lo que he oído. Mueve la cabeza. No sabe nada. Puede ser que haya oído mal. Sí, es posible. Eso me tranquiliza.

Esa misma tarde vuelve a la celda y dice:

—Tenía usted razón. Atentado contra Heydrich. Gravemente herido. Estado de sitio en Praga.

Al día siguiente nos forman abajo, en el corredor, para llevarnos a los interrogatorios. Entre nosotros está también el camarada Viktor Synek, último miembro con vida del Comité Central del Partido, detenido en febrero de 1941. El guardallaves de la prisión, vestido con uniforme de SS, agita ante sus ojos un papel blanco en el que, en gruesos caracteres, se puede leer lo siguiente: *Entlassungsbefhl.*<sup>1</sup>

Ríe brutalmente.

—Ya lo ves, judío; no has esperado en vano: ¡orden de darte de baja! Zas...

Y muestra con el dedo el lugar de la garganta por donde la cabeza de Viktor se separará de su cuerpo. Otto Synek fue el primer ejecutado durante el estado de sitio de 1941. Viktor, su hermano, es la primera víctima del estado de sitio de 1942. Lo transportan a Mauthausen. «Para la caza», como dicen «noblemente».

---

<sup>1</sup> «Orden de baja». En alemán en el original.

El viaje de ida y vuelta de Pankrác al Palacio Petschek es un calvario diario para millares y millares de presos. Los SS que vigilan en los coches «toman su revancha por Heydrich». Antes de que el coche celular haya recorrido un kilómetro, a los diez presos les brota la sangre de las bocas y de las cabezas rotas con las culatas de los revólveres. Mi eventual presencia en el coche es una ventaja para los demás, porque mi peluda barba atrae a los SS y los impulsa a hacer bromas ingeniosas. Agarrarse a mi barba como a la manilla de un coche y sacudirla violentamente constituyen algunos de sus placeres favoritos. Para mí son una buena preparación para los interrogatorios, en consonancia con la situación general, que terminan invariablemente con la frase:

—Si mañana no eres más razonable, serás fusilado.

Ya no hay en ello nada de horrible. Cada tarde oyes abajo, en el corredor, el llamado de nombres: cincuenta, cien, doscientas personas encadenadas son subidas a los camiones como bestias destinadas al matadero. Las llevan a Kobylisy, donde se efectúan las ejecuciones en masa. ¿Su culpa? El no tenerla, principalmente. Han sido detenidos, no están sometidos a ningún proceso, no son necesarios como testigos y por eso son buenos para la muerte. Un poema satírico que un camarada leyó a otros nueve fue la causa de su detención, dos meses antes del atentado. Ahora los diez son llevados a la ejecución por «aprobar el atentado». Hace medio año fue detenida una mujer por sospechas de que distribuía manifiestos ilegales. Ella lo niega. Entonces detienen a sus hermanas y a sus hermanos, a los maridos de sus hermanas y a las esposas de sus hermanos y los ejecutan a todos porque la consigna de este estado de sitio es exterminar a familias enteras. Un cartero, detenido por error, permanece abajo, junto a la pared, esperando ser puesto en libertad. Oye su nombre y responde a la llamada. Lo alinean en la columna

de los condenados a muerte, se lo llevan, lo fusilan y al día siguiente averiguan que se trataba solo de idénticos nombres y que era otro el que debía haber sido fusilado. Fusilan entonces al otro y todo queda en orden. ¿Quién pierde el tiempo en averiguar la identidad de la gente a la que se va a arrancar la vida? Además, ¿no es superfluo, puesto que se trata de quitar la vida a una nación entera?

Regreso del interrogatorio a altas horas de la noche. Abajo, junto a la pared, está el escritor Vlado Vancura con un hatillo a sus pies. Sé bien lo que significa eso. También él lo sabe. Nos estrechamos la mano. Le veo por última vez desde lo alto del corredor. Está ahí, con la cabeza inclinada y una mirada lejana, lejana, que atraviesa su vida entera. Media hora después pronuncia su nombre...

Unos días más tarde, en el mismo lugar: Milos Krásny, valiente soldado de la revolución, detenido en octubre del año pasado, a quien ni las torturas ni las mazmorras de castigo han podido doblegar. Medio vuelto hacia la pared, explica tranquilamente algo a un vigilante situado a sus espaldas. Me ve, sonrío, mueve la cabeza en señal de despedida y continúa:

— Todo esto no les ayudará en nada. Muchos de nosotros caerán todavía, pero ustedes serán los vencidos...

Y otra vez, también al mediodía. Estamos en los bajos del Palacio Petschek esperando la comida. Traen al general Eliás. Tiene un periódico bajo el brazo y lo señala con una sonrisa: por él ha sabido de su «vínculo» con los autores del atentado.

— Tonterías — dice brevemente y se pone a comer.

Sigue hablando de lo mismo por la tarde, al volver con los otros a Pankrác. Una hora más tarde lo sacan de la celda y lo llevan a Kobylisy.

Los montones de muertos aumentan. Ya no se cuentan por decenas ni por centenas, sino por millares. La sangre siempre fresca excita las narices de las bestias. «Despachan» hasta altas horas de la noche. «Despachan» incluso los domingos. Ahora todos llevan el uniforme de SS. Es su fiesta, la fiesta del crimen. Envían a la muerte a obreros, maestros, campesinos, escritores, empleados; asesinan a hombres, mujeres y niños; exterminan a familias enteras; arrasan y queman aldeas completas. La muerte por el plomo se pasea como la peste por todo el país y no escoge.

¿Y el hombre, en medio de este terror?

Vive.

Es increíble. Pero vive, come, duerme, ama, trabaja y piensa, incluso en miles de cosas que no guardan ninguna relación con la muerte. Quizás en su nuca soporte una carga terrible, pero la lleva sin bajar la cabeza, sin sucumbir bajo su peso.

A mediados del estado de sitio, «mi comisario» me llevó a Braník. El bello mes de junio se perfumaba con el aroma de los tilos y de las tardías flores de acacia. Era un domingo por la tarde. La carretera, en las terminales de los tranvías, era insuficiente para la precipitada corriente de los que regresaban de las excursiones. Volvían ruidosos, alegres, dulcemente fatigados, abrazados por el sol, el agua y los brazos de sus seres amados. La muerte, únicamente la muerte, que revoloteaba a su alrededor amenazándoles a ellos también, era lo único que no se reflejaba en sus rostros. Bullían, saltarines y graciosos como los conejos. Como los conejos. Extiende la mano y escoge a uno de ellos, de acuerdo con tu apetito. Se retiran a un rincón, pero al instante comienzan de nuevo a rebullir con todas sus preocupaciones, sus júbilos y su deseo de vivir.

De un golpe fui trasplantado del mundo amurallado de la prisión a esta corriente torrencial y, al principio, gusté con amargura su beatífica dulzura. No era justo; no era justo.

Era la vida lo que yo veía allí; la vida sometida a una terrible presión, abatida en uno y creciente en un centenar. La vida, que es más fuerte que la muerte. Y eso no es amargo.

Además, nosotros mismos, en las mazmorras, en medio del terror, ¿acaso somos de otra pasta?

Algunas veces fui a los interrogatorios en autocares de la policía, en los que los guardianes se conducían con moderación. A través de las ventanillas contemplaba las calles, los escaparates de los comercios, los quioscos de flores, la masa de peatones, las mujeres. «Si puedo contar nueve pares de bellas piernas, me dije una vez, no seré ejecutado hoy». Y luego contaba, miraba, comparaba, examinaba minuciosamente sus líneas reconociendo y rechazando con interés apasionado, no como si de ello dependiera mi vida, sino como si no se tratase para nada de la vida.

Regularmente volvía tarde a la celda. El padre Pesek estaba ya inquieto, preguntándose: ¿volverá? Me abrazaba; le contaba en pocas palabras lo que había de nuevo, quién más había caído ayer en Kobylysy. Luego comíamos con un apetito feroz las repugnantes legumbres secas, cantábamos canciones alegres o aburridas y jugábamos a ese estúpido juego de los dados que llegó a apasionarnos. Era precisamente en las horas de la tarde cuando, a cada instante, podía abrirse la puerta de la celda y llegar el mensaje de la muerte, destinado a uno de nosotros.

— ¡Tú o tú, abajo! Recógelo todo. Rápido.

Esta vez no nos han llamado. Hemos sobrevivido a estos tiempos de terror. Los recordamos hoy con extrañeza, por sobre

nuestros propios sentimientos. ¡Qué extraño está constituido el hombre, que puede soportar hasta lo insoportable!

Pero no hubiera sido posible que aquellos momentos no dejaran profundas huellas en nosotros. Quizá yacen como un carrete de película ocultos en el cerebro, y comiencen a desenrollarse, a desenrollarse hasta la locura algún día en la vida real, si alcanzamos a vivirla. Y quizá también los veamos como un gran cementerio, jardín verde en el que han sido sembradas simientes tan preciosas.

Simientes preciosísimas que germinarán.

## CAPÍTULO VII

### Figuras y figurillas II

#### Pankrác

La cárcel tiene dos vidas. Una encerrada en las celdas, rigurosamente aislada del mundo exterior, pero ligada a él por los lazos más íntimos, sobre todo cuando se trata de presos políticos. La otra está fuera de las celdas, en los largos corredores, en la triste penumbra: vida totalmente encerrada en sí misma, uniformada, más aislada que los presos en las celdas. Gente entre la que hay muchas figurillas y pocas figuras. De esa quiero hablar.

Tiene su zoología. Y también su historia. Si no las tuviera no habría podido conocerla tan profundamente. Conocería solamente el decorado que mira hacia nosotros; solo su fachada, en apariencia entera y sólida, que pesa como el hierro sobre la población de las celdas. Así fue todavía hace un año; así, hace seis meses. Ahora esta fachada está llena de fisuras, a través de las cuales se perciben los rostros: pobres, agradables, preocupados, ridículos, variados, pero siempre rostros de criaturas humanas. La penosa situación del régimen pone en presión cada miembro de este mundo gris y saca a la luz todo lo que en él quedaba de humano. Algunas veces muy poco. Otras algo más. Esa cantidad los distingue entre sí y forman los tipos. Evidentemente, encuentras entre ellos también algunos hombres enteros. Pero esos no han esperado. No han necesitado sentirse en peligro para ayudar a los otros a salvarse del peligro.

La cárcel es una institución sin alegría. Pero ese mundo de fuera de las celdas es más triste que el de las celdas. En las celdas reina la amistad. ¡Y qué amistad! Es de esas que solo se forjan en el frente, en los grandes peligros, cuando tu vida puede estar hoy en mis manos y la mía mañana entre las tuyas. Ese tipo de amistad no existe en absoluto entre los vigilantes alemanes. Y no puede existir. Ellos están rodeados de una atmósfera de delación: uno denuncia y persigue a otro, cada uno de ellos está en guardia ante otro, aunque oficialmente se llamen «camaradas». Los mejores de entre ellos, los que no pueden o no quieren estar sin amigos, los buscan otra vez en las celdas.

Durante mucho tiempo desconocimos sus nombres. No tenía gran importancia. Entre nosotros les designábamos con los apodosos que les dimos o que les habían puesto nuestros predecesores. Tales apodosos son una herencia de la celda. Ciertos vigilantes tenían tantos motes como celdas hay. Eran tipos intermedios: ni carne ni pescado. Aquí dieron un día un poco más de almuerzo, al lado golpearon a un hombre en la cara. Eran solo segundos de contacto con los presos, pero habían quedado grabados para siempre en la memoria de la celda, dejando cada uno una idea particular, un sobrenombre especial. De tiempo en tiempo, sin embargo, las celdas se ponían de acuerdo para escoger el apodo. En los casos cuyo carácter se hallaba bien definido. En uno u otro aspecto. En el bueno o en el malo. ¡Mira esos tipos! ¡Mira esas figurillas! No han sido reunidos al descuido. Son una parte del ejército político del nazismo. Los hombres escogidos. Los apoyos del régimen. Los sostenes de su sociedad...

### «El Samaritano»

Un gordo grandote, con una pequeña voccita de tenor: Rheuss, «reservista SS», conserje de escuela en Colonia del Rin. Al igual

que todos los conserjes de escuela en Alemania, siguió un curso de primeros auxilios y de cuando en cuando reemplazaba al enfermero de la prisión. Fue el primero con quien entré en contacto en Pankrác. El me arrastró hasta la celda, me tumbó en el jergón y cuidó mis heridas aplicándome las primeras compresas. ¡Quizás contribuyó a salvarme la vida! No sé qué se puso de manifiesto entonces ¿si el hombre o el curso de samaritano? Pero si estoy seguro de que el nazi se manifestaba en él cuando rompía los dientes a los detenidos judíos y les obligaba a tragar cucharadas enteras de sal o de arena como medicamento universal contra todas las enfermedades.

### «Polvillo»

Fabián, un hombre campechano y charlatán, cochero en la fábrica de cerveza de Budějovice. Llega a la celda con una amplia sonrisa y reparte la comida sin hacer nunca mal a nadie. No podrías creer que se pasa horas enteras tras la puerta, escuchando lo que se habla en las celdas, para luego correr y comunicar a sus superiores cada pequeña y ridícula novedad.

### Koklar

También obrero de una cervecería de Budějovice. Hay aquí muchos de estos obreros alemanes de los Sudetes. «No importa lo que piensa o hace un obrero individualmente —escribió Marx— sino lo que los obreros, como clase, deben hacer para cumplir su misión histórica». Estos, aquí, nada saben del papel de su clase. Arrancados de ella, colocados frente a ella, cuelgan en el aire ideológicamente y probablemente un día serán colgados en el verdadero sentido de la palabra.

Se pasó a los nazis para tener una vida más fácil. Pero eso, se ha demostrado, era más complicado de lo que imaginaba. Desde entonces ha perdido su sonrisa. Apostó todo por la victoria del nazismo. Y quedó comprobado que apostó por las patas de un caballo muerto. Desde entonces perdió también el control de sus nervios. Durante la noche andaba por los corredores de la cárcel y, sin darse cuenta, dejaba las huellas de sus desesperadas ideas en el polvo de las ventanas.

— Todo está jodido — escribía poéticamente, pensando en el suicidio.

Durante el día arrea a los presos y a los vigilantes, gritando con su voz chillona y atropellada para no sentir miedo.

## Rössler

Largo, delgado, con una ruda voz de bajo. Uno de los pocos que aquí saben reír sinceramente. Obrero textil de Jablonec. Viene a la celda y discute. Horas enteras.

— ¿Cómo he llegado yo a esto? En diez años no he trabajado regularmente una sola vez. Con veinte coronas semanales para una familia entera, ¿tú sabes qué vida es esa? Y luego vienen y me dicen: te daremos trabajo; ven con nosotros. Voy y me lo dan. A mí y a todos los otros. Podemos comer. Podemos alojarnos. Podemos vivir. ¿El socialismo? Bueno, no es socialismo. Yo creí que esto era distinto. Pero es mejor que antes.

— ¿Que no? ¿La guerra? Yo no quería la guerra. No quería que otros muriesen. Solo quería vivir yo.

— ¿Que lo ayudo queriéndolo o no? Entonces, ¿qué debo hacer ahora? ¿He hecho mal a alguien aquí? Me marcharé y quizás venga otro peor. ¿Ayudo a alguien marchándome? Cuando la guerra termine, volveré a la fábrica...

— ¿Quién crees tú que va a ganar la guerra? ¿Nosotros no? ¿Ustedes? Y después, ¿qué será de nosotros?

— ¿El fin? ¡Qué lastima! Yo me lo había imaginado de manera...

Y se marcha de la celda con paso largo y negligente. Media hora después vuelve con una pregunta: ¿Cómo es, de verdad, la Unión Soviética?

### «Ello»

Una mañana esperábamos abajo, en el corredor principal de Pankrác, para ser llevados a los interrogatorios del Palacio Pet-schek. Así era cada día: de pie, con la frente pegada a la pared para no ver lo que ocurría a nuestras espaldas. Pero aquella mañana resonó tras de nosotros una voz nueva para mí.

— No quiero ver nada. No quiero oír nada. Ustedes aún no me conocen, pero pronto me conocerán.

Yo me reí. En esta escuela de doma, la cita del pobre cretino teniente Dub de Svej<sup>1</sup> estaba realmente en su sitio. Y nadie había tenido hasta entonces el coraje de pronunciar en voz alta aquella broma. Pero un toque de mi vecino me advirtió que no riera, que quizá me equivocase, que no era una broma. Y no lo era.

Lo que habló así detrás de nosotros era una pequeña criatura con uniforme de SS, quien, visiblemente, no tenía la menor idea de Svej<sup>1</sup>. Y si hablaba como el teniente Dub era porque intelectualmente estaba a la misma altura que él. Respondía al nombre de Withan y como Vitan había sido sargento-jefe del ejército checoslovaco. Tenía razón: llegamos a conocerlo a la perfección y entre nosotros jamás hablamos de él en otra forma que en neutro. Era «ello».

---

<sup>1</sup> Personaje de la novela satírica checa *El buen soldado Svej<sup>1</sup>*, de J. Hasek.

Porque, a decir verdad, nuestra imaginación había llegado a su fin cuando trataba de encontrar un apodo adecuado para esta rica mezcla de cretinismo, imbecilidad, jactancia y maldad que era uno de los sostenes principales del régimen en Pankrác.

«Ello» no le llegaba ni a las rodillas del cerdo, como dice un refrán popular checo sobre esta clase de pequeños arrivistas vanidosos para herirlos en el lugar más sensible. ¡Cuánta insuficiencia intelectual hace falta para que el hombre sufra por su pequeñez física! Y Withan sufre por ella y se venga en todo lo que es más grande física o intelectualmente. Es decir, en todo.

Su venganza no es a base de golpes. Le falta audacia para ello. Se venga con la denuncia.

¡Cuántos prisioneros han pagado con su salud las denuncias de Withan y cuántos otros las han pagado con sus vidas! Porque no es lo mismo salir —y si es que sales— con una u otra nota de Pankrác hacia el campo de concentración.

Es infinitamente ridículo. Anda con dignidad; completamente solo, por el corredor y sueña con su gran importancia. Cada vez que encuentra a un hombre, siente la necesidad de subirse a cualquier parte. Si te interroga, se sienta sobre la balaustrada, manteniéndose una hora en esta incómoda posición porque así te sobrepasa la cabeza. Si vigila el afeitado, se sube en una pequeña escalera o se pasea sobre un banco pronunciando sus ingeniosas sentencias:

—No quiero ver nada. No quiero oír nada. Ustedes aún no me conocen...

Durante la media hora de ejercicios se pasea, al menos sobre el césped, que lo eleva diez centímetros por sobre todo lo que le rodea. Entra en la celda con la majestad de un rey, para subirse inmediatamente a una silla y realizar el control desde arriba.

Es infinitamente ridículo, pero —como todos los imbéciles que ocupan puestos con poder sobre la vida de la gente— es también infinitamente peligroso. En el fondo de su imbecilidad se oculta una rara habilidad: la de convertir una pulga en elefante. No conoce más que su tarea de perro guardián y por eso la más mínima desviación en el orden establecido le parece una cosa grandiosa, digna de la importancia de su misión. Inventa y fabrica delitos y crímenes contra el reglamento de la prisión a fin de poder dormir tranquilamente creyéndose alguien. ¿Y a quién aquí le interesa averiguar si hay algo de verdad en sus denuncias?

### Smetonz

Un aire marcial con cara de cretino y ojos sin expresión. Caricatura viviente de los esbirros nazis de Grosz. Ordeñaba vacas en la frontera lituana y es raro que este hermoso ganado no le haya dejado ningún rastro de su nobleza. Para sus superiores personifica las virtudes alemanas: es cortante, duro, incorruptible. (Uno de los pocos que nunca piden parte de nuestra comida a los ordenanzas.) Pero...

Un sabio alemán —ya no sé cuál—, calculó la inteligencia de las criaturas de acuerdo con el número de «palabras» que son capaces de formar. Me parece que constató que la criatura de menor inteligencia es el gato, que sabe formar solamente 128 «palabras». ¡Ay! qué genio es al lado de Smetonz, de cuya boca Pankrác nunca escuchó salir más de cuatro palabras:

—*Pass bloss auf, Mensch!*<sup>2</sup>

Dos, tres veces por semana transmitía el servicio. Dos, tres veces por semana se esforzaba con desesperación y, al final,

---

<sup>2</sup> «¡Cuidado, hombre!». En alemán en el original.

todo estaba siempre mal. Yo le vi cuando el director de la cárcel le reprochaba que no estuviesen abiertas las ventanas. Por un momento, la montaña de carne se tambaleó, dubitativa, sobre sus cortas piernas; la cabeza, inclinada estúpidamente, se humilló todavía más; las comisuras de los labios cayeron por el enorme esfuerzo realizado para repetir justamente lo que sus orejas habían oído... Y de golpe, toda esa materia comenzó a aullar como una sirena, provocando la alarma en todos los corredores. Nadie sabía de qué se trataba. Las ventanas continuaban cerradas, pero la sangre brotaba de las narices de los presos más próximos a Smetonz. ¡Había encontrado la solución!

La solución de siempre. Pegar, pegar a todo el que cae bajo su mano. Y quizá pegar hasta la muerte. Es lo único que concibe. Una vez, al entrar en una celda común, pegó a uno de los presos. El preso, un hombre enfermo, cayó al suelo, víctima de una crisis. Y todos los otros presos fueron obligados a hacer genuflexiones, siguiendo el ritmo de los espasmos, hasta que el enfermo quedó completamente agotado. Y Smetonz, con las manos en jarra y una sonrisa de imbécil, miraba satisfecho, como si hubiera encontrado una solución perfecta a tan complicada situación.

Un tipo primitivo que de todo lo que le habían enseñado retenía una sola cosa: que podía pegar.

Pero hasta en esta criatura se rompió algo. De eso hace más o menos un mes. Estaban sentados los dos: él y K. en la oficina de entrada de la prisión, K. le explicaba la situación. Pasó mucho, muchísimo tiempo antes de que Smetonz pudiera comprender, aunque vagamente. Se levantó, abrió la puerta y miró prudentemente hacia el pasillo: silencio absoluto, noche, la prisión dormía. Cerró la puerta, puso la cadena de seguridad y lentamente se desplomó sobre una silla.

—Entonces, ¿tú crees...?

Tomó su cabeza entre las manos. Una carga terrible cayó sobre el pequeñito corazón de un cuerpo tan enorme. Quedó largo tiempo así, abrumado. Después, levantó la cabeza y dijo con desesperación:

—Tienes razón. Ya no podemos ganar...

Desde hace un mes, la prisión de Pankrác no ha vuelto a oír el grito de guerra de Smetonz. Y los nuevos presos desconocen lo que es su mano.

### El director de la cárcel

Más bien pequeño y siempre elegante, tanto en traje de civil como en uniforme de *Untersturmführer*.<sup>3</sup> Satisfecho de sí mismo, aficionado al lujo, a los perros, a la caza y a las mujeres. Pero este es un aspecto que no nos importa.

Veamos el otro, el que conoce Pankrác: brutal, grosero, inculto, típico arrivista nazi dispuesto a sacrificar a todo el mundo por conservar su posición. Se llama Soppa —por si su nombre interesa— y es oriundo de Polonia. Terminó su aprendizaje de herrero, pero esta honorable profesión pasó por él sin ninguna consecuencia. Hace largo tiempo que entró al servicio de Hitler. Entrometido y charlatán, avanzó hasta su puesto actual. Lo defiende por todos los medios. Es cruel y despiadado para con todo el mundo, tanto con los prisioneros como con los empleados, lo mismo con los niños que con los ancianos.

Entre los empleados del nazismo en Pankrác no existen relaciones de amistad. Pero en ninguno llega esto hasta el extremo que en el caso de Soppa, quien carece incluso de una sombra de

---

<sup>3</sup> «Oficial de SS que equivale al grado de alférez». En alemán en original.

amistad. El único al que aprecia un poco y con el que habla más a menudo es el enfermero de la prisión, el *Polizeimeister* Weisner.

Pero parece que esa sombra de amistad no es mutua.

A nadie conoce sino a sí mismo. Ha conquistado su puesto de director para sí mismo y será fiel al régimen nazi hasta el último momento. Es quizás el único que no piensa, de una u otra forma, en salvarse. Sabe que para él no hay salvación. La caída del nazismo es su propia caída, el fin de su vida suntuosa, el fin de su piso lujoso, el fin de su elegancia. (Es tan poco escrupuloso que usa los trajes de los checos ejecutados). Es el fin. Sí.

### El enfermero de la cárcel

El *Polizeimeister* Weisner es una figurilla especial en los medios de Pankrác. Algunas veces da la impresión de que no pertenece a Pankrác, pero otros días no puedes imaginarte a Pankrác sin él. Cuando no está en la enfermería, se mueve por los pasillos con su paso menudo, balanceándose, hablando solo y observando, continuamente observando. Como un extraño que hubiera venido solo por un momento y quisiera llevarse el mayor número de impresiones. Sabe meter la llave en la cerradura y abrir rápidamente, sin ruido, como el «vigilante» más experimentado. Tiene una ironía seca, que le permite decir cosas de doble sentido, pero siempre sin comprometerse. No puedes agarrarlo por sus palabras. Se aproxima a la gente, pero no permite a nadie aproximarse a él. No lleva cuentos, no denuncia aunque ve mucho. Entra a la celda llena de humo. Aspira profundamente:

—¡Ejem...! —hace sonar la lengua—... está terminantemente prohibido... —chasquea la lengua otra vez— ...fumar en las celdas.

Pero no lo denuncia. Tiene la cara siempre arrugada, como un infeliz torturado por un gran sufrimiento. Es visible que no

quiere tener nada en común con el régimen al que sirve, a cuyas víctimas cuida cada día. No cree en este régimen. No cree en su duración definitiva, ni antes jamás creyó. Por esta razón no trasladó su familia de Breslau a Praga, aunque pocos empleados del Reich dejaron escapar una ocasión como esta para devorar los fondos de un país ocupado. Pero tampoco es capaz de tener nada en común con el pueblo que lucha contra el régimen. No se ha unido al pueblo.

Me cuidaba en forma diligente y honesta. Lo mismo hace en la mayoría de los casos. Sabe insistir con terquedad en la prohibición de trasladar a los presos demasiado quebrantados por las torturas a nuevos interrogatorios. Quizá lo haga para tranquilizar su conciencia. Pero otras veces no presta ayuda en casos en que esta es urgentemente necesitada. Quizá porque el miedo se lo impide.

Es el prototipo del sujeto mezquino. Está aislado, entre el miedo al régimen que lo maneja ahora y el miedo a lo que vendrá después. Busca cómo y por dónde salir de esta situación. Pero no la encuentra. No es una rata, no. Es tan solo un pequeño ratoncillo cogido en la trampa. Sin esperanza.

### «El gandul»

No es una figurilla. Tampoco llega a una figura completa. Es un tipo intermedio entre ellas. Le falta una clara convicción para llegar a ser una figura.

En realidad, hay dos de este carácter: personas sencillas, sensibles, pasivas al principio, impresionadas por el terror con el cual se hallan mezcladas y del que tratan de salir; sin iniciativas y, por ello, en busca siempre de un apoyo, llegando a buen sitio más por instinto que por conocimiento. Te ayudan porque esperan la ayuda tuya. Y es justo dársela. Ahora y en el futuro.

Esos dos —los únicos entre los funcionarios alemanes de Pankrác— habían estado también en el frente:

Hanauer, obrero sastre de Znojmo, volvió, después de una corta estancia en el frente oriental, con algunos miembros congelados intencionadamente. «La guerra no es para los hombres», filosofaba, un poco a la manera de Svejek. «Yo no tengo nada que buscar allá».

El otro, Höfer, un alegre zapatero de Bata, hizo la campaña de Francia y abandonó el servicio militar pese a la promesa de un ascenso. «¡*Ech, scheisse!*»,<sup>4</sup> dijo haciendo un gesto despectivo con la mano, tal y como desde entonces hace diariamente cada vez que le dan algún disgusto.

Se parecen el uno al otro por su suerte y estado de ánimo. Pero Höfer es más valiente, más expresivo, más completo. «El gandul» era el apodo que casi todas las celdas habían coincidido en darle.

El día de su servicio es una jornada de tranquilidad en las celdas. Haces lo que te da la gana. Y si grita, guiña un ojo para que sepas que lo hace tan solo porque un superior está abajo y debe convencerle de que se cumple el reglamento con energía. Por lo demás, sus esfuerzos son en vano; ya no convence a nadie y no pasa día sin que sea castigado.

—*Ech, scheisse!* —dice haciendo un gesto con la mano. Y continúa su juego. Es, más que un vigilante, un joven aprendiz de zapatero de carácter ligero. Puedes sorprenderle, jugando alegre y apasionadamente con los presos jóvenes de la celda a tirar monedas para ver quién las acerca más a la pared. Otras veces saca a los presos de la celda y los lleva al pasillo para efectuar «un registro». Este suele durar largo tiempo. Y si eres muy

---

<sup>4</sup> «Me cago en...». En alemán en el original.

curioso y miras en la celda, lo encontrarás en la mesa, con la cabeza entre las manos, durmiendo. Durmiendo con una calma voluptuosa. Así puede ocultarse a sus superiores. Porque los presos en el corredor vigilan y anuncian cuando se aproxima cualquier peligro. Tiene necesidad de dormir durante el servicio pues las noches, en vez de dormir, las pasa con una muchacha a la que ama por sobre todo.

¿La derrota o la victoria del fascismo? *Ech, scheisse!* ¿Es que es posible que perdure ese circo?

El no se considera parte de él. Ya por este solo hecho sería interesante. Pero hay más todavía: no quiere pertenecer a él. Y no pertenece. ¿Necesitas transmitir un mensaje escrito a otro sector de la prisión? «El gandul» lo arregla. ¿Necesitas enviar un recado afuera? «El gandul» se encarga. ¿Necesitas encontrarte con alguien porque hablándole puedes persuadirlo y salvar así a otras personas? «El gandul» te lleva a su celda y vigila con la alegría de un muchacho que ha realizado una buena travesura. A menudo hay que recomendarle prudencia. En medio del peligro, apenas lo advierte. No está consciente del alcance de todo lo bueno que hace. Eso lo anima a hacer todavía más. Pero le impide crecer.

No es todavía una figura. Pero está en el período de transición que a ella conduce.

### «Kolín»

Era una tarde, durante el estado de sitio. El vigilante con uniforme de SS que me conducía a la celda hizo un ademán de registrarme los bolsillos.

- ¿Qué le pasa a usted? — me preguntó en voz baja.
- No sé. Me han dicho que mañana seré fusilado.
- ¿Le ha impresionado eso?

—Contaba con ello.

Durante un rato rozó mecánicamente las solapas de mi chaqueta.

—Es posible que lo hagan. Si no mañana, más tarde. O quizás no. Pero en los tiempos actuales... es bueno estar preparado...

Y se quedó callado de nuevo.

—...Pero, por si acaso... si quiere usted enviar un recado para alguien... o si quiere escribir... No para ahora, ¿comprende? sino para el futuro: cómo ha llegado aquí, si alguien le ha traicionado, qué conducta observaba este o aquel... Para que todo lo que usted sabe no se marche con usted...

¿Si quiero escribir? Como si hubiera adivinado mi más ferviente deseo.

Después de un momento me trajo papel y lápiz. Los oculté cuidadosamente para que en ningún registro pudieran ser encontrados.

Y no los toqué jamás.

Era demasiado hermoso, no podía tener confianza. Demasiado hermoso: encontrar aquí, en esta casa sombría, unas semanas después de tu detención, a un amigo que, con el mismo uniforme de aquellos que no tienen para ti más que gritos y golpes, te da la mano para que no perezcas sin dejar huellas, para que puedas dejar un mensaje a los hombres del futuro, para que puedas hablar, al menos por un instante, con los que sobrevivirán y alcanzarán la liberación. ¡Y precisamente ahora! En los corredores llaman por sus nombres a los que van a ser ejecutados, la sangre emborracha a los brutos, los gritos de bestia y el pavor oprimen las gargantas de quienes no pueden gritar. Precisamente ahora, en un momento semejante... No, no es posible. No puede ser verdad. Es seguramente una trampa.

¡Que fuerza debe tener un hombre para tenderte espontáneamente la mano en parecidas circunstancias! ¡Y qué audacia!

Ha pasado casi un mes. El estado de sitio fue levantado, los gritos son más débiles y los momentos crueles han pasado a ser recuerdos. Y fue otra vez por la tarde, al volver del interrogatorio, cuando el mismo vigilante apareció delante de mi celda.

— Parece que ha escapado usted. ¿Qué tal? — Y me miró con ojos escrutadores — ¿Estaba todo en orden?

Comprendí bien su pregunta. Me afectó profundamente. Y me persuadió, más que ninguna otra cosa, de su honestidad. Solo un hombre que tiene derecho interno a hacerlo podía preguntar así. Desde entonces deposité en él mi confianza. Era un hombre nuestro.

A primera vista: una persona enigmática. Solía andar por los pasillos solo, tranquilo, reservado, alerta, observador. Jamás se le oyó gritar. Jamás se le vio pegar.

Los camaradas de la celda vecina le rogaban:

— Abofetéeme, por favor, cuando Smetonz mire para acá. Es necesario que lo vea en acción por lo menos una vez.

Negando con la cabeza decía:

— No es necesario.

Jamás le oíste hablar otro idioma que el checo. Todo en él le señalaba como diferente a los demás. Difícilmente hubieras podido definir por qué. Hasta ellos mismos lo advertían, pero nunca pudieron captarlo.

Está en todos los sitios donde se tiene necesidad de él. Lleva la calma a donde reina confusión; da valor a los que bajan la cabeza; anuda los hilos que ponen en peligro a nuevas personas de fuera. No se para en detalles. Trabaja sistemáticamente y en gran escala.

Y no solo ahora. Desde el comienzo. Entró al servicio del nazismo con esa tarea.

Adolf Kolínsky, vigilante checo nacido en Móravia, hombre checo de vieja familia checa. Se declaró alemán para poder vigilar a los presos checos en Hradec Králové y más tarde en Pankrác.

¡Qué indignación entre quienes le conocían! Pero cuatro años después, al pasar lista, el director alemán de la cárcel, agitando con violencia los puños ante sus ojos, le amenaza, un poco tarde ya:

— ¡Voy a sacarle del cuerpo ese «chequismo»!

Desde luego se equivoca. No solo es el «chequismo». Tendría que sacar de él al hombre. Al hombre que consciente y voluntariamente ha marchado al lugar preciso para poder combatir y ayudar al que combate. El continuo peligro solo lo ha endurecido.

### «El nuestro»

Si la mañana del 11 de febrero de 1943 nos hubieran traído cacao para el desayuno en lugar de aquel cocimiento que nos daban como café, no hubiéramos prestado ninguna atención a tal milagro. Aquella mañana cruzó fugazmente ante nuestra puerta el uniforme de un policía checo.

Lo vimos solo un instante. Un paso, dos perneras negras embutidas en unas botas altas, una mano que sale de una manga azul oscuro. La mano tiró de la cerradura, empujó la puerta, y desapareció. Fue tan corto que un cuarto de hora después estábamos dispuestos a no creerlo.

¡Un policía checo en Pankrác! ¡Qué conclusiones de largo alcance podíamos sacar de ello!

Dos horas más tarde ya las hacíamos. La puerta de la celda se abrió de nuevo, una gorra de la policía checa se asomó al interior y, ante nuestro asombro, la boca alegre anunció:

—*Freistunde!*<sup>5</sup>

Ya no podíamos equivocarnos. Entre los uniformes de un gris verdoso de los vigilantes SS aparecieron en los pasillos algunas manchas oscuras que nos parecían llenas de luz: eran los policías checos.

¿Qué significa esto para nosotros? ¿Cómo serán ellos? Como quiera que sean, el hecho de su presencia habla bien claramente:

¡Cuan precipitadamente marcha a su fin el régimen que incluso en lo más sensible, en el único apoyo con que cuenta, en el aparato de represión, se ve obligado a disponer de hombres del pueblo al que quiere oprimir! Qué terrible falta de material humano debe tener cuando debilita su última esperanza a fin de ganar algunos individuos. ¿Cuánto tiempo pretende sostenerse todavía?

De seguro que serán hombres especialmente seleccionados. Serán quizá peores que los vigilantes alemanes, ya desmoralizados por la costumbre y la falta de fe en la victoria. Pero esta realidad, la realidad de su presencia aquí, es el signo infalible del fin.

Así hemos pensado nosotros.

Pero era todavía más de lo que nosotros pensamos en los primeros momentos. Porque el régimen no podía ya escoger, no tenía dónde seleccionar.

El 11 de febrero vimos por primera vez los uniformes checos.

A la mañana siguiente comenzamos a conocer a la gente. El primero llegó, miró a la celda, se detuvo indeciso en el umbral y después — con la misma energía caprichosa con que un cabrito

---

<sup>5</sup> «Hora de recreo». En alemán en el original.

se lanza al aire levantando sus cuatro patas a la vez— dijo con repentina audacia:

— Bueno, bien ¿qué tal vivimos?

Hemos respondido con una sonrisa. Él también sonrió y adoptó de nuevo un aire indeciso:

— No se enojen con nosotros. Estén seguros de que preferiríamos continuar paseando por las calles en lugar de venir aquí a vigilarlos. Pero hemos sido obligados. Y puede ser... puede ser que esto sirva para algo bueno...

Se alegró cuando le dijimos lo que pensábamos de ello y cómo los considerábamos. Y así nos hicimos amigos desde el primer momento. Vítek era un muchacho sencillo, con corazón de oro, y aquella mañana fue el primero en aparecer en la puerta de nuestra celda.

El otro, Tuma, es un típico viejo vigilante checo de prisión. Un poco grosero, gritón, pero bueno en el fondo, como aquellos a quienes llamábamos «abuelos» en las cárceles de la República. No percibía lo excepcional de su situación. Al contrario, se sintió aquí, en seguida, como en su propia casa: gastando siempre bromas pesadas y manteniendo muy bien un orden que era el primero en turbar. Aquí metía pan en la celda, allá un cigarrillo, en la otra iniciaba una conversación divertida sobre cualquier tema (excepto de política). Hacía todo esto con naturalidad. Era su concepción personal del papel del vigilante. No lo ocultaba. La primera llamada de atención recibida por su conducta, lo hizo más prudente, pero no lo cambió. Siguió siendo el vigilante-abuelo. No te hubieras atrevido a pedirle alguna cosa importante. Pero se respira bien cuando está de servicio.

El tercero rondaba alrededor de la celda con aire sombrío, taciturno, sin interesarse por nada. Y no reaccionó ante nuestras prudentes tentativas de entrar en contacto.

—Con este no hemos tenido mucha suerte. Es el menos logrado de ellos —dijo el padrecito, después de haberlo observado durante una semana.

—O el más inteligente —dije yo, más por espíritu de contradicción. Pues dos opiniones sobre las cosas insignificantes son la sal de la vida en la celda.

Después de catorce días tuve la impresión de que el taciturno me guiñaba el ojo con más viveza. Le devolví el débil guiño, que en la prisión tiene muchos significados. Y otra vez nada. Pude haberme equivocado.

Un mes después todo estaba claro. Fue algo tan súbito como cuando la mariposa sale de la crisálida. La rugosa crisálida reventó y apareció una criatura viviente: pero no era una mariposa. Era un hombre.

—Construyes pequeños monumentos —suele decirme el padrecito respecto a algunas de estas descripciones de caracteres.

\*\*\*\*\*

Sí, quisiera que no sean olvidados los camaradas que aquí y fuera de aquí, combatieron valerosa y fielmente y que han caído. Pero deseo también que no se olvide a quienes viven y nos han ayudado, con no menor fidelidad y coraje, en las condiciones más difíciles.

Que de la sombra de los corredores de Pankrác surgiesen a la luz personalidades tales como la de Kolínsky y este policía checo. No para su gloria, sino para que sirvan de ejemplo a los demás. Pues el deber humano no termina con esta lucha y ser hombre exigirá, también en el futuro, un corazón heroico, hasta que los hombres sean completamente hombres.

En el fondo, es una historia muy breve la del policía Jaroslav Hora. La historia de un hombre de cuerpo entero.

La pequeña ciudad de Radnice. Un rincón perdido del país. Región bella, pobre y triste. El padre es vidriero. La vida, dura: fatiga cuando hay trabajo y miseria cuando llega el desempleo, que reina allí como en su propia casa. Eso o te hace caer de rodillas o te hace levantar la cabeza y soñar con un mundo mejor, infundiéndote fe y llevándote a la lucha por ella. El padre escogió el segundo tanino. Se hizo comunista.

El joven Jaroslav pedalea entre otros ciclistas en la manifestación del Primero de Mayo. Lleva las ruedas adornadas con cintas rojas. Después las recoge y las lleva en lo más profundo de sí mismo, sin darse cuenta quizá, durante su aprendizaje de tornero en la fábrica Skoda, donde empieza a trabajar.

La crisis, la desocupación, la guerra, la perspectiva de un empleo, el servicio policíaco. No sé qué sería en aquellos momentos de las cintas rojas que llevaba en su interior: puede que estén enrolladas, medio olvidadas, pero no perdidas.

Un día lo destinan al servicio en Pankrác. No viene aquí voluntariamente como Kolínský, con una misión fijada de antemano por él mismo. Pero adquiere conciencia de esa misión cuando contempla la celda por primera vez. Las cintas se despliegan.

Examina su campo de acción. Valora sus fuerzas. Su cara se turba al reflexionar intensamente sobre cómo y por dónde comenzar. No es un político profesional. Es un sencillo hijo del pueblo. Pero cuenta con la experiencia de su padre. Tiene un fondo firme, sobre el que se apoyan sus decisiones. Y se está decidiendo. De la crisálida ceñuda está surgiendo un hombre.

Y es un hombre interiormente bello, limpio y puro como hay pocos. Sensible, tímido y al mismo tiempo viril. Arriesga todo lo que hay que arriesgar: cosas pequeñas y cosas grandes. Y las hace: las cosas pequeñas y las cosas grandes. Trabaja sin preunción, silenciosamente, con prudencia, pero sin miedo. Para

él todo está claro. El imperativo categórico está en él. Eso debe ser hecho así. Entonces, ¿para qué más palabras?

Propiamente hablando, eso es todo. La historia de una persona que ya hoy puede poner en su cuenta varias vidas humanas salvadas. Esa gente vive y trabaja afuera porque un hombre de Pankrác ha cumplido con su deber humano. Ellos lo ignoran y él no los conoce. Como tampoco conocen a Kolínsky. Quisiera que los conocieran, al menos después. Esos dos encontraron aquí rápidamente el camino que conduce el uno al otro. Y ello ha multiplicado sus perspectivas.

Recuérdelos como ejemplo. Como el ejemplo de unos hombres que tienen la cabeza en su verdadero sitio y antes que nada corazón.

### Papá Skorepa

Cuando por casualidad vean a los tres juntos, verán la imagen viviente de la fraternidad: el uniforme gris verdoso del vigilante SS, Kolínsky, el uniforme oscuro del policía checo Hora y el claro pero desagradable uniforme de servicio del preso papá Skorepa. Pero solo muy pocas veces los verán juntos. Muy pocas. Precisamente porque los tres eran uno.

Los reglamentos de la prisión permiten utilizar para el trabajo de limpieza en los pasillos y para traer comidas «únicamente a presos fieles, disciplinados y rigurosamente aislados de los otros». Eso es según la letra del reglamento. Letra muerta, completamente muerta de antemano. Porque tales hombres de servicio no existen ni han existido nunca. Y sobre todo, no en las prisiones de la Gestapo. Aquí, por el contrario, los responsables de los corredores son antenas, avanzadas del colectivo de las celdas para vivir más cerca del mundo libre y comunicarse con la vida fuera de la prisión. ¡Cuántos de ellos han pagado

con la vida al descubrirles entre sus ropas un mensaje clandestino! Y, sin embargo, la ley del colectivo de la prisión exige insistentemente a sus sustitutos la continuación de este peligroso trabajo. Adelante: con valor o con temor, igual tienes que realizarlo. Aunque con temor puedes destruir mucho, puedes incluso perderlo todo, como ocurre en cualquier trabajo ilegal.

Y este es un trabajo clandestino de suma importancia: se realiza entre las garras de los que tratan de impedirlo, bajo los ojos de los vigilantes, en los lugares señalados por ellos, durante los segundos escogidos por ellos y en las condiciones creadas por ellos. Todo lo aprendido fuera es aquí poco. Y a pesar de ello el trabajo ilegal en la cárcel exige todavía más de ti.

Afuera hay maestros de trabajo ilegal. Y hay maestros de este trabajo entre los responsables de los pasillos. Papá Skorepa es un maestro en ese género de actividad. Modesto, humilde, tranquilo a primera vista, pero vivo como un pez. Los vigilantes lo alaban. Mírenle: ¡qué trabajador, qué seguro, cómo cumple con su deber sin dejarse llevar a nada prohibido! ¡Tómenlo como ejemplo!, decían a los demás responsables de pasillo.

Sí, sigan su ejemplo, responsables de los corredores. Es el verdadero modelo de responsable imaginado por el preso. La más firme y sensible de las antenas del colectivo de la cárcel. Conoce a los ocupantes de las celdas, conoce a cada nuevo preso desde el momento de su llegada. Sabe por qué razón está aquí, quiénes son sus compañeros de proceso y qué conducta tienen. Estudia el caso e intenta penetrar en sus secretos. Eso es muy importante para poder dar un consejo o transmitir bien un mensaje.

Conoce al enemigo. Observa cuidadosamente a cada vigilante. Estudia sus costumbres, su lado fuerte y su lado débil: en qué aspectos hay que estar sobre aviso con él y en qué cuestiones puede ser aprovechado; cómo amansarlo, cómo engañarlo.

Muchos de los rasgos característicos utilizados por mí me han sido facilitados por papá Skorepa. Los conocía a todos. Podía pintar perfectamente bien a cada uno por separado. Esto es muy importante para poder tener libertad de movimiento en los pasillos y poder realizar un trabajo seguro y eficaz.

Ante todo, conoce su deber. Es un comunista que sabe que no existe ningún sitio donde pueda dejar de serlo, donde pueda cruzarse de brazos y abandonarse a la inactividad. Yo diría, incluso, que aquí, ante el mayor peligro y bajo la presión más dura, ha encontrado su verdadero sitio. Aquí ha crecido.

Es ágil. Cada día y cada hora crea una nueva situación y necesita nuevos métodos. Los encuentra con sagacidad y rapidez. Dispone de fracciones de minutos: golpea la puerta de la celda, escucha el mensaje preparado de antemano y lo transmite de manera concisa y clara al otro punto del corredor, antes de que el nuevo vigilante de servicio suba al primer piso. Es prudente y tiene gran presencia de ánimo. Centenares de mensajes escritos han pasado por sus manos. Ninguno fue retenido ni despertó jamás sospecha alguna.

Sabe dónde le aprieta el zapato a cada uno. Sabe dónde hay que elevar la moral, dónde dar un informe preciso sobre la situación de afuera, dónde las miradas paternas de sus ojos Pueden dar fuerza al hombre acosado por la desesperación. Sabe dónde un trozo de pan o una escudilla de sopa suplementaria pueden hacer olvidar el «hambre criminal». Lo sabe, lo conoce gracias a su fino sentido y a su sólida experiencia, y actúa de acuerdo con ello.

Es un combatiente fuerte e intrépido. Es un hombre puro. Es papá Skorepa.

Quisiera que al leer esto vieran en él no solamente su persona, sino al tipo perfecto y hermoso de *hausarbeiter*<sup>6</sup> que ha sabido convertir el trabajo impuesto por los opresores en un trabajo en beneficio para los oprimidos. Papá Skorepa es uno, pero como él hay muchos otros, cada uno con sus propias características humanas, aunque no por ello más pequeños. En Pankrác y en el Palacio Petschek. Quisiera retener sus figuras, pero desgraciadamente no me quedan más que algunas horas, muy pocas para «una canción que cuenta brevemente todo lo vivido en largo tiempo».

Por lo menos daré algunos nombres, algunos ejemplos que no se deben olvidar, aunque, con mucho, esto no es todo:

El doctor Milos Nedved, hombre noble y generoso, que pagó con su vida en Auschwitz su ayuda diaria a los camaradas presos.

Arnost Lorenz, un hombre cuya esposa fue ejecutada por no querer entregar a sus compañeros, y que un año después marchó solo a la ejecución para salvar a sus camaradas, los ordenanzas de la «400», y a todo su colectivo.

Vasek, magnífico y pleno de humor inalterable: Anicka Viková, ensimismada, siempre dispuesta al sacrificio, ejecutada durante el estado de sitio; el enérgico [...];<sup>7</sup>el «bibliotecario» Springer, alegre y mañoso, buscando siempre nuevos métodos; y el joven y afectuoso Bílek...

Solo ejemplos, solo ejemplos. Figuras mayores o menores. Pero siempre figuras. Nunca figurillas.

---

<sup>6</sup> «Preso de servicio en los pasillos». En alemán en el original.

<sup>7</sup> En blanco en el original.

## CAPÍTULO VIII

### Un trozo de historia

El 9 de junio de 1943.

Ante mi celda hay colgado un cinturón. Mi cinturón. La señal de partida. Por la noche me llevarán al Reich, al tribunal, y etcétera. El tiempo hambriento arranca los últimos bocados del pequeño trozo de mi vida. Cuatrocientos once días en Pankrác, que pasaron con una rapidez increíble. ¿Cuántos me quedan todavía? ¿Dónde? ¿Y cómo?

Seguramente ya no tendré ocasión de escribir. He aquí, pues, mi último testimonio. Un trozo de historia, del que soy, sin duda, el último testigo vivo.

En febrero de 1941 fueron detenidos los miembros del Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia y los del comité de reserva preparado para tan grandes momentos. Todavía no está suficientemente claro cómo fue posible que se asestara tan duro golpe al Partido. Quizá los comisarios de la Gestapo digan algo en el futuro, cuando sean interrogados. En vano me esforcé, incluso como *hauserbeiter* en el Palacio Petschek, en averiguar la solución de este enigma. Sin duda habrá habido provocación, por un lado, pero también mucha imprudencia. Dos años de éxito en el trabajo ilegal habían debilitado un poco la vigilancia de los camaradas. La organización ilegal se extendía. Nuevos camaradas eran incorporados al trabajo y algunos de ellos debieron ser apartados hasta otra ocasión. El

aparato del Partido se ampliaba se complicaba hasta el punto de no poderse controlar. El golpe contra el centro del Partido estaba visiblemente preparado desde hacía tiempo y fue asestado en el momento en que el ataque contra la URSS se encontraba ya listo.

Al principio no conocía la amplitud de las detenciones. Esperaba mi contacto normal, sin poder lograrlo. Un mes después estaba ya claro que había pasado algo grande y que no debía esperar nada. Entonces, yo mismo busqué el contacto y los demás lo buscaron también.

Al primero que encontré fue a Honza Vyskocil, responsable de la región de Bohemia central. Tenía iniciativas y había ya preparado el material necesario para editar *Rudé pravo* a fin de que el Partido no careciera de su órgano central. Escribí entonces el artículo de fondo, pero nos pusimos de acuerdo para publicar los materiales (que yo no conocía) en un boletín del Primero de Mayo y no como *Rudé pravo*, puesto que este periódico apareció ya por otro lado en una edición provisional. Vinieron algunos meses de trabajo guerrillero. Un golpe duro había sido asestado al Partido, pero no un golpe mortal. Centenares de nuevos camaradas se hacían cargo de las tareas ocupando el lugar de los dirigentes caídos. Los nuevos camaradas llegaban llenos de resolución y no permitían que los fundamentos de la organización se descompusieran o cayeran en la pasividad. Solo el Comité Central no pudo ser reconstruido y la falta de orientación en el trabajo representaba un gran peligro: el peligro de que en el momento más importante, el del esperado ataque contra la URSS, no tuviéramos una línea de conducta común.

En *Rudé pravo*, editado clandestinamente, y cuyas páginas tenía ante mi vista, reconocí una mano política experta. En nuestro boletín del Primero de Mayo, que por desgracia no estaba

perfectamente logrado, los otros vieron, por su parte, que en él se hacía oír una voz con la que se podía contar. Y nos buscamos.

Pero eran búsquedas en un bosque profundo. Oíamos una voz, la seguíamos y en el momento en que casi la alcanzábamos se hacía oír exactamente en el lado opuesto. La cruel pérdida enseñó a todo el Partido a ser más prudente, más vigilante. Dos miembros del aparato central del Partido que quisieran encontrarse tenían que establecer la mayor claridad a través de una masa de obstáculos de sondeo y reconocimiento que se oponían mutuamente y detenían a los demás encargados de establecer el contacto. Era tanto más complicado, porque yo ignoraba quién estaba al otro lado y el otro desconocía a quien estaba buscando.

Por fin encontramos un denominador común. Era un muchacho magnífico: el doctor Milos Nedved, que fue nuestro primer enlace. Hubo también un poco de casualidad en ello. A mediados de junio del 41 caí enfermo y mandé a Lída a casa de Nedved para que este viniera a cuidarme. Fue inmediatamente a casa de los Baxa. Y allí nos pusimos de acuerdo. Él también estaba encargado de buscar a «ese otro», pero no tenía la menor idea de que fuera yo. Estaba, por el contrario — como todos los del otro lado — convencido de que yo había sido detenido y probablemente asesinado.

El 22 de junio de 1941, Hitler inició su agresión a la Unión Soviética. La misma tarde, con Honza Vyskocil, publicamos un pequeño manifiesto explicando el significado que para nosotros tenía ese acontecimiento. El 30 de junio efectué una entrevista con aquel a quien durante tanto tiempo había buscado. Vino él a una casa señalada por mí porque ya sabía a quien iba a encontrar. Yo, en ese momento, todavía no lo sabía. Era una noche de verano. Las acacias perfumaban el aire a través de la ventana abierta. Momento favorable para una cita de amantes. Tapa-

mos la ventana, encendimos la luz y nos abrazamos. Era Honza Zika.

Quiere esto decir que en febrero de 1941 el Comité Central no había sido detenido en su totalidad. Uno solo de sus miembros, Zika, se salvó. Lo conocía y lo quería desde hacía largo tiempo. Pero en realidad, no lo conocí hasta los momentos que trabajamos juntos. Siempre gordito, sonriente, un poco campechano. Y firme, enemigo de compromisos, militante intrépido y decidido en el trabajo del Partido. No sabía ni quería saber otra cosa que su deber. Para cumplirlo renunciaba a todo. Amaba a la gente y la gente lo amaba a él. Pero jamás comprobaba ese afecto cerrando los ojos a las debilidades. Nos pusimos de acuerdo en unos minutos. Y algunos días después ya conocí igualmente al tercer miembro de la nueva dirección. Era Honza Cerny, quien desde el mes de mayo estaba ya en contacto con Zika. De buena talla, elegante, muy simpático con la gente, antiguo combatiente en España, de donde había vuelto durante la guerra a través de la Alemania nazi con los pulmones atravesados por una bala de fusil, un poco militar, con una rica experiencia ilegal y lleno siempre de iniciativas.

Meses de lucha encarnizada nos ligaron en una magnífica camaradería. Nos completábamos por nuestros caracteres y nuestros conocimientos. Zika: organizador, objetivo, extremadamente preciso, que no se dejaba desviar por bellas palabras, que sopesaba cada informe, desmenuzándolo a fondo, que analizaba cada proposición desde todos los aspectos y que bondadosamente, pero con firmeza, controlaba la ejecución de cada acuerdo. Cerny: responsable de sabotajes y de los preparativos para la lucha armada, reflexionaba siempre en términos militares, hombre de iniciativas de envergadura, con empuje infatigable y ducho en la búsqueda de nuevas formas

de lucha y de nuevas gentes. Y yo: un periodista, *agitprop*<sup>1</sup> que contaba con mi olfato, con mucha fantasía y también con un gran sentido crítico para equilibrarla.

La distribución de las funciones era más una distribución de responsabilidad que de trabajos. Cada uno estaba obligado a ocuparse independientemente de todo y en todas las partes donde era necesario. El trabajo no era fácil. Las heridas causadas al Partido en febrero estaban aún abiertas y nunca cicatrizaron completamente. Todos los contactos se hallaban rotos. En algunos lugares habían caído sectores enteros; en otros teníamos buenos cuadros, pero no podíamos encontrar el camino para llegar a ellos. Organizaciones enteras, empresas enteras estuvieron aisladas durante meses, antes de que el contacto fuera establecido. Y nosotros debíamos asegurar por lo menos la llegada a sus manos del órgano central, a fin de que siguieran sus directivas. No teníamos casas ni podíamos utilizar las casas anteriores porque podían estar aún amenazadas. Al comienzo nos faltaba dinero, era difícil agenciarse comida, teníamos que comenzar de nuevo muchas cosas...

Y todo esto en una época en que el Partido no tenía ya tiempo de construir y preparar. Era el momento del ataque contra la URSS, y el Partido tenía el deber de intervenir directamente en la lucha, organizando el frente interior contra los ocupantes, movilizando las guerrillas contra ellos, realizando todo esto no solo con sus propias fuerzas, sino con la participación de todo el pueblo. Durante los años de preparación, de 1939 a 1941, el Partido vivía en profunda clandestinidad tanto ante la policía alemana como ante el pueblo. Ahora, ensangrentado debía perfeccionar e intensificar la lucha ilegal frente a los

---

<sup>1</sup> «Agitación y propaganda». En alemán en el original.

ocupantes, pero al mismo tiempo tenía que salir de la ilegalidad ante el pueblo. Debía establecer contactos con las masas sin partido, dirigirse al pueblo entero, entenderse con cada uno de los que estaban dispuestos a combatir por la libertad y con su intervención directa, atraer a ese camino a los que todavía vacilan.

A comienzos de septiembre de 1941 pudimos decir por primera vez, aunque todavía no habíamos conseguido restablecer la organización tan gravemente golpeada —estábamos aún lejos de ello—, que ya teníamos de nuevo organizado un núcleo firme, capaz de realizar por sí solo importantes tareas. La intervención del Partido se dejó sentir enseguida. Los sabotajes y las huelgas en las fábricas se multiplicaban. A fines de septiembre enviaron a Heydrich contra nosotros.

El primer estado de sitio no logró romper la resistencia activa que se intensificaba. Sin embargo, la frenó y propinó nuevos golpes al Partido. La región de Praga y la organización de la juventud fueron especialmente castigadas. Cayeron nuevos militantes, de un gran valor para el Partido: Jan Krejčí, Stancl, Milos Krásny y muchos otros.

Después de cada golpe podías comprobar que el Partido es indestructible. Caía un militante y si otro no podía reemplazarlo, dos o tres cubrían su puesto. Entramos en el nuevo año con una organización bien preparada, que no lo abarcaba todo —ni siquiera tenía la amplitud de febrero de 1941— pero que, a pesar de ello, era capaz de cumplir las tareas del Partido en los combates decisivos. Nos distribuimos el trabajo entre todos nosotros. Pero el mérito de lo logrado le correspondió especialmente a Honza Zika.

De nuestra actividad a través de la prensa se encontrarán suficientes documentos en las cuevas, en los sótanos y en los

archivos secretos de los camaradas. Por lo tanto no es necesario hablar de ello.

Nuestra prensa era ampliamente difundida, no solo en los medios del Partido, sino también fuera de él. La sacábamos en grandes tiradas, con diversas formas «técnicas» y secretas. Las publicaciones eran totalmente independientes las unas de las otras y se confeccionaban en las máquinas reimpresoras. La salida era regular y rápida, de acuerdo con la situación. Por ejemplo, los lectores tuvieron en sus manos la tarde del 24 de febrero el texto de la orden dada por el compañero Stalin al ejército el 23 de febrero de 1942.

Los impresores trabajaron perfectamente. También los médicos obtuvieron resultados excelentes, así como el grupo Fuchs-Lorenz, que publicaba su boletín de información: *El mundo contra Hitler*. Todo lo demás lo hacía yo mismo, con objeto de dejar libres a otros cuadros. Mi sustituto estaba preparado para el caso de que yo cayera. Se hizo cargo de las tareas después de mi detención y continúa trabajando hasta hoy.

Construimos el aparato del Partido de la manera más simple posible, con el objetivo de encargar de cada tarea a un mínimo de personas. Suprimimos las largas, cadenas de enlace que, como se demostró en febrero de 1941, no protegían sino amenazaban al aparato del Partido. Existía más peligro individual para cada uno de nosotros, pero el Partido estaba más seguro. Nunca más podría repetirse un golpe como el de febrero.

Es por esa razón que el Comité Central, completado con un nuevo miembro, pudo continuar con toda tranquilidad su trabajo cuando yo fui detenido. Ni mi colaborador más próximo sabía nada antes de tiempo sobre mi futuro sucesor.

Honza Zika fue detenido, la noche del 27 de mayo de 1942. Esto fue de nuevo una mala pasada. A la noche siguiente del

atentado contra Heydrich, cuando todo el aparato de los ocupantes se había puesto en actividad realizando *razzias* por toda Praga, los nazis penetraron en una casa de Stresovice, donde Zika se ocultaba. Su documentación estaba en regla y seguramente hubiera pasado desapercibido. Pero no quiso poner en peligro a la buena familia en cuya casa se alojaba e intentó escapar por la ventana del segundo piso. Se desplomó mortalmente herido en la columna vertebral y fue trasladado al hospital de la prisión. No sabían a quién tenían en sus manos. Solo dieciocho días después, comparando fotografías, lo identificaron y moribundo fue transportado al Palacio Petschek para ser interrogado. Nos vimos por última vez cuando me llamaron para el careo. Nos estrechamos las manos. Me sonrió con su amplia y cariñosa sonrisa y me dijo:

—Salud, Julius.

Es todo lo que le oyeron decir. No dijo ni una palabra más. Después de algunos golpes en la cara perdió el conocimiento. Unas horas más tarde había muerto.

Supé de su detención el 29 de mayo. Las antenas trabajaban bien. Gracias a ellas me puse de acuerdo con él en cuanto a mi línea de conducta posterior, línea que en su conjunto fue aprobada también por Honza Cerny. Y esa fue nuestra última decisión.

Honza Cerny fue detenido en el verano de 1942, ya no debido a la casualidad, sino a una grave indisciplina de Jan Pokorny, que estaba en contacto con él. La conducta de Pokorny no correspondió a la de un dirigente. Después de unas horas de interrogatorio — un poco duro, es verdad, pero, ¿podía él esperar otra cosa? — se dejó ganar por el pánico y dio la dirección de la casa donde había tenido una cita con Honza Cerny. Allí

comenzaron a seguir el rastro de Honza. Algunos días después cayó también en manos de la Gestapo.

Fuimos careados tan pronto lo trajeron aquí:

— ¿Lo conoces?

— No, no lo conozco.

Las respuestas coincidían. Honza se negó rotundamente a declarar. Su vieja herida le ahorró largas torturas. En seguida perdió el conocimiento. Antes de que los nazis decidieran interrogarlo de nuevo, fue informado minuciosamente y obró en consecuencia.

No sacaron nada de él. Lo tuvieron largo tiempo en la cárcel. Mucho esperaron, pensando que algún nuevo testimonio lo haría hablar. Se equivocaron.

La cárcel no lo cambió en absoluto. Ardiente, alegre, valeroso, abría para los demás las perspectivas de la vida cuando solo tenía ante sí la perspectiva de la muerte.

De pronto, al final de abril de 1943, se lo llevaron de Pankrác. No sé a dónde. Aquí una desaparición súbita es siempre de mal agüero. Uno puede equivocarse, pero no creo que nos volvamos a ver.

Siempre hemos contado con la muerte. Lo sabíamos: caer en manos de la Gestapo quiere decir el fin. Y aquí hemos hecho lo que hemos hecho de acuerdo con esa convicción.

También mi obra se aproxima a su fin. No puedo describirlo. No lo conozco. Ya no es una obra. Es la vida.

Y en la vida no hay espectadores.

El telón se levanta.

Hombres: os he amado. ¡Estad alerta!

*Julius Fucík*

9-VI-1943

## OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



### **LA MUJER EN EL DESARROLLO SOCIAL**

Alexandra Kollontai

Las conferencias ofrecen por primera vez dentro del pensamiento marxista, una visión del desarrollo histórico de la sociedad desde la perspectiva de la mujer. Alexandra Kollontai se inscribe entre las pensadoras, militantes y activas revolucionarias más destacadas que fueron protagonistas de aquel Octubre Rojo y de los agitados años que vinieron después.

304 páginas, 2016, ISBN 978-1-925317-13-8



### **FEMINISMO Y MARXISMO**

Georgina Alfonso González (compiladora)

Las voces de Flora Tristán, Alexandra Kollontai, Clara Zetkin, Simone de Beauvoir e Isabel Largaña se entrelazan en estas líneas. Van acompañadas de otras voces, masculinas, como Augusto Bebel, Federico Engels y John Dumoulin. Así desmienten el mito de que el feminismo es un movimiento únicamente de mujeres, y a la vez evidencian los puntos de encuentros y desencuentros que este movimiento tiene con el marxismo.

112 páginas, 2016, ISBN 978-1-925317-22-0



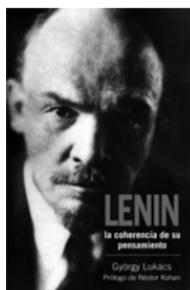
### **EL CAPITAL**

#### **La controversia en torno a la obra de Carlos Marx**

Ernest Mandel

*El capital* constituye —sin que esta afirmación redunde en menoscabo de los numerosos aportes teóricos que se han sucedido con posterioridad a Marx— la base fundamental de todo estudio verdaderamente científico de la sociedad capitalista. Tal vez por ello, desde su publicación por vez primera entre 1867 y 1894, no ha dejado de suscitar polémicas y encendidos debates.

328 páginas, 2015, ISBN 978-1-925019-82-7



### **LENIN**

#### **La coherencia de su pensamiento**

György Lukács / Prólogo de Néstor Kohan

Hoy, cuando algunos se empeñan en proclamar el fracaso de las utopías, las páginas de este libro abogan por la pertinencia del socialismo como única alternativa para alcanzar ese otro mundo no solo mejor y posible, sino también necesario.

136 páginas, 2014, ISBN 978-1-925019-54-4

# Julius Fucík

## Esbozo para una biografía

*Gusta Fucíková*

Julius Fucík nació el 23 de febrero de 1903 en Smíchov, barrio obrero de Praga. Su padre, Karel Fucík, era obrero metalúrgico en la fábrica del barón de Ringhoffer. Además de gustarle el trabajo en el torno, tenía una gran predilección por el canto. A los diecisiete años, siendo ya obrero, cantaba en las sociedades «Havlíček» y «Dobrovsky». Después de 1900 cantó como aficionado en los escenarios de los teatros *Svanda* y *Arena* del barrio de Smíchov.

Más tarde, por fin, perteneció a la compañía de los citados teatros, en los que actuó hasta el año 1912, trabajando al mismo tiempo como obrero en la fábrica de Ringhoffer.

La madre de Julius Fucík, Marie Fucíková, era costurera. A su lado transcurrió la infancia de Julius Fucík, el cual se ligó a ella con tierno amor filial. Julius Fucík heredó de su padre el humorismo y la alegría de vivir, de su madre heredó la prudencia y la sensibilidad, de ambos su amor al canto y a la música. Toda la familia poseía dotes musicales. Julius Fucík, homónimo y tío de Julius, era compositor de fama, querido aún hoy por nuestro pueblo y conocido en el mundo entero. Cuando contaba apenas dos años y medio, Julius Fucík ya salió al tablado ante el público de Smíchov para representar el cuento de hadas

*El zapatito de cristal* o la *Princesa Cenicienta*. Como joven actor se ganó el amor de las gentes, amor que con tanto fervor les devolvió hasta el final de su vida. Luego representó papeles infantiles al igual que lo hacían sus hermanas menores Libuse y Vera, sobre los escenarios de Smíchov y más tarde en los de Plzen. A la edad de cinco años actuó en representaciones dadas a los ciudadanos checos residentes en Berlín. Desde su niñez manifestó un gran interés por los libros. Su madre le enseñó a leer las letras de molde antes de que frecuentara la escuela. Entabló amistades con los hijos de los obreros, viviendo y participando, en las calles de Smíchov, en todos sus juegos infantiles. Le gustaba ir a la escuela, obteniendo buenas notas.

En 1913, cuando ya hacía más de un año que Karel Fucík padre de Julius, era actor en el Teatro Municipal de Plzen, la madre y los hijos se trasladaron a esta última ciudad. El pequeño Julius salió del ambiente obrero de Smíchov para ir al de Plzen, ciudad de las fábricas Skoda. Sus padres alquilaron el piso bajo de la casa número 17 de la calle de Havlíček. Realquilaron parte de su piso a un inquilino para que les ayudara a pagar el alquiler.

En el año 1914 estalló la primera guerra mundial. En otoño de ese mismo año, Julius empezó a asistir a las clases del Instituto de Segunda Enseñanza. El segundo año de la primera guerra mundial, el padre de Julius Fucík fue destinado, como soldado, a las fábricas Skoda en Plzen, permaneciendo allí hasta el año 1919. Trabajaba en el taller de fabricación de cañones. Durante largos años, Julius llevó la comida a su padre que trabajaba en turnos de noche. Allí, Julius conoció también a los obreros y su trabajo; allí conoció lo que era la solidaridad obrera. Con los años de guerra aumentó la miseria del pueblo trabajador, se fueron haciendo más largas las colas para adquirir pan,

maíz, harina, etc. Durante interminables horas de la tarde, del anochecer y de la noche, Julius hacía la cola para poder llevar a su casa un pedazo de amarillento pan de maíz. Oyó las múltiples lamentaciones de las mujeres que habían perdido a sus esposos e hijos en los campos de batalla, viendo sus rostros llenos de inquietud, sus ojos repletos de angustia por no saber qué dar de comer a sus hijos. Oyó sus quejas y maldiciones sobre la guerra. Ello le hizo reflexionar y entonces empezó a editar su primer periódico infantil, llamado *Slovan* («El Esloveno»). Así fue como llegó a ser, por primera vez y a sus doce años, «redactor» de la revista que escribía con su propia mano en sus cuadernos escolares. En 1916 publicó otra revista, llamada *Veselá mysl* («El Pensamiento Alegre»). Pacientemente, sentado en su cocina estrecha y oscura, escribía con mano infantil esta última revista (en octavo). Dibujaba en ella, hacía poesías y componía acertijos y charadas. El joven Fucík escribía su revista humorística durante los graves días de la guerra, cuando reinaba el hambre en todo el país y también en el seno de su propio hogar. En esta ocasión se manifestó el rasgo fundamental de su carácter: no caer en la desesperación, vencer los obstáculos.

La densa atmósfera bélica que atenazaba tanto a los adultos como a los pequeños, no logró hacer mella en Julius. Con su revista se esforzaba por hacer reír a sus padres y a los vecinos de su casa para que «...se olvidaran de los sombríos tiempos actuales». Leía muchísimo. Copió para sí, ejecutándolo bellamente, las *Elegías Tirolesas* de K. Havljíek-Borovsky, las cuales iban dirigidas contra la monarquía austríaca. A sus catorce años editó otro periódico, escrito también a mano, al cual llamó *Cech* («El Checo»). Esta publicación tenía ya casi el carácter de revista literaria.

\*\*\*\*\*

Los acontecimientos revolucionarios del año 1917 en Rusia repercutieron hondamente en la clase obrera y entre la gente progresista del mundo entero. Por frecuentes huelgas se manifestaron las ideas revolucionarias de los obreros de las fábricas Skoda en Plzen, los cuales luchaban contra la explotación y contra la guerra. Su resistencia contra Austria se hizo más vigorosa aún con motivo de la enorme explosión, el 22 de mayo de 1917, de un polvorín situado Bolevec, que ocasionó la muerte a unas cuatrocientas mujeres que en él trabajaban. En Plzen fueron concentradas fuerzas del ejército. Todo ello lo vivió, influenciándole profundamente, Julius Fucík, joven de catorce años, sensible y meditativo. Aprendió a conocer también la solidaridad obrera internacional, dado que en las fábricas Skoda trabajaban checos, polacos, húngaros, croatas, alemanes, y que todos ellos, siempre solidariamente, iban a las huelgas. Julius Fucík sentía su pertenencia a la clase obrera y la exteriorizó el 1.º de mayo de 1918, cuando la clase obrera tenía ya ante sus ojos la victoria de la Gran Revolución de Octubre. Los obreros de Praga celebraron el 1.º de mayo del postrer año de la guerra 1914-1918 con una gran manifestación que llevaba carteles con la inscripción «La nación socialista», «Julius Fucík tenía entonces quince años de edad», recuerda su condiscípulo Václav Soukup.

Consideró que era su deber participar, al lado de los obreros de Plzen, en la manifestación del 1.º de mayo. Y no se contentó con ir solo, ya que la mañana del 1.º de mayo, delante del Instituto de Segunda Enseñanza de Petrohrad en Plzen, se esforzó por persuadir a sus condiscípulos de 4.º año para que participaran en la manifestación que debía efectuarse en la Plaza Mayor de la ciudad. Logró convencer a la mayoría de los alumnos de su curso.

El 21 de junio de 1918, Julius Fucík fue testigo ocular del inhumano asesinato de cinco niños de Plzen. Ese día llegó a la calle Koterovská un automóvil que unos soldados cargaron de pan. Alrededor del coche se concentraron niños hambrientos que gritaban: ¡Tenemos hambre! Y es posible que alguno de ellos intentara apoderarse del pan de munición que se hallaba en el coche. Fue llamado un destacamento militar para que restableciera el orden. Los soldados, cumpliendo las órdenes de su oficial, dispararon contra los niños. Cinco de estos cayeron muertos en la carretera, en las aceras y delante de las casas donde quisieron protegerse contra los tiros.

Debido a estos acontecimientos, y sobre todo bajo la influencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre, los obreros de las empresas Skoda en Plzen fueron a la huelga general. La influencia que ejercieron todos estos sucesos sobre Julius Fucík, que a la sazón tenía quince años, lo atestiguan estos versos suyos que se apuntó en su cuaderno el 8 de agosto de 1918:

*Los de arriba.*

*¿Por qué grita esa gentuza allí abajo?*

*Dicen que el hambre reina en el país.*

*Eso puede muy bien remediarlo*

*la cárcel o el verdugo.*

*Los de abajo.*

*Quizás Uds. tengan razón, señores,*

*pero reír también nosotros deseamos.*

*Para nosotros, créanlo, irá mejor*

*cuando les ahorque a Uds. el verdugo.*

En estos versos ya late la voz del combatiente contra la injusticia y contra los opresores. Julius Fucík está al lado de la clase

obrero, al lado de los que padecen hambre y permaneció fiel toda su vida a la clase obrera. De lo vivido y de lo visto aprendió que el mundo no estaba organizado como era debido, que había que cambiarlo, y con sus fuerzas coadyuvó a cambiarlo. Intervino en la fundación y en las actividades del Comité Obrero-Estudiantil en Plzen. Se esforzó por conseguir datos y noticias sobre los acontecimientos en Rusia.

La importancia de la Gran Revolución de Octubre de 1917 era deformada en Austria-Hungría y, más tarde, en la Checoslovaquia burguesa. Julius Fucík buscaba, sin descanso, la verdad.

El 28 de octubre de 1918 lo vivió Julius Fucík como joven crédulo. Creía que la libertad había llegado para todos. Muchos años más tarde, en 1933, lo recuerda aún:

Es de noche. Hay reunión del Comité Obrero-Estudiantil. En la discusión sobre la actual situación se recitan versos de Viktor Dyk, Svatopluk Cech y se lee el Manifiesto Comunista. Todas las voces suenan con emoción. Pronto llegará la medianoche. En la casa de enfrente vive un obrero socialdemócrata. Le despierto. Rápidamente se viste al borde de su cama. Desea saber algo más preciso: ¿Libertad? Bien. ¿Independencia? Bien. Y ¿quién la proclamó? ¿Quién está a la cabeza? Creo que nada importa todo ello. Me ofende su desconfianza acerca de la gente que ha realizado tal hazaña. Me explica, con inquietud y con combatividad, que todo ello es importantísimo, ya que según ello sabremos para quién será la nueva libertad. No le comprendo. ¡Qué preocupación! Claro que será para nosotros, para todos. ¿Para quién más? Me miró con ojos de extrañeza y se encogió de hombros. Cómo podré yo olvidar a ese primer hombre que vio claro en la medianoche del 28 de octubre de 1918.

\*\*\*\*\*

Bajo el golpe de la Revolución de Octubre se descompuso la monarquía austro-húngara. Para Julius Fucík a esa monarquía estaba vinculada la opresión de la nación checa, a esa monarquía iban unidos los disparos contra los obreros, a ella iba ligada la injusticia y la desigualdad social de «los de arriba» y de «los de abajo», la reacción en materia cultural y la censura. El nuevo Estado debía poner fin a estos crímenes. Por esta razón, cuando el gobierno burgués checoslovaco engañó al pueblo, cuando los socialistas de derecha traicionaron las ideas del socialismo, Julius Fucík, vinculado tan estrechamente a la clase obrera con los lazos de la experiencia juvenil más sensible, se convirtió, con toda su esperanza y toda su fe, en combatiente de las ideas revolucionarias y del movimiento comunista. En estas grandes ideas y en la lucha por ellas veía la expresión y la realización de su amor a la Patria, a la clase obrera, a la verdad y a la justicia. Y mucho más desde que la Unión Soviética, por primera vez, había abierto ante Julius Fucík la perspectiva de un mundo nuevo, cuya realidad le fue confirmada cuando, más tarde, conoció personalmente al país del socialismo.

Desde su niñez, Julius Fucík fue un lector asiduo. Leyó centenares de libros. Pero sus lecturas en los años 1919 a 1922 nos muestran ya la orientación de su búsqueda, orientación que fue formando su propio mundo intelectual. Además de los clásicos mundiales aparecen en ella escritores en cuya busca vuelve sin cesar más tarde: Alois Jirásek, Božena Němcová, Jan Neruda, Antonín Sova, Jirí Wolker, y toda una serie de libros sobre crítica e historia literarias checas.

Cuidadosamente se apuntaba los títulos de todos esos libros en cuadernos especiales, acompañándolos generalmente de fragmentos del texto y de notas críticas.

En 1920, siendo alumno del 6to. año del Instituto de Segunda Enseñanza, fue miembro ya de la cooperativa editorial *Pravda* («La Verdad») en Plzen, que publicaba el periódico del mismo nombre, órgano del ala izquierda de la socialdemocracia. Después de la fundación del Partido Comunista de Checoslovaquia, el citado periódico se transformó en órgano del Partido Comunista de Checoslovaquia en la región de Plzen.

Cuando del seno de la izquierda socialdemócrata de Plzen —a la cual pertenecía Julius Fucík— nació el Partido Comunista en 1921, el joven Fucík, que entonces tenía dieciocho años, se adhirió a este partido revolucionario del pueblo trabajador, partido cuya tarea histórica es la de suprimir la explotación del hombre por el hombre. Vivió con el Partido Comunista desde el día de su fundación y fue el Partido Comunista de Checoslovaquia el que educó a Julius Fucík.

En otoño de 1921 Fucík se marchó a Praga para estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras. Carecía de recursos pecuniarios. Llegó a la capital de Checoslovaquia con solo dos coronas cuarenta en su bolsillo. Buscó trabajo para poder vivir y estudiar. Aceptó el empleo de auxiliar asministrativo en la Oficina de Estadística del Estado. Al mismo tiempo se matriculó como alumno «no oficial» en la Facultad de Filosofía y Letras. Asistió a los cursos del profesor Zdenek Nejedly, de F.X. Salda, del profesor Tille y de otros. Durante este período también escribió artículos para *Pravda*, órgano comunista de la región de Plzen que salía cada dos días. En este periódico fue donde publicó su primer estudio amplio de crítica literaria, consagrado a Jirí Wolker.

De este período, Julius Fucík dice:

Crecí durante la época de la guerra. Para los jóvenes, esto tuvo una importancia especial. Quien a comienzos de la

guerra tenía doce años vio los acontecimientos del final de esta guerra con ojos que seguían siendo infantiles, pero también con la experiencia de un hombre de veinticinco años. Me di cuenta, por esta razón, que no era un mundo normal aquél en que los hombres, a pesar de sus ardientes deseos de vivir, se mataban mutuamente en contra de su voluntad. Me puse a criticarlo — a esto se le llama así. Los libros y el teatro significaban para mí un gran pedazo de mundo. Empecé a buscarlos en ellos y averigüé que había libros que hablaban, otros que mentían, y otros que permanecían mudos del todo. Pensé que debía decir esto, para que no hubiese más libros mentirosos, ni más libros mudos. Lo consideré mi sector en el esfuerzo tendente a lograr un mundo mejor. Esa fue la razón por la cual empecé a escribir sobre libros y sobre teatro.

En aquella época, Julius Fucík iba frecuentemente a Plzen donde se relacionaba con los obreros Vasil y Josef Prokupek, y seguía leyendo mucho y estudiando con aplicación la literatura marxista que se publicaba entonces en nuestro país.

Intervenía en la vida estudiantil a través de la Asociación de Estudiantes de Filosofía y Letras, cuya dirección había pasado a manos de estudiantes progresivos. Durante cierto tiempo desempeñó un cargo directivo en esa Asociación. En 1923 trabajó como obrero, ya que perdió su colocación en la Oficina de Estadística del Estado por haber hecho propaganda entre los funcionarios en favor de una huelga de solidaridad con los obreros del ramo de la construcción. Trabajó como peón de albañil en una obra y como jornalero en la construcción de una carretera cerca de Jíloviste. Desde el año 1923 escribió sobre teatro para el periódico progresivo *Socialista*, y también para *Pramen* («La Fuente») de Plzen.

En 1925 empezó a publicarse el periódico revolucionario estudiantil y obrero *Avantgarda* («La Vanguardia»), dirigido y redactado por Jan Sverma, Ivan Sekanina y Julius Fucík. Julius Fucík no solo se limitaba a escribir y relactar el citado periódico; en compañía de Ivan Sekanina también aseguraba su venta en la Casa del Estudiante y en la Academia de Straka. En cuanto salía un número nuevo de *Avantgarda* se les podía ver en la escalera de entrada de la Casa del Estudiante, de pie y con un paquete de periódicos en el brazo izquierdo, no dejando pasar a ningún estudiante sin pedirle que comprara un ejemplar.

Julius Fucík empezó a publicar en 1925 informaciones sobre los espectáculos teatrales en *Rudé pravo* («El Derecho Rojo») órgano central del Partido Comunista de Checoslovaquia. Los años 1927-29 tuvo su subsistencia asegurada como redactor de *Kmen* («El Tronco»), revista de editores progresivos. Pero abandonó ese puesto en cuanto se cercioró de que desde allí no podía servir honradamente a la causa del socialismo.

En diciembre de 1928 se celebraron elecciones para designar los órganos representativos de los distritos y de las regiones. Los liquidadores habían culminado su traición a la clase obrera y al Partido Comunista de Checoslovaquia y este pasó por un difícil período de crisis. Un mes antes de las elecciones, el aparato estatal burgués suspendió la publicación de todos los periódicos comunistas para que el Partido se hallara en la imposibilidad de dirigirse a los obreros. Julius Fucík, que era desde 1927 corredactor de la revista de crítica literaria *Tvorba* («Creación»), editada por F.X. Salda, halló en parte una salida a esa situación. Logró ganar en efecto un periódico por mediación del cual el Partido pudo hacer oír su voz entre los obreros y la gente progresiva. La *Tvorba* de Salda había salido por última vez en mayo de 1928. Julius Fucík fue a ver a su antiguo profesor F.X. Salda

para pedirle que cediera su periódico al Partido Comunista de Checoslovaquia durante ese período en que la prensa comunista se hallaba totalmente reducida al silencio. F.X. Salda aceptó su petición diciendo: «¡Que se vayan al diablo! ¡Ustedes no tienen derecho a callarse!». El primer número de la nueva *Tvorba*, semanario literario político y artístico, salió a luz el 4 de noviembre de 1928. Julius Fucík fue su redactor-jefe, convirtiéndose, más tarde, en propietario y editor de la citada revista.

\*\*\*\*\*

Después del histórico V Congreso del Partido Comunista de Checoslovaquia, celebrado en febrero de 1929, en el cual fue elegida la dirección bolchevique encabezada por Klement Gottwald que posteriormente iba a ser Presidente de la República Checoslovaca, Julius Fucík se vinculó a este gran dirigente de la clase obrera checoslovaca con todo el ardor de su juventud, todo su talento y toda su capacidad de trabajo. Y pasó a ser periodista político, redactor de *Rudé právo* y *Rudy vecerník* («El Atardecer Rojo»).

Así, desde sus dieciocho años, Fucík fue creciendo como periodista revolucionario. Empezó escribiendo sobre teatro, más tarde sobre literatura, y finalmente se consagró al periodismo y al reportaje políticos. Su profundo interés por los problemas culturales, por el teatro y la literatura no menguó de ningún modo a pesar de ello. Julius Fucík luchó toda su vida por la indivisibilidad de la cultura y la política. A través de sus discusiones y colaboración supo ganar a los mejores trabajadores del arte, de las letras y del teatro para la política del Partido Comunista.

En otoño de 1929 estalló la huelga de mineros del norte de Bohemia. Julius Fucík estuvo entre ellos como reportero

enviado por *Rudé právo*, y permaneció allí, casi sin interrupción, durante todo el movimiento huelguístico. Participó en las reuniones del comité de huelga y al lado de los mineros intervino en la ruda batalla que estos sostenían contra los magnates del carbón a los cuales apoyaba el conjunto del aparato estatal de la República burguesa. Se asociaba a los piquetes de huelga y trataba de impedir, unido a los mineros, que los esquirols pudieran continuar su trabajo en los pozos y galerías. Era perseguido al igual que los mineros y la censura golpeaba sus informaciones de prensa acerca de la ruda lucha de clases de aquellos y sobre sus condiciones de vida. Publicaba el periódico clandestino *Stávka* («La Huelga») que editaba en multicopistas escondidas en los sótanos de varias ciudades y aldeas del norte.

Los gendarmes buscaban, pero en vano, al redactor de *Stávka*. Los mineros sabían que era Julius Fucík, pero nunca lo denunciaron.

En 1930 se realizó el deseo más ardiente de Fucík, ya que fue enviado, en compañía de cuatro delegados, a la URSS. Como era de esperar, ninguno de ellos logró que le fuera expedido el pasaporte por las autoridades de entonces, las cuales impedían por todos los medios a su alcance que obreros checoslovacos fueran a la URSS, fueran al Estado de los obreros y de los campesinos y pudieran, a su vuelta, contar a los trabajadores checoslovacos la verdad sobre aquel país. Por ello, Julius Fucík y los delegados tuvieron que pasar clandestinamente la frontera. Para Fucík no existían obstáculos. Siempre halló la manera de superarlos. Después de una larga peregrinación a través de Alemania, lograron por fin subir a bordo de un buque que les transportó a Leningrado. Allí, Julius Fucík pisó, por vez primera, el suelo soviético, trabando relación con el pueblo soviético. Permaneció en la URSS cuatro meses. Recorrió millares

de kilómetros, desde las costas del Océano Glacial del Norte y Leningrado, pasando por Moscú, Ucrania y Stalingrado, hasta el Asia Central (Frunze) y las fronteras de China. Conoció el inmenso País Soviético, la sexta parte del mundo, el Estado de hombres libres, sin industriales y sin terratenientes, hombres que entonces habían empezado la realización del primer Plan Quinquenal Staliniano. Julius Fucík se quedó entusiasmado del país y del pueblo soviéticos. Allí, en la Unión Soviética, veía realizados los audaces sueños de los gigantes de la humanidad, sueños previendo un hombre libre, que ya vivía sin explotadores, sin crisis, sin desocupación y sin hambre. En la URSS, Julius Fucík se sentía feliz porque allí gozaba de la libertad de los hombres soviéticos: rusos, ucranios, usbekos y kirghises, con los cuales se relacionaba. En el curso de aquel viaje me escribó, el 9 de agosto de 1930, lo siguiente: «Jamás me he sentido tan libre... esto es maravilloso y lo que estoy viendo en la URSS es mucho más grande que lo que me atreví a suponer. Saluda de mí parte a todos y diles que vale la pena de luchar por la fuerza que veo aquí».

Julius Fucík volvió de la Unión Soviética a su patria, desbordante del indomable vigor de la vida soviética, del hombre soviético que edificaba su primer Plan Quinquenal Staliniano. Ardía de incontenible entusiasmo. A los obreros les hablaba de la nueva vida soviética, intervenía en reuniones, relataba las experiencias que acababa de vivir en las columnas de *Rudé pravo*, *Rudy vecerník* y *Tvorba*, e iba preparando el libro sobre la URSS titulado: *Sobre el país donde mañana ya significa ayer*. Durante una de sus primeras reuniones fue detenido y encarcelado, aduciéndose el pretexto de que había ido a la Unión Soviética sin pasaporte. Los periódicos antisoviéticos burgueses y socialdemócratas calumniaban de mil maneras a la URSS y los organis-

mos gubernamentales perseguían la más leve palabra emitida para decir la verdad acerca de la patria de los obreros y los campesinos. En 1930, en Mladá Boleslav, Julius Fucík fue condenado a quince días de cárcel, uno de ellos de completo ayuno, por haber dicho a su auditorio, durante una reunión, que un pionero soviético había dado la bienvenida a la delegación checoslovaca al llegar a la URSS con las siguientes palabras: «Hemos leído que en vuestro país se dispara sobre los niños. Esto no se hace en nuestro país». Efectivamente, en abril del mismo año 1930, los gendarmes hicieron fuego contra los niños que iban delante de un desfile obrero en las cercanías de Radošín (inmediaciones de Praga). Fucík fue llamado a filas en 1930. Pero apenas transcurrió un mes volvió, ya que no les interesaba la permanencia de un periodista comunista en el ejército. Le dieron un permiso ilimitado, hasta nueva orden. Reincorporado a la vida civil, volvió inmediatamente a hacer reuniones y escribir sobre la URSS. Durante el verano de 1931 cruzó de nuevo ilegalmente la frontera checoslovaca, conduciendo una nutrida delegación de jóvenes obreros que iban a la Unión Soviética. Fucík se quedó en Berlín. A su vuelta de la capital de Alemania fue detenido en Decín, el 12 de agosto de 1931, y trasladado a la cárcel de Pankrác. Desde allí envió un mensaje al camarada Kurt Konrad (destacado periodista comunista que fue ejecutado durante la ocupación nazi). Entre otras cosas, su texto decía:

Aún me queda mucho que hacer, Kurt. Quizás, como siempre, no les agradará. Los informes policíacos que me han sido leídos durante la instrucción me demuestran que no les gusta oír hablar de la Unión Soviética y que se imaginan, muy astutamente, que alabamos a la URSS como ejemplo. He hablado de la defensa del ferrocarril de la China oriental, de las octavillas del Ejército Rojo y de cómo el ejército chino había reac-

cionado a ellas. El señor comisario está persuadido de que yo, hablando del ejército chino, solo podía pensar en el ejército checoslovaco. Yo solo he relatado lo ocurrido y lo que ha sido registrado por los historiadores. Pero ¿cómo hacerle cambiar de opinión? El señor comisario ve más allá de las palabras, y el Ministerio fiscal también. Si vieran un poco, un poquito más allá de sus narices, se declararían vencidos.

Julius Fucík fue puesto en libertad unos días más tarde.

Durante la primavera de 1932 estalló una gran huelga de mineros en el norte de Bohemia. Julius Fucík volvió por segunda vez a esta región a la que tan íntimamente se había ligado. La visitó frecuentemente. Escribió reportajes sobre la lucha de los mineros y llamó a los escritores progresivos para que se colocaran al lado de los trabajadores de las minas contra el aparato estatal opresor de la República anterior a Múnich.

En otoño de 1932 fue llamado de nuevo al ejército, reincorporándose en Trencín. Al día siguiente era enviado al servicio de enfermedades pulmonares, situado en Ruzomberok, dado que era persona incómoda para permanecer en el ejército. Cuatro días más tarde, debido a que su salud era buena, fue mandado de nuevo a Trencín. No fue admitido en la escuela de oficiales porque era comunista, pero, en cambio, fue trasladado sin cesar de una guarnición a otra para así poder aminorar la gran influencia que siempre ejerció sobre los soldados. El 18 de diciembre de 1932, desde Hlohovec, donde estaba destacado, escribe lo siguiente:

Se me ha prohibido el poder encontrarme con varios soldados a la vez, el hablar con ningún camarada vestido de paisano, el visitar los locales a los que suelen asistir los camaradas, el decir que en la vida civil soy redactor de *Rudé právo*

y el mencionar cualquier cosa concerniente o relacionada con mi profesión.

Pero, a pesar de todo esto, no lograron cerrar la boca a Julius Fucík. El 13 de enero de 1933 fue publicada en *Tvorba* su novela corta *Teresita y el jovial embargador* en la cual escribía la explotación y miseria reinantes en un pueblecito eslovaco.

El 1ro. de febrero de 1933, Julius Fucík fue trasladado, una vez más, a Levice, y tres semanas después a Praga, donde se quedó hasta el 18 de septiembre de 1933. La orden de detención lanzada contra él continuaba en pie, al igual que la pena de ocho meses y medio de prisión que le había sido impuesta por haber dicho la verdad sobre la Unión Soviética y por haber puesto al desnudo la política de traición del gobierno checoslovaco burgués. Y por ello fue detenido, inmediatamente después de ser licenciado y a dos pasos del cuartel, y conducido a la Jefatura de Policía, siendo fotografiado como un vulgar criminal y entregado al tribunal de Pankrác. Gracias a que supo sacar provecho diestramente de varias lagunas existentes en las prescripciones burocráticas del aparato judicial, logró sustraerse al cumplimiento de la pena que le había sido impuesta. Puesto en libertad, se convirtió en redactor-jefe de *Haló noviny* («Haló periódico»), nuevo diario cultural y político que el Partido Comunista empezó a publicar a causa de que *Rudé pravo* y *Rudé Vecerník* eran frecuentemente censurados y prohibidos. Como la policía no cesaba de buscarlo, Fucík se vio obligado a vivir en la clandestinidad. Firmaba sus artículos con diferentes seudónimos. Permaneció en la ilegalidad hasta el mes de agosto de 1934, fecha en que el Partido Comunista le envió a la Unión Soviética como corresponsal de su órgano central *Rudé pravo*.

Julius Fucík pasó casi dos años en la URSS.

Nuevamente recorrió millares de kilómetros a lo largo y lo ancho del país de los Soviets, nuevamente volvió a la «natal Asia Central». Envío reportajes sobre la Unión Soviética a Rudé pravo, a *Tvorba*, a *Halé noviny* y a *Rozsévaccka* («La sembradora»). Estos reportajes han sido recopilados en un volumen editado en 1949 con el título *En el país amado*. En ellos, Julius Fucík se refiere a su primera estancia en la URSS, cuando empezaron a tomar forma las gigantescas construcciones del primer Plan Quinquenal: Dnieprostroi, Tractorstroi, Magnitostroi. Lo que principalmente atraía la atención de Julius Fucík no solo eran estas construcciones ya acabadas del socialismo, sino, ante todo, el hombre soviético.

El hombre. Es en nombre del hombre y para el hombre que han sido construidos estos colosos industriales. Ahora es el hombre el que se convierte en gigante, uno de los problemas centrales de toda la construcción del socialismo. El arado del heroísmo del primer Plan Quinquenal ha removido los extensos campos de 160 millones de almas que un atraso secular había dejado yermos. Y he aquí que ahora ya brota el primer trigo temprano: un hombre cuyas relaciones hacia la sociedad humana empiezan a ser más claras. «¡Mirad cómo crecemos!» dijeron hace cuatro años y nos mostraron sus nuevas fábricas. «¡Mirad cómo crecemos!» dirán ahora y os presentarán al hombre de esta fábrica.

Julius Fucík volvió de la URSS en verano de 1936. Continuó su trabajo en la redacción de *Rudé právo*. Y como la orden de detención seguía conservando su validez, tuvo que vivir de forma semiclandestina. Cuando estalló la guerra en España, Julius Fucík fue uno de los más ardientes defensores del pueblo español en lucha contra el dictador fascista Franco. Mos-

traba y colocaba muy en alto el gran ejemplo de la URSS que realizaba el socialismo acabando el segundo Plan Quinquenal y adoptando su Constitución staliniana. Luchó por la formación de un Frente único de todas las personas honradas y progresivas contra el peligro creciente del fascismo y de la guerra. Trabajó bajo la dirección inmediata de Klement Gottwald, el cual se preocupaba cuidadosamente de *Rudé právo*. En la redacción de *Rudé právo* crecían y se desarrollaban con Julius Fucík varios combatientes de la libertad de nuestra nación, hombres bellos y valientes como Eduard Urx, Frantisek Krizek, Václav Kren, Jan Krejčí y toda una pléyade de redactores que ofrendaron, todos, su vida en la lucha contra el fascismo hitleriano.

En 1938 Julius Fucík de nuevo tomó en sus manos la dirección de *Tvorba*. En sus artículos desenmascaraba y demostraba la inminencia del peligro que hacían correr a la República, el fascismo nazi y los traidores del interior, los cuales, con la complicidad de Hitler y de los imperialistas occidentales, preparaban la traición de Munich. En aquella época solo el Partido Comunista movilizó al pueblo checoslovaco para la defensa de la independencia de la República. En el verano de 1938, Fucík escribió el folleto *¿El Ejército Rojo vendrá a ayudarnos?*, en el cual se demostraba que la Unión Soviética era el único amigo fiel de nuestro pueblo y se reforzaba la fe y el amor de nuestra nación hacia el Ejército Soviético.

Pero el gobierno de la burguesía aceptó en septiembre de 1938 el «diktat» de Berchtesgaden sobre la cesión y entrega de la región de los Sudetes, «diktat» sobre el cual se habían puesto de acuerdo Hitler y el Primer Ministro británico Chamberlain. El Partido Comunista de Checoslovaquia movilizó al pueblo en toda la República para que se manifestase y el gobierno Hodza hubo de dimitir. El 21 de septiembre de 1938, a las tres de la

tarde, Julius Fucík hizo uso de la palabra ante una muchedumbre de diez a quince mil personas reunidas delante del cuartel de Jirí de Podebrady en Praga. Dijo que todos éramos, independientemente de ir vestidos de paisanos o con uniforme, soldados de la libertad. Decretada la movilización, el 24 de septiembre de 1938, Julius Fucík dejó inmediatamente la redacción de *Rudé právo* y se enroló en el Ejército. Consigo se llevó versos combativos de nuestros poetas. Pero en aquellos días aún no se conocía la traición del nuevo gobierno ni las negociaciones capituladoras llevadas a cabo por el presidente Benes con el Occidente. El pueblo no sospechaba todavía que la movilización no era en su conjunto más que un enorme timo tendente a engañarle, tendente a adormecer su cautela, para así poderle sorprender alevosamente con la aceptación, el 30 de septiembre de 1938, del «diktat» de Munich.

\*\*\*\*\*

Consumada la felonía por un gobierno de traidores, se decretó sin tardanza la prohibición de *Rudé právo* y de todas las publicaciones del Partido Comunista. El Partido Comunista de Checoslovaquia fue disuelto. Pero siguió viviendo y trabajando. Algunos camaradas fueron designados para el trabajo en el extranjero, otros empezaron a trabajar en la clandestinidad, otros fueron encargados de luchar con sus plumas en los periódicos obreros y progresivos que aún seguían publicándose. Entre estos últimos se hallaba Julius Fucík, cuyos artículos de esta época han sido publicados en la recopilación titulada *Amamos a nuestra nación*. ¿Sobre qué escribía? Se refería a la historia de nuestra nación, de la cual extraía enseñanzas y energías para

el período presente y deducía luminosas perspectivas para el porvenir.

Las profundidades de nuestra nación siempre atesoraron una invencible potencia, que ora se manifestó en la fuerza de las armas durante la época husita, ora en la fuerza de la idea de resistencia durante la época que siguió a la batalla de la Montaña Blanca. De sus sanas raíces siempre surgieron hombres cuya misión y voluntad fue, ante todo, proclamar la verdad: la pregonaron sin detenerse en consideraciones personales sobre los daños e iniquidades que podría acarrearles por parte de aquéllos que habían causado los sufrimientos nacionales y que, de una manera u otra, se habían adueñado temporalmente del poder y lo ejercían sobre el pueblo checo.

Invocando el ejemplo del escritor checo Jan Neruda, Julius Fucík combatía el espíritu de resignación y la pusilanimidad y exaltaba la enseñanza de la grandeza de la tradición revolucionaria husita:

No es el abandonar la línea de combate de los husitas por la libertad humana, es decir, por la libertad de todos los hombres, sino el persistir en esa línea, que para Neruda era la garantía de la próxima libertad y de la futura gloria de la nación checa. No es inclinándose ante los esclavizadores modernos, sino luchando contra ellos en nombre de la libertad universal que la nación checa logrará también liberarse: tal era la convicción de Neruda, tal es el camino en el que nos aconseja perseverar y perseverar.

Julius Fucík escribió sobre la época que siguió a la batalla de la Montaña Blanca, sobre la veneración que se debe a la nación, sobre las tradiciones progresivas, sobre el carácter de la nueva

cultura checa y sobre las eminentes figuras de la literatura nacional checa. Pero solo podía escribir bajo un seudónimo, ya que los censores conocían sobradamente el nombre de Julius Fucík.

La ocupación total de nuestro país, llevada a cabo el 15 de marzo de 1939, coronó la felonía de Munich. Después de ser prohibidos todos los periódicos en que había colaborado, y después de rechazar el ofrecimiento de escribir en la rúbrica cultural del diario fascista *Cesky dehtík* («El Obrero Checo»), Julius Fucík abandonó Praga y se refugió provisionalmente en Chotimer, aldea situada al sudoeste de Bohemia. Allí se dedicó a estudiar la literatura del período del renacimiento de la nación y escribió trabajos sobre la gran escritora checa Bozena Nemcová y sobre el escritor Sabina. Elaboró el plan para la edición de una «Biblioteca Nacional» compuesta de las obras de los clásicos de nuestro renacimiento.

En junio de 1940, la Gestapo trató de detener a Julius Fucík en el domicilio de sus padres en Plzen. Pero había sido avisado a tiempo y huyó a Praga, escondiéndose en esta ciudad. Ello no le impidió poder visitar asiduamente la biblioteca del Museo de Bohemia, buscando materiales relacionados con Jan Ohéral, primer traductor al alemán de *Babicka* («La abuela») de Bozena Nemcová, cuyas ideas socialistas le habían interesado. Aproximadamente un mes más tarde volvió a Chotimer donde acotó la traducción de *Comienzos del Teatro en Bohemia*, obra escrita por Sabina. Visitaba la biblioteca de Domazlice, donde halló ejemplares raros y las primeras ediciones de obras en verso y en prosa de eminentes autores checos, entre ellas la primera edición de *La abuela* de Bozena Nemcová, ilustrada por Quido Manes. Reunía el material necesario para su obra *Los amordazados y los olvidados* relativa a los poetas y prosistas de la época

del renacimiento nacional que la crítica literaria burguesa había sistemáticamente condenado al silencio y al olvido.

Hacia finales de julio de 1940, un gendarme checo fue enviado, por orden de la Gestapo, a Chotimer para detener a Julius Fucík. En una larga conversación, Julius Fucík acabó convenciéndole de que un checo no debía detener a otro checo por orden y a cuenta de la Gestapo, logrando así evitar su captura. Siguió viviendo clandestinamente en Praga, ocultándose en hogares obreros, en hogares de maestros, de gente sencilla y patriota que escondía a Julius Fucík a pesar de la amenaza de muerte que pendía sobre sus cabezas en caso de ser hallado. Julius Fucík se puso en contacto con el primer Comité Central del Partido Comunista —Eduard Urx y Otta Synek— y fue entonces cuando, en octavillas clandestinas, escribió en nombre de la intelectualidad checa su *Carta abierta a Goebbels*, ministro nazi de Propaganda:

Pero si Ud., calumniador infame, se imagina que nosotros, intelectuales checos, tenemos menos orgullo y menos carácter que el pueblo del que crecimos, si Ud. se figura que podrá seducirnos o atemorizarnos para que nos alejemos del pueblo y vayamos con la Gestapo contra el pueblo, si Ud. piensa todo eso, oiga nuestra respuesta que le reiteramos: ¡No, nunca, jamás!

Julius Fucík publicó también, con nombre supuesto, artículos en el periódico infantil *Roj* («El Enjambre») que dirigía el maestro progresista L. Hanus, el cual más tarde pereció, martirizado por los nazis, en el campo de Mauthausen. En ellos hablaba de los escritores checos, procurando despertar en los niños amor hacia la cultura y civilización checas, hacia su lengua materna y hacia su pueblo.

Después de ser detenido el primer Comité Central ilegal del Partido Comunista de Checoslovaquia en la primavera de 1941, Julius Fucík cooperó en la organización del segundo Comité Central, al cual, junto con Fucík, pertenecieron Jan Zika y Jan Cerny. Julius Fucík fue responsabilizado de la dirección política y de la propaganda en la prensa. En aquella época, en el año 1941 y comienzos del 1942, nuestras fábricas y talleres fueron inundados de un mar de publicaciones y de hojas clandestinas que movilizaron a toda la nación para el combate contra el fascismo y que encendieron un fiel amor hacia la Unión Soviética y el heroico Ejército Soviético. Julius Fucík se consagró esencialmente a la publicación del *Rudé právo* ilegal, así como a toda una serie de otros periódicos clandestinos. Dado que los nazis acababan, de inaugurar en Praga una exposición antisoviética, escribió e hizo difundir un folleto clandestino titulado: «Guía a través de la exposición “El paraíso soviético” y a través de la realidad soviética». Editó también la Constitución de la URSS y, reproducida en multicopista, la *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS* y numerosas octavillas contra los ocupantes hitlerianos. Fue uno de los organizadores de los comités nacionales revolucionarios constituidos según las directivas dadas desde Moscú por el camarada Gottwald. En la octavilla ilegal «Primero de Mayo de 1941» Fucík dice:

Sí, estamos en la clandestinidad, en la oscuridad subterránea. Pero no como muertos sepultados, sino como simiente de la cosecha socialista que germina y que brotará en el mundo entero al contacto del sol primaveral. El Primero de Mayo es el mensajero de esa primavera, primavera del hombre libre, primavera de las naciones y de su fraternidad, primavera de la humanidad entera. Hacia esa claridad vamos aunque nos hallemos hoy en las tinieblas subterráneas.

¡Por el triunfo de la libertad, por el triunfo de la vida, por el triunfo de los sueños más osados del espíritu humano!

¡Por la victoria del socialismo!

Mientras ardía con llamas de entusiasmo ese trabajo hecho en pro de la liberación de nuestro país de la esclavitud de los ocupantes nazis, el dogal de la Gestapo se iba estrechando, poco a poco, en torno al gran combatiente que solo obedecía a un imperativo: el de la lucha por la libertad de su nación, por la victoria del socialismo. Para ello trabajaba, por eso luchaba, por ello fue perseguido por la policía y por las autoridades de la República anterior a Munich, por ello fue encarcelado, por ello nunca tuvo un momento libre para dedicarlo a su vida íntima y personal, por ello husmeó la Gestapo sus pasos para detenerle, y por ello fue ejecutado por los fascistas hitlerianos.

Los sabuesos de la Gestapo buscaban febrilmente a la dirección del Partido Comunista que dirigía el combate clandestino. Miles de comunistas, millares de patriotas checos fueron encarcelados, torturados y ejecutados. Millares de héroes anónimos, grandes en su sencillez, que amaban a su patria y luchaban por su independencia. El 24 de abril de 1942, Julius Fucík cayó en las garras de la Gestapo en Praga y fue encarcelado en Prankác, en la celda número 267, en la cual permaneció hasta la primavera de 1943. Fue detenido tal como lo describe en el *Reportaje al pie de la horca*. En aquella época nadie sabía lo que fue revelado más tarde, en 1952, en el proceso iniciado contra el centro conspirativo anti-estatal. En dicho proceso se puso de manifiesto que uno de los conjurados, el cual se había infiltrado en el Partido Comunista de Checoslovaquia y durante largos años había actuado en él y por ello gozaba de la plena confianza de Julius Fucík, cuando fue detenido por la Gestapo en 1939, traicionó a sus camaradas y como premio fue puesto en libertad. Ese trai-

dor daba regularmente a la Gestapo informes según los cuales Julius Fucík debía ser detenido. La Gestapo registró y ocupó la casa de Julius Fucík en Praga, luego lo buscó en el domicilio de sus padres en Plzen y también en Chotimer. Julius Fucík siempre fue avisado a tiempo, siempre huyó oportunamente y se ocultó en la ilegalidad, donde el traidor perdió sus huellas. El traidor mismo confesó, ante el tribunal, que había conducido a la Gestapo sobre las huellas de Julius Fucík; confesó su culpabilidad por la detención de Fucík y muchos de sus colaboradores. Durante más de un año de detención preventiva, la Gestapo torturó, día tras día, a Julius Fucík, con la vana esperanza de desenmarañar el dédalo de sus eslabones de enlace con la dirección del Partido Comunista, con los dirigentes de la lucha revolucionaria contra los ocupantes nazis.

En la lobrete de las celdas fascistas, Fucík continuó su combate sin rendirse. Sabía que él ya no viviría más, pero también sabía que su pueblo, el suyo, iba a vivir libremente. Estaba persuadido de que la URSS, que ya en 1917 había mostrado con su Revolución de Octubre el camino hacia un orden social justo a la humanidad, en la Gran Guerra Patria vencería al fascismo hitleriano y liberaría a las naciones de la sangrienta esclavitud a que estaban sometidas. Tal fue la idea vivificante que sostuvo a Julius Fucík durante las largas jornadas, ya contadas, que precedieron a su heroica muerte. Después de torturas inhumanas, comprendieron que la muerte fascista se le agarraba como su sombra, en la cárcel de Pánkrác escribió: «No me arrepiento. De nada me arrepiento. Todo lo que humanamente pude, lo he cumplido, y lo he cumplido a gusto».

Durante aquellos días repletos de sufrimientos físicos, de interrogatorios y de torturas, me decía en la sombría casa de la Gestapo instalada en el Palacio de Petschek, donde nos encon-

tramos, lo siguiente: «Sé que me espera la muerte. Solo un milagro podría salvarme. Pero los milagros no existen. Créeme, no obstante, si te digo que no pienso en la muerte».

La prueba de ello la ofrece su postrer obra *Reportaje al pie de la horca*, escrita secretamente en su celda de la cárcel de Pankrác sobre pedazos de papel que, uno tras otro, fueron sacados furtivamente de la cárcel por el celador A. Kolínsky. En *Reportaje al pie de la horca* se reflejan, como en una fuente de agua cristalina, el conjunto de grandes cualidades que dieron origen al heroísmo de Julius Fucík: su sencillez humana, su honradez, su sonriente espíritu comunista siempre lleno de jovialidad, su amor a la Unión Soviética y su seguridad en la victoria sobre el fascismo. Julius Fucík extrajo su energía sobrehumana, energía necesaria para escribir tal obra, de las sabias enseñanzas de la doctrina de Lenin y Stalin, de la invencibilidad del ejército mundial del movimiento comunista. La conciencia de que pertenecía a este gran ejército guiado por la doctrina leninista-estalinista confirió a Julius Fucík una fuerza de héroe, incluso ante el tribunal nazi que le juzgó en Berlín el 25 de agosto de 1943. La actitud de Fucík en los últimos días de su vida la describe en su obra *Última batalla de Julius Fucík* J. Reznik:

En el transcurso del proceso, el presidente del tribunal, Preisler, interroga a Julius Fucík: «¿Reconoce usted haber ayudado con sus actos a la Rusia bolchevique, enemiga del Reich». Y Julius Fucík contesta con orgullo a los verdugos nazis: «Sí, he ayudado a la Unión Soviética, he ayudado al Ejército Rojo. Y ello es lo mejor que he hecho durante mis cuarenta años de vida».

Y Julius Fucík prosigue:

Ciudadano de la República Checoslovaca, me hice comunista porque no podía ni siquiera resignarme a sufrir el régimen capitalista. Estoy convencido de que después de esta guerra llegará una nueva era. Empecé a trabajar en la clandestinidad para ayudar a mi pueblo a expulsar a los ocupantes y, con estos, a los traidores del gobierno del «Protectorado». Pero no solo pensaba en esto. Toda nuestra lucha carecería de sentido y significación si, después de la liberación, tomasen de nuevo el poder los que han llevado a mi pueblo a la catástrofe, los que, habiéndole jurado fidelidad, prepararon, ya mucho antes del año 1938, la traición. Sería insensato que esos mismos obcecados políticos pudiesen reaparecer al frente de mi país. En otros términos, mi actividad revolucionaria ilegal estaba orientada a la conquista de la verdadera libertad para mi pueblo, a preparar las condiciones para el triunfo del futuro Estado checoslovaco socialista.

Con el rostro encendido y temblando de rabia, Preisler se puso a gritar, a patalear, pero Julius Fucík continuó impertérrito su declaración. Levantando muy alta su cabeza, lanzó a la cara de los fiscales y de los jueces las siguientes palabras:

Ahora van Uds. a dictar su sentencia. Conozco su contenido: la muerte a ese hombre. Mi veredicto acerca de Uds. lo he dictado hace ya mucho tiempo. Escrito con la sangre de toda la gente honrada del mundo, he aquí lo que contiene: ¡Muera el fascismo, muera la esclavitud capitalista! ¡La vida al hombre! ¡El porvenir al comunismo!

Cuando era conducido al patíbulo, Julius Fucík cantó *La Internacional*. Los SS le amordazaron para acallar sus estrofas, pero los

detenidos del Bloque número 3 de Plótzensee, que habían oído a Fucík, entonaron también el himno proletario. Hasta llegar a la celda número 4, lugar donde debía ser ejecutado Julius Fucík, le acompañó la indómita canción de millones de combatientes por el bienestar del género humano, canción que él mismo, al cantarla, había desencadenado en la cárcel.

El 8 de septiembre de 1943, al alba de su decimocuarto día de condenado, a las cuatro y media del amanecer, Julius Fucík fue ejecutado por los verdugos fascistas en el presidio hitleriano de Plótzensee en Berlín.

Por toda su vida ejemplar, por su heroico batallar por la libertad de su nación, Julius Fucík se ha convertido en héroe nacional del pueblo checoslovaco.

El nombre de Julius Fucík lo llevan hoy las minas y los establecimientos industriales de Checoslovaquia donde se forja esa nueva existencia, esa nueva vida socialista por la cual ofrendó la suya. Su nombre se da honrosamente a las escuelas a los centros de aprendizaje, a los grupos de pioneros donde los jóvenes checoslovacos crecen en el culto a la franqueza y honradez que deben adornar su existencia de seres nuevos.

Su *Reportaje al pie de la horca* es el libro preferido de la gente amante de la paz. Fue publicado por primera vez en 1945, después de la liberación de la República Checoslovaca por el glorioso Ejército Soviético. Poco tiempo más tarde era traducido al ruso y, hasta nuestros días, ha sido publicado en los idiomas siguientes: albanés, alemán, armenio, azerbaijano (en la URSS); bengalí (en la India); birmano, búlgaro, coreano, croata, chino, danés, eslovaco, esloveno, español (en Argentina, México y Chile); estonio, finés (en la URSS y en Finlandia); francés, georgiano, griego (edición clandestina); hebreo, holandés, húngaro, indostánico (en la India); inglés (en los EE.UU., Gran Bretaña e

India); italiano, japonés, kannadá (en la India); kazastano, letón, lituano, malayalam (en la India); marathi (en la India); mogol, mordvín, noruego, persa, punjabí (en la India); polaco, portugués (en el Brasil); rumano, sueco tamul (en la India); telagu (en la India); turcoromano, ucranio, uigur, urdu (en la India); yakuto (en la URSS); yiddish (en la URSS); en caracteres impresos para ciegos (en Checoslovaquia y en la URSS); en total, en cincuenta idiomas y en 126 ediciones.

Julius Fucík es amado por la gente progresiva de todos los países porque en su *Reportaje al pie de la horca* expresa los más bellos pensamientos de los héroes que lucharon y que luchan por la libertad de su patria, por una vida verdadera y feliz para la humanidad, por la paz y contra la barbarie de la guerra.

Por ello le fue concedido «in memoriam» por el II Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, reunido en Varsovia en 1950, su máximo galardón, el Premio de Honor Internacional de la Paz, por haber escrito su *Reportaje al pie de la horca*. En sus páginas, en efecto, habla ardientemente el amor que Julius Fucík sentía hacia su nación y la pacífica existencia de esta, habla su amor hacia la Unión Soviética que fue la estrella polar de toda su vida, habla su amor hacia sus semejantes, a los que hizo legatarios de su imperecedero mensaje:

«Hombres, os he amado. ¡Estad alerta!».

Gusta Fuciková  
Praga, mayo de 1953.

## OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



### **BOLCHEVIQUES EN EL PODER**

Compilado por Sonia Almazán y Jacinto Valdés-Dapena

Los autores reunidos en esta antología consumaron la proeza de utilizar el método de análisis y los fundamentos conceptuales creados por Marx y Engels, para desentrañar las particularidades de la realidad histórico-concreta en la cual devinieron protagonistas de la primera revolución socialista del mundo.

430 páginas, 2010, ISBN 978-1-921438-93-6



### **DIEZ DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO**

John Reed

*Diez días que estremecieron al mundo* es un clásico de la literatura política del siglo XX. Escrito en 1919 por el periodista y dirigente obrero John Reed, este libro ha sido considerado una de las más fehacientes crónicas de la Revolución de Octubre. En sus páginas el autor captó la esencia de los principales acontecimientos de la gesta rusa, y sus propios líderes reconocieron en esta obra un documento de referencia por el acierto, la síntesis y su capacidad de análisis.

416 páginas, 2011, ISBN 978-1-921235-07-8



### **LENIN. TEXTOS ESCOGIDOS**

Selección y prólogo de Sonia Almazán y Jacinto Valdés-Dapena

Textos relevantes en materia de filosofía, economía, política, sociología, cultura e ideología, elaborados muchos en plena vorágine revolucionaria a partir de octubre de 1917, son los que hoy ponemos a disposición de los lectores de Ocean Sur. Conocer la obra del líder comunista que pensó y encabezó la lucha bolchevique, es asidero esencial para entender claves importantes de las ciencias sociales y las revoluciones del siglo XXI.

392 páginas, 2016, ISBN 978-1-921700-01-9



### **MARX Y ENGELS. TEXTOS ESCOGIDOS**

Selección y prólogo de Jacinto Valdés-Dapena y María del Carmen Ariet

En esta selección que entregamos al lector es ineludible esclarecer la correlación entre la génesis y la formación del marxismo, la relación entre los pensamientos de Marx y Engels, los compromisos políticos, las polémicas con corrientes y pensadores de su época, y sobre todo, el camino recorrido para alcanzar una teoría en permanente transformación.

373 páginas, 2011, ISBN 978-1-921700-02-6

## Seis cartas de Julius Fucík desde la cárcel

### I

Gustina, mi amor:

Hay pocas esperanzas de que un día ambos podamos caminar nuevamente, tomados de la mano como dos niños, por la orilla del río, allí donde sopla el viento y se recuesta el sol. Y pocas posibilidades de que algún día yo pueda escribir en la calma del hogar, rodeado de la amistad de los libros, aquello sobre lo cual tanto hemos hablado juntos, aquello que ha ido tejiéndose y madurando en mí durante veinticinco años. Al enterrar mis libros, ellos han destruido una parte de mi vida. Pero no quiero rendirme, no quiero someterme, y dejar que también esa parte de mí mismo desaparezca y sea sepultada sin dejar rastros en esta celda blanca que lleva el número 267. Por eso ahora, en este tiempo robado a la muerte, estoy escribiendo notas sobre la literatura checa. No olvides nunca al hombre que te las llevará, porque él me habrá permitido no morir por completo. El lápiz y el papel que él me diera, me han conmovido más que un primer amor. Sin duda no va a ser fácil escribir sin material de base, sin documentación. Por eso puede ser que aquí o allá, muchas cosas que veo luminosamente ante mí y que me parece tocar literalmente, resulten oscuras e irreales para aquellos a quienes quiero decirlas. Por eso te escribo ante todo a ti, mi amor, mi colaboradora y mi primera lectora. Tú, mejor que nadie, puedes captar lo que tengo en el corazón y —

quizá con Lada<sup>1</sup> y mi editor de cabellos blancos — podrás aportar todos los complementos necesarios. Mi cabeza y mi corazón están llenos, pero estos muros están desnudos. Es curioso esto de escribir sobre la literatura sin tener ni siquiera un libro que uno pueda al menos acariciar con la mirada.

A fin de cuentas, es un extraño destino el mío. Tú sabes hasta qué punto yo amaba el espacio, el sol, el viento, y cuánto quería compartir la existencia de todo lo que vive en ellos: pájaro o arbusto, nube o vagabundo. Y en cambio, durante años, durante largos años, he vivido clandestinamente, en la tierra, como las raíces. Raíces invisibles, amarillentas y retorcidas, confinadas en la oscuridad y la putrefacción, y que sostienen el árbol de la vida por encima del suelo. Ningún torbellino volteará el árbol cuyas raíces son sólidas. Ese es su orgullo. Y también el mío. No lo lamento: no lamento nada. Hice todo lo que estaba al alcance de mis fuerzas y me he sentido feliz de hacerlo. Pero la luz, yo amaba la luz, y hubiera querido subir derechamente hacia lo alto, florecer y madurar como un fruto comestible.

Sobre el árbol que nosotros hemos sostenido y mantenido, florecerán y madurarán generaciones socialistas de trabajadores, de poetas, de críticos literarios y de historiadores que dirán más tarde pero sin duda mejor, lo que yo ya no puedo decir. Entonces mi fruto será tal vez un poquito más dulce y adquirirá su plena forma, aunque la nieve no caiga nunca más sobre mis montañas.<sup>2</sup>

*Pankrác, celda 267, 23 de marzo de 1943*

---

<sup>1</sup> El profesor Ladislav Stoll.

<sup>2</sup> Fucík alude aquí a una página del famoso crítico checo, F.X. Salda: «Mi fruto es de la especie que no tarda mucho en madurar, que se vuelve tierno en la bruma a lo largo de las praderas melancólicas, una bruma que surge de las oscuras aguas estancadas cuando las primeras nieves cubren las montañas ».

## II

Queridos míos:

Todo sigue igual aquí, el tiempo pasa, simplemente, y yo estoy, como ustedes desean, «en una tranquila disposición del ánimo». No veo por qué no habría de estarlo. He recibido las dos cartas de ustedes y me aportan una alegría que no se extingue. No pueden imaginarse lo que uno puede buscar en las cartas y todo lo que allí encuentra. Incluso lo que ustedes no han escrito. Tengo muchas cosas que decirles, pero el papel no es extensible. Al menos una cosa los alegrará, y es que mi escritura, de la que antes se quejaban a menudo, ahora se ha vuelto muy fina. La mitad de esta carta está destinada a Gustina. Córtenla y envíensela. Pero, por supuesto, léanla primero, también está hecha para ustedes. Hijas mías, cuando escriban a Gustina denle mi dirección y ella solo necesitará pedir permiso para escribirme.

Ustedes parecen pensar que un hombre que va a ser condenado a muerte no piensa más que en eso y se tortura con esa idea. Ustedes no comprenden. He descontado la muerte desde el comienzo — pienso que Verka lo sabe — y seguramente ustedes nunca me han visto torturado por esta idea. Yo no pienso en ello en absoluto. La muerte nunca es cruel sino para los vivos, para los que quedan. Por consiguiente, quiero que ustedes sean fuertes y valerosas. Los beso a todos y los estrecho en mis brazos. Esperando volver a verlos

*Su Julá<sup>3</sup>*

*Bautzen, 8 de mayo de 1943*

---

<sup>3</sup> Diminutivo de Julio.

## III

Queridos mamá, papá, Liba, Verka —a todos ustedes, queridos míos:

Como ven, he cambiado de residencia y ahora estoy encarcelado en Bautzen. Al venir desde la estación, he podido ver que es una ciudad tranquila, limpia y agradable; esto también es válido para la prisión —evidentemente, en la medida en que una prisión pueda ser agradable para los prisioneros. Ocurre, simplemente, que después de la agitación que había en el Palacio Petschek, esto es demasiado tranquilo, ya que cada uno de nosotros se halla en celdas diferentes. Sin embargo, cuando se trabaja el tiempo pasa rápidamente. Como ustedes verán en el reglamento oficial adjunto, hasta tengo derecho a leer ciertas revistas, y por lo tanto no puedo quejarme del aburrimiento. A propósito de aburrimiento, la misma gente se lo fabrica, ya que hay quienes se aburren hasta en los lugares donde los demás viven una vida buena y hermosa, y para mí la vida es interesante no importa dónde, incluso detrás de las rejas. En todas partes se puede aprender algo, en todas partes se puede encontrar alguna cosa buena para el porvenir —a condición de que uno tenga un porvenir ante sí.

Escriban pronto sobre todo lo nuevo que haya ocurrido en casa. Aténganse al reglamento oficial adjunto, es decir, no me envíen paquetes, quizá solo dinero, a la dirección que cito, a mi nombre.

Bueno, les envío mis más sinceros deseos, los beso y los estrecho entre mis brazos con la esperanza de que volveremos a encontrarnos.

*Su Julia*

*Bautzen, 14 de junio de 1943*

## IV

Queridos míos:

¡El tiempo pasa como una tromba! Aunque les he escrito por primera vez desde aquí hace solamente algunos días, se diría que ya ha transcurrido un mes... y de nuevo están aquí, sobre mi mesa, el tintero y la lapicera. Un mes entero. Ustedes podrían suponer que en la prisión el tiempo no se mueve, por decirlo así, pero ese no es el caso. Por el contrario, uno cuenta las horas y advierte mucho más claramente qué cortas son, qué corto es el día, y la semana: toda una vida.

Estoy completamente solo en mi celda, pero no tengo la sensación de la soledad. Conmigo están buenos amigos: los libros, mi máquina de hacer botones, el grueso jarro de agua de barro cocido — un compañero que tiene buen carácter me hace pensar en un alegre viejo verde que más bien estuviera lleno de vino que de agua—; y, para concluir, en la parte baja de un ángulo de mi celda, hay una arañita. Es increíble la cantidad de cosas que hay a discutir con mis amigos, a meditar, a cantar. La máquina, especialmente, es conversadora, al compás de mi propio humor: los dos nos comprendemos muy bien. Únicamente cuando olvido limpiarla ocurre que a veces se sienta contrariada y entonces se pone a rezongar hasta que le presto la atención requerida. Y además tengo otros amigos todavía, no en la celda, sino en el patio donde damos nuestros paseos cotidianos. No es un gran patio, pero solo un muro lo separa de un espacioso jardín con viejos árboles majestuosos. El suelo de nuestro patiecito está cubierto con hierbas y flores de diversas especies como nunca he visto brotar en un espacio tan pequeño. A veces se diría que es una pradera en un valle, en otros momentos un pastizal. Aquí y allá aparecen pensamientos, margaritas pare-

cidas a bonitas muñecas, jacintos y hasta helechos: todo esto es simplemente una alegría, una pura alegría. También con ellos se puede discutir mucho. Y de este modo se escapa el día, una semana, y, fíjense, ha pasado un mes.

Sí, ha pasado un mes entero y no he recibido ninguna noticia de ustedes. Si no hubiera firmado, hace algunas semanas, un recibo por los 10 *reichmarks* que me envió Liba, ni siquiera sabría si han recibido mi última carta y si ustedes saben dónde estoy. Hasta ahora no he recibido ninguna carta de ustedes. Quizá se haya perdido. Escribanme, es preciso que me escriban —pueden hacerlo una vez por mes— sobre lo nuevo que haya pasado en casa, cómo viven; denme noticias de Gustina.

Los beso y los estrecho en mis brazos, a todos. Esperando volver a verlos

*Su Julia*

*Bautzen, 11 de julio de 1943*

## V

Gustina, mi querida:

Acabo de recibir autorización para escribirte y lo hago inmediatamente. Según lo que me escribe Liba, tú has cambiado de domicilio.<sup>4</sup> ¿Te das cuenta, querida mía, que no estamos lejos uno de otro? Si te pusieras en marcha a la mañana, desde Terezin hacia el norte, y yo de Bautzen hacia el Sur, nos encontraríamos por la noche. Esos últimos pasos... ¡cómo correríamos para cubrirlos! Mirándolo bien, viajamos por lugares que tienen una significación para nuestra familia. Tú estás en Terezin, donde mi tío<sup>5</sup> alcanzó tanta reputación y yo voy a ser transferido a Berlín, donde él murió. Tal vez Liba te lo ha escrito: estoy solo en una celda y hago botones. En un rincón de mi celda, abajo, tengo una arañita; y afuera, sobre mi ventana, una pareja de petirrojos se ha instalado confortablemente. Muy cerca, tan cerca que oigo su gentil gorjeo infantil. Han empollado a sus pequeños ¡ellos tienen estas preocupaciones familiares! —y yo me acordé que tú tenías la costumbre de traducirme el gorjeo de los pájaros al lenguaje humano. Querida mía, ahora estoy hablándote, y espero y languidezco por el momento en que podré hablarte de viva voz. ¡Tendremos tantas cosas que decirnos! Mi pequeña querida. Sé valerosa y fuerte. Te estrecho entre mis brazos con toda la fuerza de mi amor. Esperando volver a verte

*Su Julia*

*Bautzen, 8 de agosto de 1943*

---

<sup>4</sup> Gusta Fucíková había sido trasladada al campo de concentración de Terezin, también en Checoslovaquia.

<sup>5</sup> El compositor Julius Fucik.

## VI

Mis queridas muchachas:

Como probablemente ustedes ya lo saben, he sido trasladado. El 23 de agosto, precisamente cuando estaba esperando una carta de ustedes, recibí en cambio una invitación para Berlín. El 24 de agosto ya estaba en camino, pasando por Gorlitz y Cottbuss; el 25 por la mañana sesionaba el tribunal y antes de mediodía todo había concluido. Esto ha terminado como estaba previsto. Ahora me encuentro, junto con otro amigo, en una celda de Plotzensee. Hacemos bolsas de papel, cantamos y esperamos nuestro turno. Quedan algunas semanas, que a veces se convierten en meses. La esperanza se aleja suave y sosegadamente como caen las hojas muertas.

Más de un romántico puede sentirse desesperado viéndolas caer. Pero eso no afecta al árbol. Es muy natural, es una cuestión de hecho. El invierno prepara a los seres humanos como lo hace con el árbol. Créanme: nada, absolutamente nada, me ha retirado mi alegría, la alegría que está en mí y que cada día me habla sobre un tema de Beethoven. Un ser humano no disminuye de tamaño ni siquiera cuando lo acortan de una cabeza. Desde el fondo de mi corazón anhelo que, cuando todo esto haya terminado, ustedes no se acuerden de mí con tristeza, sino con esta alegría en la que he vivido siempre. Detrás de todo ser, en uno u otro momento, se cierra una puerta. En lo que concierne a papá, reflexionen cuidadosamente si verdaderamente es necesario decírselo o aun dárselo a entender. Sin duda sería mejor no abrumar sus últimos años. Decidan ustedes mismas: ahora están más cerca que yo de él y de mamá.

Envíenme, por favor, las noticias que tengan de Gustina y trasmítanle mis más afectuosos deseos. Díganle que siga siendo

siempre tan firme y valerosa como hasta ahora y que no se encierre en la soledad de ese gran amor que, yo lo siento, sigue sintiendo por mí. Ella tiene demasiada juventud y sensibilidad como para tener derecho a permanecer viuda. He querido que sea feliz y quiero que lo sea incluso sin mí. Ella dirá que eso es imposible. Pero es posible. Todos los seres humanos son reemplazables. En el trabajo, en el corazón de otro. Pero no le escriban esto todavía. No antes de que ella vuelva —si es que vuelve.

Bueno, ustedes quieren que les diga, lo sé, cómo vivo. Bastante bien. Aquí también tengo que trabajar y, lo que es más, no estoy solo en mi celda, y por lo tanto el tiempo pasa... casi demasiado rápido —como dice mi compañero.

Y ahora, queridas mías, las beso y las estrecho fuertemente entre mis brazos. Esperando —por gracioso que esto pueda parecer ahora— esperando volver a verlas

*Su Julia*

*Berlín, Plotzensee, 31 de agosto de 1943*



# ocean sur

una editorial latinoamericana

[www.oceansur.com](http://www.oceansur.com) • [info@oceansur.com](mailto:info@oceansur.com)

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.